Lunes
DE REVOLUCION



ABRIL 6 DE 1959



número especial literatura y revolución con textos de:

saint just miguel angel asturias bernanos marx

engels tom paine frank país adrián garcía hernández

pietr kropotkin john reed fidel castro breton

antonio ortega vallejo carlos franqui mayakovski

lorca sartre henri aleg miguel hernández

rine leal nicolás guillén guillermo cabrera infante

pablo de la torriente brau martí isaac babel

attila jozsef josé antonio echeverría villena trotski

Se puede aplicar a la razón y a la libertad lo que Arquímedes dijo de las fuerzas mecánicas: «Dadme —afirmaba— un punto de apoyo y levantaré el mundo».

La Revolución Norteamericana ofreció en la política lo que sólo era teoría en la mecánica. Tan profundamente arraigados estaban todos los Gobiernos del Viejo Mundo, y tan eficazmente se había establecido en las mentes la tiranía y la antigüedad de los hábitos, que ni en Asia, Africa o Europa podría hacerse ninguna tentativa de reformar la condición política del hombre. La libertad había sido perseguida por todo el mundo; la razón era considerada como rebelión; y la esclavitud del miedo había hecho que los hombres tuvieran miedo a pensar.

Pero tal es la irresistible naturaleza de la verdad, que todo lo que demanda, todo lo que necesita, es la libertad de manifestarse. El sol no necesita ningún letrero para distinguirse de la obscuridad; y apenas se mostraron al mundo los Gobiernos norteamericanos, el despotismo sintió una conmoción y el hombre comenzó a vislumbrar la liberación.

La Independencia de Norteamérica, considerada simplemente como mera separación de Inglaterra, habría sido un asunto de escasa importancia de no haber ido acompañada de una Revolución en los principios y práctica de los Gobiernos. Hizo una plataforma, no sólo para sí misma, sino para el mundo, y puso su mira más allá de las ventajas que para ella pudieran resultar. Hasta el hessiano contratado para luchar contra ella como mercenario puede hoy vivir para bendecir su derrota; e Inglaterra, condenando los vicios de su Gobierno, se complace en su fracaso.

Así como Norteamérica era el único punto del mundo político donde podían iniciarse los principios de reforma universal, así también era el mejor en el mundo natural. Un conjunto de circunstancias conspiró no sólo para dar vida a sus principios, sino para llevarlos a gigantesca madurez. El espectáculo que este país ofrece a los ojos del observador tiene en sí algo que genera y estimula las grandes ideas. La naturaleza se le aparece en toda su magnitud. Los grandiosos objetos que contempla actúan en su mente, ampliándola, y le hacen participar de la grandeza del espectáculo. Sus primeros colonizadores fueron emigrantes de diferentes naciones europeas y de diversas confesiones religiosas que huían de las persecuciones de los Gobiernos del Viejo Mundo y se reunían en el Nuevo, no como enemigos, sino como hermanos. Las necesidades que indefectiblemente acompañan a la obra de cultivar un país salvaje produjeron entre ellos un estado de sociedad que los países, desde largo tiempo extenuados por las disputas e intrigas de los Gobiernos, habían descuidado mantener. En tal situación, el hombre se transforma en lo que debe ser. Ve a los demás hombres, no con la idea inhumana de un enemigo natural, sino como semejante, y este ejemplo muestra al mundo artificial que el hombre debe volver a la naturaleza para informarse.

Es racional concluir del rápido progreso realizado por Norteamérica en toda suerte de mejoras, que si los Gobiernos de Asia, Africa y Europa hubiesen comenzado sobre un principio similar al de Norteamérica o no se hubiesen corrompido muy pronto, aquellos países estarían en esta época en una condición muy superior a aquélla en que hoy se encuentran. Epoca tras época ha transcurrido sin otro objeto que el de contemplar su empobrecimiento. Si pudiésemos imaginar un espectador que no supiera nada del mundo y puesto en el sin otro objeto que el de hacer sus observaciones, tomaría una gran parte del Viejo Mundo por nuevo y lo vería combatir precisamente con las dificultades y las fatigas de una colonia naciente. No podría suponer que las hordas de pobres miserables que abundan en los países viejos pudieran ser otra cosa que gentes que no habían tenido todavía tiempo para tener cubiertas sus necesidades. Difícilmente se les hubiese podido ocurrir que eran la consecuencia de lo que en dichos países se llama Gobierno.

Si de las regiones más empobrecidas del Viejo Mundo pasamos la vista a aquéllas que se encuentran en un grado de progreso avanzado, hallaremos siempre la ávida mano del Gobierno introduciéndose por todos los rincones y grietas de la industria y alzándose con los despojos del pueblo. El Gobierno ejercita de continuo su capacidad inventiva para conseguir nuevos pretextos de imposición y de ingresos. Contempla la prosperidad como su presa y no permite que nadie deje de pagar su tributo.



THOMAS PAINE

Introducción a los Derechos del Hombre

Por Thomas Paine

Traducción de José A. Fernández de Castro

Thomas Paine (1737-1809) es uno de los precursores de la literatura revolucionaria. Nacido en Inglaterra, emigrante a los Estados Unidos, conspirador por la libertad de las colonias, apasionado de la revolución francesa, fué miembro de la Convención y arrestado y casi guillotinado. Perseguido en Inglaterra, abandonado en la nueva nación norteamericana, Paine murió olvidado y pobre: en todo, su vida es la de un revolucionario.

Pero también la de un escritor.

Este fragmento es de su obra más conocida. "Los derechos del hombre", publicada en 1792. Todavía tiene vigencia Sobre todo el párrafo que dice: "Como las Revoluciones han empezado... es natural esperar que sigan otras Revoluciones".

Como las Revoluciones han empezado (y como la probabilidad es siempre mayor contra el comienzo de una cosa que contra la prosecución de lo ya comenzado), es natural esperar que seguirán otras Revoluciones. Los gastos sorprendentes y siempre en aumento con que se administran los Viejos Gobiernos, las numerosas guerras que emprenden o provocan, los obstáculos que ponen en el camino de la civilización y el comercio universales y la opresión y la usurpación que practican en el interior, han agotado la paciencia y consumido la propiedad del mundo. En tal situación, y con los ejemplos ya existentes, son de esperar Revoluciones. Las Revoluciones se han convertido en el tema de toda conversación y pueden considerarse como la orden del día.

Si pueden instaurarse sistemas de Gobierno menos costosos y que produzcan más bienestar general que aquéllos que han existido, toda tentativa de oponerse a su advenimiento será, en definitiva, infructuosa. La razón, como el tiempo, se abrirá su camino y el prejuicio resultará vencido en su lucha contra el interés. Si la paz, la civilización y el comercio universales han de ser alguna vez el venturoso patrimonio del hombre, ello no podrá realizarse sino mediante una Revolución en el sistema de los Gobiernos. Todos los Gobiernos monárquicos son militares. La guerra es su negocio, el botín y los ingresos sus objetivos. Mientras subsistan tales Gobiernos, la paz no tendrá seguridad absoluta ni un solo día. ¿Qué es la historia de todos los Gobiernos monárquicos sino un desagradable cuadro de la desgracia humana con el accidental respiro de algunos años de reposo? Agotados por la guerra y fatigados de la carnicería humana, se sientan a descansar y le llaman a eso paz. Ciertamente no es ésta la condición que los cielos imaginaron para el hombre; y si ésta en la Monarquía, bien puede contarse la Monarquía entre los pecados de los judíos.

Las Revoluciones ocurridas antiguamente en el mundo no tenían en sí nada que interesase a la masa de la humanidad. Se extendían únicamente a un cambio de personas y de medidas, pero no de principios, y surgían o desaparecían entre las transacciones ordinarias del momento. Lo que ahora presenciamos puede llamarse, sin impropiedad, contrarrevolución. La conquista y la tiranía, en alguna época primitiva, desposeyeron al hombre de sus derechos, y el hombre los está recuperando ahora. Y como la marea de todas las cosas humanas tiene su flujo y reflujo en direcciones contrarias, así sucede también en esta cuestión. Un Gobierno fundado en una teoría moral, en un sistema de paz universal, en los imprescriptibles Derechos del Hombre, se desplaza ahora de Occidente a Oriente. Su progreso no interesa a determinados individuos, sino a las Naciones, y promete una nueva era a la raza humana.

El peligro a que más expuesto se halla el éxito de las Revoluciones es el de intentarlas antes de que los principios en que se basan estén suficientemente difundidos y comprendidos. Casi todo lo que pertenece a las circunstancias de una nación ha sido absorbido y confundido en esa palabra general y misteriosa que es el Gobierno. Aunque éste evita pechar con los errores que comete y los daños que ocasiona, no pierde ocasión de atribuirse cuanto tiene la apariencia de prosperidad. Arrebata sus méritos a la industria, erigiéndose pedantescamente en la causa de sus afectos, y sustrae a la cualidad de hombre los méritos que le pertenecen como ser social.

En consecuencia, puede ser de utilidad, en estos días de Revoluciones, hacer una distinción entre aquellas cosas que son efecto del Gobierno y aquéllas que no lo son. Esto se hará mejor mediante un examen de la sociedad y de la civilización y de las consecuencias que resultan de ellas, como cosas distintas de aquello a lo que se llama Gobiernos. Comenzando por esta investigación podremos asignar los efectos a su verdadera causa y analizar la masa de errores comunes.

UNA POSICION

Haciendo lo que es necesario hacer

No somos comunistas. Ninguno: ni la Revolución, ni REVOLUCION, ni "Lunes de REVOLUCION". Parecería que no hace falta decirlo ya, en Cuba y que a cada uno que exija la aclaración o que sugiera o declare o diga o manifieste o susurre o propale que somos comunistas, decirle: "Vaya al BRAC a denunciarlo" o "¿Por qué no se lo comunica a Mariano Faget?".

Pero nosotros, los de "Lunes de REVOLUCION", hoy, queremos decir, simplemente, que no somos comunistas. Para poder decir también que no somos anticomunistas. Somos, eso sí, intelectuales, artistas, escritores de izquierda —tan de izquierda que a veces vemos al comunismo pasar por el lado y situarse a la derecha en muchas cuestiones de arte y de literatura. Pero eso mismo no nos impide reconocer el formidable aporte hecho por los escritores comunistas a la literatura de revolución— y decimos "literatura de revolución" porque decir "literatura revolucionaria" implicaría discutir larga, interminablemente sobre la revolución en la literatura, cuando hablamos de la literatura en las revoluciones-- en lo que va de siglo y parte del siglo pasado. Tampoco afirmar esto es negar que a partir de cierta fecha —el año 1929, para ser precisos— la posición del intelectual en las esferas oficiales comunistas devino precaria primero y luego tristemente comprometida (y el adverbio tristemente está empleado en el mismo sentido que se emplearía el adjetivo alegre para la poesía de Mayakosvky). ¿Pero qué sucedía en otras partes del mundo? Fuera de los edictos soviéticos —una literatura para el pueblo, "realismo socialista", "música progresista", etc— los pocos intelectuales y artistas que comprometían su obra (y nos referimos a nuestro temeroso siglo XX) con la de la revolución resultaban también comunistas o próximos al comunismo o izquierdistas extremos: Attila Joszef, Ernest Hemingway, César Vallejo W. H. Auden, George Orwell, Sartre, André Breton, Isaac Deutscher, Aragón. ¿Qué otros habían peleado por o defendido a la república española por ejemplo? El caso de Georges Bernanos es quizás una excepción, pero no hay que olvidar que Bernanos fué a España como católico militante y dispuesto a defender a los franquistas. Documentos como ese salvaje relato que es "La question" estaban hechos por nacionalistas de pueblos coloniales, siempre dispuestos a recibir agradecidos la simpatía de los intelectuales de izquierda, que es prácticamente la única disponible.

Otros textos revolucionarios de capital importancia —los escritos de Tom Paine, los discursos de Robespierre o de Sain-Just, las obras de Kropotkin, el Manifiesto Comunista— pertenecen por entero a la historia y ni el más reaccionario de los cronistas se negaría a verlos, tenerlos en sus manos, comentarlos con imparcialidad.

Páginas como éstas son las que "Lunes" ha querido traer ante el lector cubano por primera vez o por enésima, para que las vea, las tenga en sus manos y las comente como documentos humanos dignos de una mirada más cercana que la mera mención distorsionada o la referencia en libros de texto. Para que vea que junto al soldado con el rifle, ha habido en estos doscientos años de mundo contemporáneo un puñado de intelectuales, de artistas y de escritores que han combatido con sus mejores armas junto al soldado por la misma causa que combatía el soldado. La causa de la razón, de la justicia y de la verdad. Si este magazine despierta en nuestro artistas, en nuestros escritores, en nuestros intelectuales no una empatía total, sino una mera simpatía militante, nos sentiremos más que conmovidos. Si sólo llegamos a los lectores como meros lectores todavía creeremos que el propósito primero está cumplido

LOS EDITORES



SAINT-JUST

Discurso Pidiendo la Condena del Rey

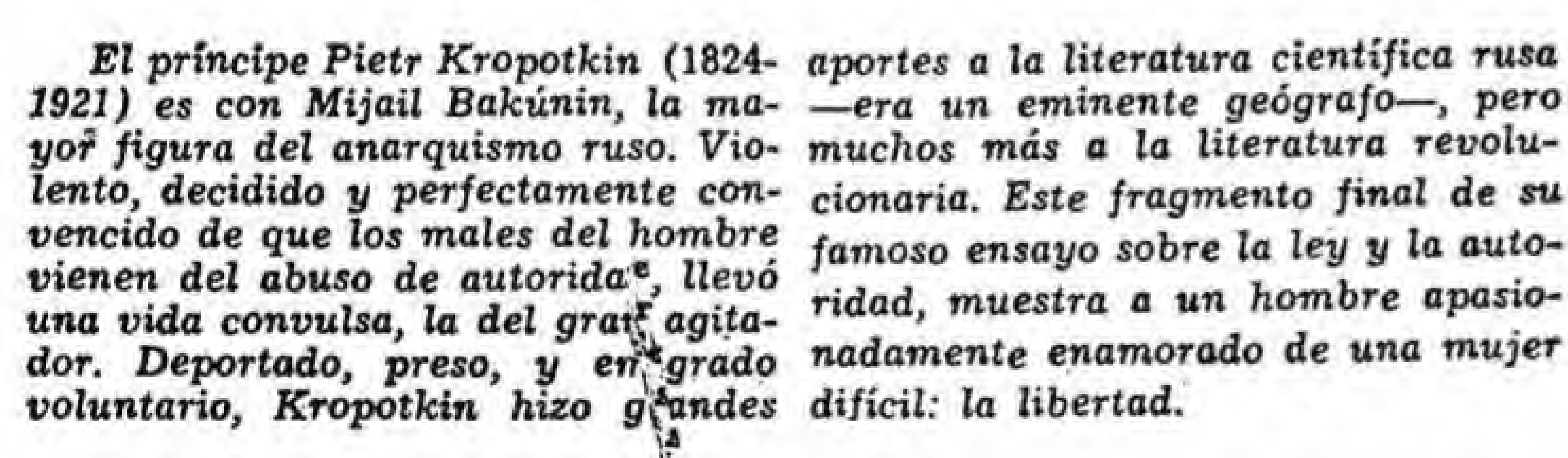
Por Antoine León de Saint-Just

Este extraordinario y subversivo discurso fue pronunciado por Saint-Just (1767-1794) en la Convención Nacional Francesa. Una brillante pieza de oratoria violenta, el discurso es una muestra de la literatura política durante el terror y deja ver qué clase de revolucionario era este amigo de Robespierre, que murió también junto al Incorruptible. Para nosotros, ambos representan la primera imagen del revolucionario moderno.

Os dicen que el rey debe ser juzgado como ciudadano y yo trato de probaros que debe serlo como enemigo. No tenemos que juzgarle, sino combatirle. La tardanza más funesta de todas las que nuestros enemigos nos aconsejan sería la que nos hiciese contemporizar con el rey. Un día, pueblos tan distantes de nuestras preocupaciones como nosotros lo estamos de las de los vándalos, se admirarán de que un pueblo haya deliberado para saber si tenía o no el derecho de juzgar a sus tiranos; se admirarán de que el siglo XVIII hayamos estado más atrasados que en tiempo de César. El tirano fue inmolado en pleno senado, sin otra formalidad que veintidós puñaladas, sin otra ley que la libertad de Roma. ¡Y hoy se hace con respeto el proceso de un hombre, asesino del pueblo, cogido infraganti delito! Los que dan alguna importancia al justo castigo de un rey, nunca harán una república, siendo entre nosotros la debilidad de caracteres un gran obstáculo para la libertad. Unos, parece, temen sufrir algún día la pena de su valor, y los otros no han renunciado del todo a la monarquía; éstos temen un ejemplo de virtud, que sería un lazo de responsabilidad común y de unidad de la república. Ciudadanos, si el pueblo romano, después de 600 años de virtudes y de odio a los reyes; si Inglaterra, después de muerto Cromwell, vieron renacer los reyes a pesar de su energía, ¿qué no deben temer entre nosotros los buenos ciudadanos viendo temblar el hacha de nuestras manos, y un pueblo, desde el primer día de su libertad, respetar el derecho de sus cadenas? ¡Se habla de inviolabilidad! Existía quizá esta inviolabilidad mutua de ciudadano a ciudadano, pero de pueblo a rey no hay relación natural: el rey estaba fuera del contrato social que unía entre sí a los ciudadanos; no puede estar garantizado por este contrato quien, como él, hacía un tiránica excepción. ¡Y se invocan las leyes en favor del que las ha destruído todas! ¿Qué proceso, que información queréis hacer de sus crímenes, que por todas partes están escritos con la sangre del pueblo? ¿No pasó antes del combate revista a las tropas? ¿No huyó, en vez de impedir se disparase sobre la nación? ¿Pero para qué buscar crímenes? Hay quien dijo, en otro tiempo, que se debe formar causa al rey, no por los crímenes de su gobierno, sino por el solo crimen de haber sido rey; porque la majestad es un crimen, por el cual el usurpador está sujeto a ser juzgado por todos los ciudadanos. Todos los hombres han recibido a la naturaleza la secreta misión de exterminar el dominio. No se puede reinar inocentemente: todo rey es un rebelde. ¿Y qué justicia podría hacerle el tributo, a quien encargáseis su juicio? ¿Tendría facultad de restituirle la patria y de citar ante él, para hacerle reparación, la voluntad general? Ciudadanos, el tribunal que debe juzgar a Luis XVI es un consejo político, es el derecho de las naciones quien juzga a los reyes. No olvidéis que según el espíritu con que estableceréis vuestra república, la teoría de vuestro juicio será la de vuestras magistraturas, y la medida de vuestra filosofía en este juicio será también la de vuestra libertad en vuestra Constitución. ¿Para qué hacer un llamamiento al pueblo? El derecho de los hombres contra los reyes es personal; el pueblo entero no podría obligar a un solo ciudadano a que perdonase a su tirano. Pero apresuraos, porque no hay ciudadano que no tenga sobre él el derecho que tenía Bruto sobre César, el derecho de Ankarstroem sobre Gustavo. Luis es otro Catilina. El asesino juraría, como el cónsul de Roma, que ha salvado la patria inmolándole. Habéis visto sus pérfidos designios, habéis contado su ejército; el traidor no era el rey de los franceses, sino el rey de algunos conjurados: hacía levantamientos de tropas, tenía ministros particulares, había proscrito secretamente todos los hombres probos y de valor, es el asesino de Nancy, de Courtrai, del Campo de Marte, de las Tullerías. ¿Qué enemigo extranjero nos hizo tanto mal? ¡Y se trata de remover la piedad! Bien pronto se comprará con lágrimas, como en los entierros de Roma. Tened cuidado con vuestros corazones. Pueblo, si el rey llega a ser absuelto, recuerda que ya no somos dignos de tu confianza y no debes ver en nosotros, sino traidores.



PTER KROPOTKIN



LA LEY Y LA AUTORIDAD

Por Pietr Kropotkin

El príncipe Pietr Kropotkin (1824-1921) es con Mijail Bakúnin, la mayor figura del anarquismo ruso. Violento, decidido y perfectamente convencido de que los males del hombre vienen del abuso de autoridad, llevó una vida convulsa, la del gran agitador. Deportado, preso, y emigrado voluntario, Kropotkin hizo grandes aportes a la literatura científica rusa —era un eminente geógrafo—, pero muchos más a la literatura revolucionaria. Este fragmento final de su famoso ensayo sobre la ley y la autoridad, muestra a un hombre apasionadamente enamorado de una mujer difícil: la libertad.

Nos hablan todos los días de los beneficios de la ley, de los efectos excelentes de las penas; mas, ¿se ha ensayado jamás hacer el balance entre esos beneficios que se atribuyen a la ley y a las penas, y el efecto degradante de esas mismas penas sobre la humanidad? ¡Que se haga solamente la edición de las malas pasiones despertadas en la humanidad por las penas atroces infligidas antiguamente! ¿Quién, pues, ha conservado y desenvuelto los instintos de crueldad en el hombre (instintos desconocidos aún entre los monos; el hombre llegó a ser el animal más cruel de la tierra), si no el rey, el juez y el cura, que, armados con la ley, han hecho arrancar la carne en jirones, verter pez hirviente en las llagas, dislocar los miembros, moler los huesos y dividir los hombres en pedazos, todo para mantener su autoridad?

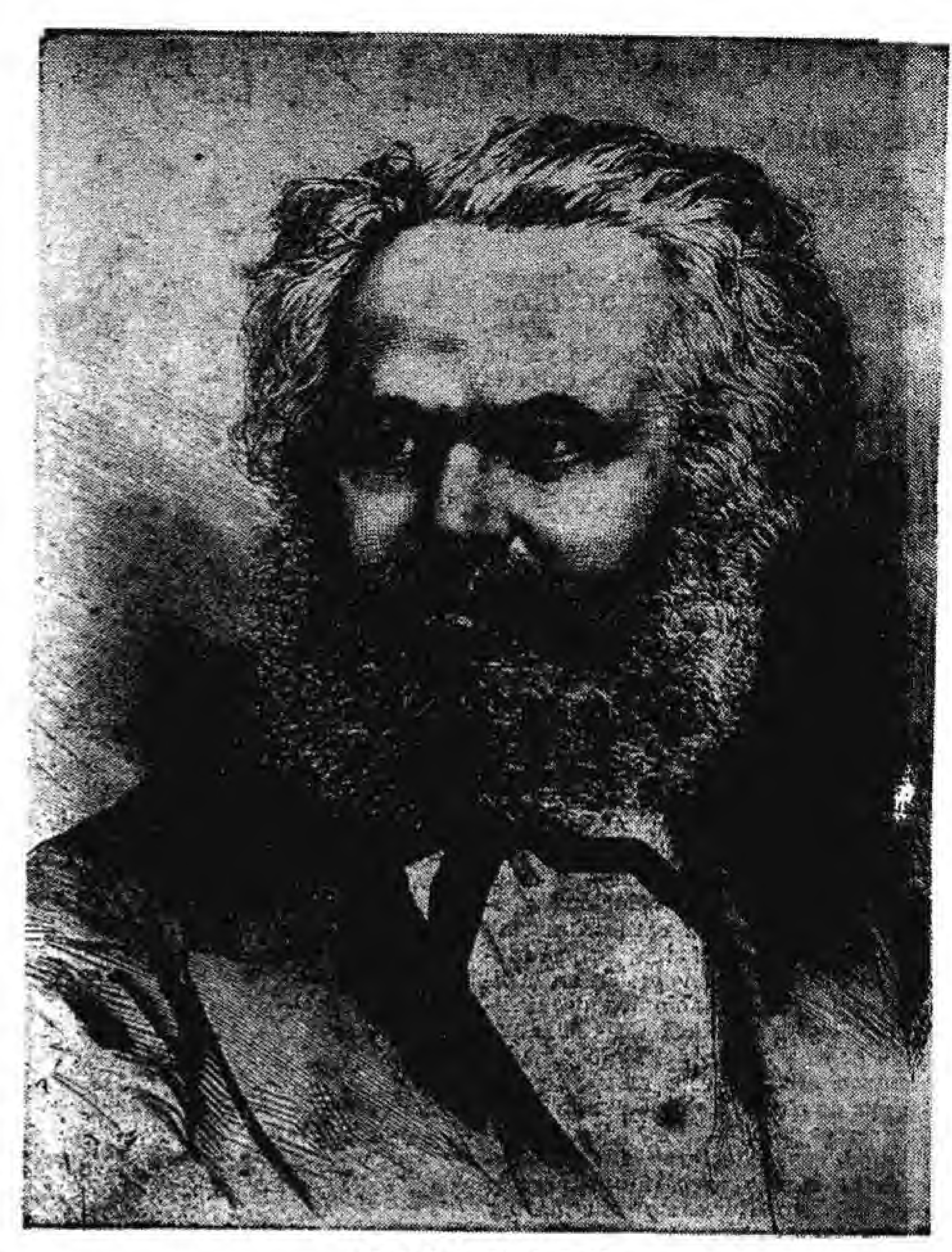
Calcúlese solamente todo el torrente de depravación vertido en las sociedades humanas por la delación, favorecida por los jueces y pagada con los escudos sonantes del gobierno, bajo pretexto de ayudar al descubrimiento de los crímenes. Visítense las prisiones y estúdiese a lo que llega el hombre, privado de libertad, encerrado con otros seres, ya depravados y penetrados de toda la corrupción y de todos los vicios que se generan en nuestras prisiones; y téngase en cuenta que cuanto más se las reforma más detestables son, como lo vemos en nuestras penitenciarías modernas y modelos, que son cien veces más abominables que las fortalezas de la Edad Media. Considérese, en fin, la corrupción, la depravación del espíritu que se mantiene en la humanidad por esta idea de obediencia (esencia de la ley), de castigo, de autoridad que tiene el derecho de castigar, de juzgar, fuera de nuestra conciencia y sin tener en cuenta la opinión favorable de nuestros amigos; por la idea del verdugo, del carcelero, del denunciador, en fin, de todos esos atributos de la ley y de la autoridad. Considérese cuanto dejamos dicho, y se estará ciertamente de acuerdo con nosotros, y con nosotros se dirá que la ley infligidora de penas es una abominación que debe cesar de existir.

Además de esto, los pueblos incultos, y, por tanto, menos depravados, han comprendido perfectamente que el llamado «criminal» es solamente un desgraciado, que no hay necesidad de azotarlo, de encadenarlo o de hacerle morir en el cadalso o en la prisión, sino que se debe aliviarlo, prodigándole cuidados fraternales, por un tratamiento igualitario por la práctica de la vida entre gentes honradas.

Nosotros esperamos que en la próxima revolución estallará ese grito:

«Queremos las guillotinas demolamos las prisiones, echemos de entre nosotros al juez, al policía, al delator esa raza inmunda que no ha de volver jamás sobre la tierra—; tratemos como hermanos a los que, llevados de sus pasiones, han hecho daño a sus semejantes; sobre todo evitemos, por medios persuasivos, a los grandes criminales, a esos productos innobles de la ociosidad burguesa, la posibilidad de desarrollar sus vicios, y estemos seguros que habrá muy pocos crímenes a señalar en la sociedad. Lo que mantiene el crimen (además de la ociosidad), es la ley y la autoridad: la ley sobre el gobierno, la ley sobre las penas y delitos, y la autoridad que se encarga de hacer esas leyes y de aplicarlas.

¡No más leyes! ¡No más jueces! La Libertad, la Igualdad y la práctica de la Solidaridad, son la sola y segura eficacia que podemos oponer a los instintos antisociales de algunos hombres.



KARL MARX

MANIFIESTO COMUNISTA

Por Karl Marx y Friedrich Engels

En el Segundo Congreso de la Liga Comunista, reunido del 29 de noviembre al 8 de diciembre de 1847, se redactó y proclamó este importante documento. Karl Marx (1818-1883) fue el encargado, junto Friedrich Engels (1820-1895), de su redacción. aquí publicamos tan sólo el preámbulo. Las consecuencias de este documento no será necesario explicarlas. Bástele al lector leer la prensa mundial o cualquier manual de historia contemporánea.

Un espectro se cierne sobre Europa el espectro del comunismo. Contra este espectro se han conjurado en santa jauría todas las potencias de la vieja Europa, el Papa y el Zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes.

No hay un solo partido de oposición a quien los adversarios gobernantes no motejen de comunistas, ni un solo partido de oposición que no lance al rostro de las oposiciones más avanzadas, lo mismo que a los enemigos reaccionarios, la acusación estigmatizante de comunismo.

De este hecho se desprenden dos consecuencias:

La primera es que el comunismo se halla ya reconocido como una potencia por todas las potencias europeas.

La segunda, que es ya hora de que los comunistas expresen a la luz del día y ante el mundo entero sus ideas, sus tendencias, sus aspiraciones, saliendo así al paso de esa leyenda del espectro comunista con un manifiesto de su partido.

Con este fin se han congregado en Londres los representantes comunistas de diferentes países y redactado el siguiente Manifiesto, que aparecerá en lengua inglesa, francesa, alemana, italiana, flamenca y danesa.

ODA A LA REVOLUCION

Por Vladimir Mayacovski

Vladimir Mayakovski es el primer poeta de la revolución rusa. Formó el grupo de la vanguardia futurista y su suicidio no deja de tener relación con los cambios introducidos por los stalinistas en el arte soviético. Si ambos hechos no tienen conexión, de todas maneras el suicidio de Mayakovski entra en oposición directa con el tono de exaltado optimismo de su poesía. Estos dos poemas son representativos de este sentimiento característico del poeta.



A tí,
silbada,
burlada,
acribillada,
a ti,
agujereada por enconadas bayonetas,
levanto extasiado,
solemnemente esta oda,
por encima de la marea de insultos.

¡Oh!
¡Oh, bestial!
¡Oh, ingenua!
¡Oh, mezquina!
¡Oh, grandiosa!
¿Qué nombres no te habrán dado?
¿Cómo devendrás aún con el tiempo,
recia arquitectura constructiva,
o simplemente un montón de ruinas?

A ti,
maquinista cubierto de hollín,
a ti,
minero que cavas las moles primigenias de la tierra,
bendito seas,
bendito seas, bienaventurado.
¡Gloria al trabajo humano!

Y mañana,
San Basilio,
catedral de los fieles,
te aclamará con unción,
implorando perdón.
Con tus tenaces cañones,
harás estallar el milenario Kremlin.

'Gloria',
ruegan con voz apagada en vísperas de la muerte.
Aúllan las sirenas apenas sofocadas.
Tú envías a los marineros,
a los hundidos cruceros,
para salvar aún a aquéllos,
allí, donde maullaba olvidado el único gato.

Y después,
aullaba una multitud ebria.
los bigotes retorcidos, desafiantes.
Tú echas a culatazos a los canosos almirantes,
desde el puente de Helsinski hacia abajo.
Surgen las heridas del pasado,
y yo de nuevo veo como todo se desangra.
¡Ustedes, cómodos pequeño-burgueses!
¡Oh, malditos sean, tres veces!
Y mis poetas,
¡Oh, benditos sean mil veces!

A ustedes,
barítonos bien nutridos,
cantando arias de Romeos y Julietas,
en teatros con nombres de tabernas,
conmoviendo desde Adán hasta nuestros días.

A ustedes,
pintores,
enternecidos como caballos,
devorando y relinchando las bellezas de Rusia,
ocultando con maestría,
según viejos cánones,
florcitas y desnudos.





VLADIMIRO MAYAKOVSKY

Oda No. 2 a los Ejércitos del Arte

A ustedes,
cubiertos de hojitas de mística,
con la frente arrugada,
futurísticos,
imaginísticos,
embrollados en la tela de araña de la rima.

A ustedes,
que han cambiado,
la melena por el peinado liso,
el charol por las alpalgatas,
pirolcultos,
remenderos del desteñido frac de Pushkin.

A ustedes,
sollozantes,
que soplan hacia donde sopla el viento,
traicionando abiertamente,
o pecando en secreto;
a los que imaginan el futuro,
como una enorme ración académica,
a ustedes les hablo:

Yo,
genial o no,
que abandoné las frivolidades,
por trabajar en la **ROSTA**
les digo:
antes de que los echen a culatazos,
déjense de embromar!

¡Dejen!
¡Olviden!
Escupan esas rimas,
esas arias,
y el ramo rosadito,
y demás menudencias melancólicas,
del arsenal de las artes.

A quién le interesa:
"¡Ay, pobrecito,
amó y fue desagraciado!..."
Artífices hacen falta,
y no predicadores melenudos.

¡Escuchen!
Aúllan las locomotoras,
sopla el viento por las rendijas del piso.
¡Eh! ¡Los del Don!
¡Dad carbón,
y mecánicos al **depó!**

En cada río,
en sus flancos,
con un agujero al costado,
silban en todos los puertos los barcos.
¡Dad más petróleo, Bakú.

Mientras discutimos sin fin,
buscando el sagrado sentido de las cosas,
ruegan las voces:
¡Dad nuevas formas,
nuevos poetas y cosas!

Ya no hay tontos,
que esperen en la multitud boquiabiertos,
lo que caiga de los labios "maestros".
¡Dad un arte nuevo,
un arte,
que saque a la república del barro!



DIEZ DIAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO

Por John Reed

Versión de V. B.

John Reed es un testigo de excepcional importancia. Asistió y tuvo un contacto directo con la Revolución de Octubre. Sus experiencias durante esos días trascendentales produjeron un libro que ya es clásico: "Diez días que conmovieron al Mundo". El propio Lenin, en su prólogo de 1919, recomendaba el libro como base para entender el significado de la Revolución Proletaria y la Dictadura del Proletariado. Ante ustedes, pues, un fragmento del libro. La Revolución Rusa vista por un periodista norteamericano.

Y así entramos en Tsarskoye, entre los héroes tambaleantes de la horda proletaria. Ahora el palacio donde se reunía el Soviet era un lugar bullicioso. Guardias Rojos y marineros llenaban el patio, centinelas estaban parados junto a las puertas y un río de correos y comisarios entraban y salían. En la sala del Soviet se había instalado un Samovar y cincuenta o más soldados, obreros, marineros y oficiales estaban alrededor de él, bebiendo té y hablando a gritos. En una esquina dos trabajadores torpes estaban tratando de operar un mimeógrafo. En la mesa de centro el enorme Dybenko, inclinado sobre un mapa, marcaba las posiciones de las tropas con lápices rojos y azules. En su mano libre portaba, como siempre, el enorme revólver azul acero. A ratos se sentaba frente a la máquina de escribir y daba mazazos con un solo dedo; a intervalos hacía una pausa y recogía el revólver haciendo girar el tambor con deleite.

Junto a la pared, sobre un sofá, estaba acostado un joven obrero. Dos Guardias Rojos se inclinaban sobre él pero el resto de la concurrencia no le prestaba atención. En su pecho había un hueco. A través de su ropa sangre fresca se deslizaba con cada latido de su corazón. Sus ojos estaban cerrados y su rostro joven, barbudo, estaba lívido. Respira lentamente, con debilidad, suspirando: «Mir boudit. Mir boudit» (Viene la paz, viene la paz)

Dybenko alzó la mirada cuando entramos. «Ah» dijo a Baklanov. «Camarada, ¿irías al Estado Mayor del comandante y te harías cargo? Espera. Te escribiré las credenciales. Se sentó a la máquina y lentamente escogió las letras.

El nuevo Comandante de Tsarskoye Selo y yo fuimos hacia el Palacio Ekaterina, Baklanov muy excitado y sintiéndose muy importante. En la misma habitación blanca, el mismo decorado, merodeaban varios guardias rojos curiosamente mientras mi amigo, el Coronel, estaba parado junto a la ventana mordiéndose el bigote. Me saludó como un hermano pródigo. Sobre una mesa que había cerca de la puerta estaba sentado el francés Bessarabian. Los bolcheviques le habían ordenado que se quedase y continuara su trabajo.

«¿Qué podía hacer?» murmuró. «Gente como yo no puede pelear en ninguno de los lados en una guerra como ésta, no importa cuánto odiemos la dictadura de la plebe... Solamente lamento estar tan lejos de mi madre que está en Bessarabia».

Baklanov estaba tomando posesión formalmente. «Aquí están las llaves del escritorio, dijo el Coronel.

Un guardia rojo nos interrumpió. ¿«Dónde está el dinero?», preguntó rudamente. El Coronel parecía sorprendido. «¿Dinero? ¿Dinero? Ah... Quiere decir el cofre. Aquí está», dijo el Coronel: «tal y como lo encontré cuando tomé posesión hace tres días. «¿Llaves?» El Coronel se encogió de hombros. «No tengo llaves».

El guardia rojo se burló conscientemente. «Muy conveniente», dijo.

«Abramos el cofre», dijo Baklanov. «Traigan un hacha. Aquí está un camarada americano. Déjenlo que lo abra y que escriba lo que encuentra aquí».

Esgrimí el hacha. El cofre de madera estaba vacío.

«Arresténlo», dijo el guardia rojo. «Es de los de Kerensky. Se ha robado el dinero y se lo ha dado a Kerensky».

Baklanov no quería. «Oh, no», dijo. «Fue Korniloviiz que estuvo antes que él. El no tiene la culpa».

«Mierda», dijo el guardia rojo. «Es un hombre de Kerensky, les digo. Si no lo arrestan ustedes lo arrestaremos nosotros y lo llevaremos a Petrogrado y lo meteremos en la cárcel de Pedro-Pablo, en donde debe estar». A esto asintieron los otros guardias rojos. Con una mirada de lástima dirigida a nosotros el Coronel se dejó llevar...

Frente al Palacio de los Soviets un camión marchaba al frente. Media docena de guardias rojos, algunos marineros, un soldado o dos, bajo el mando de un obrero enorme, saltaron al camión y me invitaron a que fuese con ellos. Los guardias rojos venían del Estado Mayor cargados de bombas de mano, hechas de metal corrugado, llenas de grubit —que es, según ellos, diez veces más fuerte que la dinamita y cinco veces más sensible. Tiraron las bombas en el camión. Un cañón de tres pulgadas fue cargado y atado luego a la cola del camión con pedazos de cuerda y de alambre.

Arrancamos con un grito, a máxima velocidad, por supuesto. El pesado camión oscilante de lado a lado. El cañón saltaba de una rueda a otra y las bombas de grubit rodaban sobre nuestros pies, pegando contra los costados del camión a cada salto.

El guardia rojo grande, que se llamaba Vladimiro Nicolaievitch, me llenaba de preguntas acerca de los Estados Unidos. «¿Por qué entraron los Estados Unidos en la guerra?». ¿Están listos los obreros americanos a derrocar a los capitalistas? ¿Qué pasa con el caso Mooney? ¿Deportarán a Berkmann a San Francisco?» y otras, muy difíciles de contestar, todas hechas a gritos que se alzaban sobre el rugido del motor y danzamos, agarrados los unos a los otros, sobre las bombas.

Ocasionalmente una patrulla trataba de detenernos. Los soldados saltaban en medio camino y gritaban «Shtoi» y alzaban sus armas.

No les prestamos atención. «Vete al diablo», gritaban los guardias rojos. «No paramos para nadie y continuamos estrepitosamente mientras Vladimiro Nicolaievitch bramaba furiosamente acerca de la internacionalización del Canal de Panamá.

Cuando ya estábamos a cinco millas de la ciudad vimos un pelotón de marineros que volvían. Nos detuvimos.

¿Dónde está el frente, hermanos?

El marinero que iba delante se detuvo y se rascó la cabeza, «esta mañana», dijo, «pero la maldita cosa no está en ninguna parte ahora. Caminamos, caminamos y caminamos, pero no lo pudimos encontrar».

Montaron en el camión y proseguimos. Sería cosa de una milla cuando Vladimiro Nicolaievitch empinó la oreja y le ordenó al chofer que parara.

«Tiros», dijo. «¿Los oyen?. Por un momento silencio y luego, un poco más abajo, a la izquierda, tres tiros en rápida sucesión. Por aquí los lados de la carretera eran rocosos. Muy excitados ahora nos arrastramos hablando quedamente hasta que el camión estuvo en lado opuesto del lugar de donde habían surgido los disparos. Descendimos y nos esparcimos, cada hombre empuñaba su rifle, y penetramos en el bosque. Mientras tanto dos camaradas zafaron el cañón y lo hicieron girar hasta que apuntaba a nuestras espaldas.

Los bosques estaban silenciosos. Las hojas habían caído y los troncos de árboles eran pálidos bajo el enfermizo sol del otoño. Nada se movía excepto el hielo que se quebraba en los charcos, bajo nuestras pisadas. ¿Era una emboscada?

Caminamos sin incidente hasta que el bosque comenzó a clarear y entonces pausamos. Más allá, en un pequeño claro, tres soldados estaban sentados alrededor de un fuego, distraídos.

Vladimiro Nicolaievitch se adelantó. Zra'zvulitye, camaradas», los saludó mientras que tras él un cañón, veinte rifles, una carga de bombas de grubit estaban cogidas por un palo. Los soldados se pusieron de pie.

«¿Qué pasaba con los tiros?»

Uno de los soldados contestó, aliviado. «Cazábamos conejos, camarada».

El camión se dirigió a Romanov, en medio del día brillante y vacío. En la primera intersección dos soldados se nos cruzaron en el camino agitando sus rifles. Nos detuvimos.

«Los pases, camaradas».

Los guardias rojos clamaron «Somos guardias rojos y no necesitamos pases... Adelante».

Un marinero terció. «Esto no está bien, camaradas. Debemos tener disciplina revolucionaria. Supongan que algún contra revolucionario pasase y gritase «No necesitamos pases». «Los camaradas no los conocen».

Se inició un debate. Uno por uno, sin embargo, los marineros y soldados se unieron al primero. Refunfuñando, cada guardia rojo sacó su sucio bumaga (papel). Todos eran similares excepto el mío, que había sido dado por el Estado Mayor Revolucionario en Smolny. Los centinelas dijeron que tenía que acompañarlos. Los guardias rojos trataron de impedírselo, pero el marinero que había hablado primero, dijo: Este camarada es un buen camarada. Pero hay órdenes del comité revolucionario y hay que cumplirlas. Esa es la disciplina revolucionaria».

Para no armar lío me bajé del camión y lo vi desaparecer carretera abajo. Los soldados hablaron en tono bajo por un momento y luego me llevaron a una pared contra la cual me colocaron. De pronto me di cuenta de que me iban a fusilar.

No había nadie en los alrededores. Solamente el humo de una chimenea de una datchya. Los dos soldados se alejaron unos pasos hacia la carretera.

«Camaradas. Miren. Este es el sello del Comité Militar Revolucionario».



EL LIBRO CONVERTIDO EN FILM

"Diez días que conmovieron al mundo" se basaba en el libro de Reed. En lo que la terminó Eisenstein, Trotski fué purgado y el film tuvo que ser cortado y montado de nuevo, para eliminar al disidente.

Miraron estúpidamente a mi pase y luego uno al otro.

«Es diferente a los otros», dijo uno de ellos. «No podemos leer, hermano».

Lo tomé del brazo. «Ven», dije. «Vamos a esa casa. Alguien, seguramente, sabrá leer allí». «No», dijo uno de ellos. El otro me miró. «¿Por qué no?», murmuró. «Después de todo es un crimen matar a un inocente».

Caminamos hasta la puerta delantera de la casa y tocamos. Una mujer pequeña, fornida, la abrió y huyó hacia dentro de la casa murmurando: «No sé nada acerca de ellos. No sé nada acerca de ellos». Uno de mis guardianes le enseñó mi pase. Ella gritó. «Solamente para que lo lea, camarada». Vacilante tomó el papel y lo leyó rápidamente, en alta voz:

«El portador de este pase, John Reed, es un representante de la Democracia-Social norteamericana, un internacional...»

Cuando estuvimos de nuevo en la carretera los soldados celebraron una conferencia. «Tenemos que llevarlo al Comité Regimental», dijeron. Durante el camino nos encontramos ocasionalmente con grupos de soldados que nos detenían y rodeaban, mirando hostilmente, manoseando mi pase, y discutiendo con violencia el si me fusilaban o no.

Ya estaba oscuro cuando llegamos a las barracas del Segundo Regimiento de Rifles Tsarskoye Selo: edificios bajos junto a una carretera. Un grupo de soldados parados junto a las puertas preguntaban «¿Un espía?». «¿Un provocador?». Subimos por una escalera de caracol y llegamos a un enorme cuarto vacío con una enorme cocina en el centro e hileras de camastros en el piso, donde cerca de un millar de soldados dormían, jugaban a las cartas, cantaban o charlaban. En el techo había un gran boquete abierto por uno de los cañones de Kerensky.

Estaba parado en la puerta y un silencio recorrió súbitamente la estancia. Todos se volvieron y me miraron. De pronto se levantaron y corrieron hacia mí con los ojos inyectados de odio. «Camaradas, camaradas», gritó uno de mis guardias. «Comité, Comité». Se detuvieron, me rodearon y murmuraron. Uno de ellos, un joven que usaba un brazalete rojo, se abrió paso a empujones y llegó hasta mí.

«¿Quién es éste, dijo con rudeza. Los guardias le explicaron. «Denme el papel». Lo leyó cuidadosamente, con ojos inquisitivos. Luego sonrió y me alargó el pase. «Compañeros: éste es un camarada americano». Yo soy presidente del Comité y le doy la bienvenida». La multitud se deshizo en saludos y muchos me estrecharon la mano.

«¿No ha comido?. Nosotros ya comimos aquí. Vaya al Club de Oficiales donde hay algunos que hablan su idioma».

Me condujeron a través del patio hasta la puerta de otro edificio. Un joven oficial, fino y aristocrático, usando las insignias de teniente, entraba. El presidente me presentó y, después de darme la mano, se marchó.

«Me llamo Stephan Georgevitch Morovsky, a sus órdenes», dijo el teniente en perfecto francés. Del adornado zaguán partía una escalera ceremonial. En el segundo piso salones de billar, de cartas, una biblioteca se abría sobre un corredor. Entramos en el comedor y vimos a veinte o más oficiales, todos usando sus uniformes, espadas y medallas zaristas, sentados alrededor de una larga mesa rectangular. Todos se levantaron cortésmente al vernos y nos hicieron un sitio junto a un coronel de barba gris. El ambiente era el de una comida de oficiales en cualquier ejército europeo. ¿Dónde estaba la Revolución?

«¿Usted no es un bolchevique?», le pregunté a Morovsky.

Una sonrisa recorrió la mesa.

«No», contestó mi amigo. «Solamente hay un oficial bolchevique en este regimiento y está en Petrogrado esta noche. El coronel es un menchevique. El capitán Kherlov es un Kadet. Yo soy un socialista revolucionario de ala derecha. Le diría que casi todos los oficiales en el ejército son bolcheviques, pero todos, como yo, creemos que debemos seguir las masas de soldados...»

Una vez terminada la cena los mapas fueron traídos y el coronel los extendió sobre la mesa. Todos nosotros nos agrupamos en torno a él.

«Aquí», dijo el coronel, señalando unas marcas a lápiz, «estaban nuestras posiciones esta mañana. Vladimiro Kyrilovitch, ¿dónde está su compañía?».

El capitán Kherlov señaló: «De acuerdo con las órdenes, ocupamos esta posición a lo largo de la carretera. Karsavin me relevó a las cinco».

En ese momento se abrió la puerta y entró el presidente del Comité Regimental con otro soldado. Se unieron al grupo que estaba alrededor del coronel y miraron el mapa.

«Bien», dijo el coronel. «Ahora los cosacos se han retirado diez kilómetros en nuestro sector. No creo que sea necesario tomar las posiciones avanzadas. Caballeros, por esta noche mantendremos la línea, reforzando nuestras posiciones por...»

«Me permite», interrumpió el presidente del Comité Regimental. «Las órdenes son de avanzar con toda rapidez y atacar a los cosacos que están al norte de Gatchina por la mañana. Una aplastante derrota es necesaria. Por favor, prepárelo todo».

Hubo un corto silencio. El coronel volvió al mapa. «Muy bien», dijo en voz diferente. «Stephan Georgevich, usted por favor irá...» Trasando líneas con un lápiz azul, dió órdenes, mientras un sargento tomaba notas taquigráficas. El sargento se retiró y diez minutos más tarde volvía con las órdenes escritas a máquina y copias a carbón. El presidente del Comité estudió las órdenes y miró al mapa.

«Muy bien», dijo levantándose. Dobló una copia de las órdenes y la guardó en un bolsillo. Luego firmó las otras, las selló con el sello redondo que llevaba en un bolsillo, y las presentó al coronel.

Aquí estaba la Revolución.

EL VENTRILOCUO

Por Isaac Babel

Traducción de B. Borovski

Isaac Babel es una torre de babel. Su personalidad es tan confusa como su literatura. Soldado, comunista militante, judío, intelectual, hombre de acción, tipo a la vez de una extrema crueldad y una gran ternura, Babel es el mejor de los cuentistas soviéticos y posiblemente la mayor figura rusa del género en este siglo. Esta narración que publicamos es brutalmente realista y sin embargo, Babel es conocido como un extraño surrealista —su literatura se parece mucho a la pintura de Chagall— mal engastado en el mundo soviético. Atrapado en una de las tantas purgas de los últimos años 30, Babel desapareció para siempre (se cree que fue fusilado). No queda otro rastro que su literatura violenta, contradictoria, absurda. Así debió ser el hombre.

La paliza que dimos a los polacos detrás de Belaya-Zerkof fué enorme. Hasta la naturaleza debió conmoverse. Yo recibí muy de mañana una buena reprimenda. Recuerdo que el día se acercaba a la noche. Yo había perdido la comunicación con el mando de la brigada, y de todo el proletariado no quedaban conmigo más que cinco cosacos. Alrededor se pegaba la gente como el pope con su mujer. Lentamente goteaba la sangre de mí y de la paletilla del caballo... En una palabra... No, esto no puede decirse en una palabra.

Spirka Sabuty y yo salíamos del bosque... lejos, lejos del bosque, y nos miramos. ¡Bonita situación! A unos trescientos metros... no, más no habría... una nube de polvo. ¿Un Estado Mayor? ¡Bueno! ¿La impedimenta? ¡Mejor! Los uniformes y las camisas de los muchachos están miserablemente desgarrados y apenas cubren su desnudez.

—Sabuty— digo a Spirka—, tú conoces a tu madre... y... ¡bueno!, por el estilo... Te concedo la palabra. Tú estás ahora en la lista de oradores. Aquello que marcha por allí es vuestro Estado Mayor...

—Es verdad. Es vuestro Estado Mayor —contestó Sabuty—. Pero nosotros somos dos y allí hay ocho hombres.

—¡A ellos, Spirka! —digo yo—. Me gustaría untarles esa casaca solemne. Muramos por un pepino y por la Revolución mundial.

Y corrimos hacia ellos. Eran ocho sables. Dos los barrimos inmediatamente con nuestras balas. Veo que Spirka lleva a un tercero al Estado Mayor de Duchonin para examinar sus papeles. Yo, en cambio, me entretengo con el As de triunfo. El As de casaca roja, cadena y reloj de oro. Le estrecho contra una granja, rodeada de manzanos y cerezos. El caballo del casaca rojá se povonea inquieto debajo de ellos como la hija de un tendero, pero se intranquiliza enseguida. Entonces suelta el general las riendas, me apunta con el máuser y me hace un agujero en la pierna.

—¡Bueno! —pienso yo—. Pero no te me escapas. Vas a morder la hierba.

Meto dos tiros en el arma. El caballo me dió pena. Era un bolchevique, un verdadero bolchevique. Rojo de cobre como una moneda, redonda como una bola la cola, las patas tirantes como cuerdas templadas. Yo pienso: «El caballo se lo llevas a Lenín». Pero no resultó nada de aquello. Maté al buen animal. El caballo se desplomó como una novia y mi As de Triunfo saltó de la silla, se volvió otra vez y me hizo otro agujero en la figura. Así recibí mis tres señales en acción ante el enemigo.

—¡Jesús!— pienso yo—. Va a acabar por matarme en regla.

Meto espuela hacia él y entonces saca el sable, mientras ruedan las lágrimas por sus mejillas, lágrimas blancas, leche humana.

—Por ti me dan la orden de la Bandera Roja —grito yo—. Ríndete, Excelencia, en tanto que me queda vida...

—No puedo, «panie» —contesta el viejo—. Me matas.

De pronto aparece Spirka delante de mí como llevado por el viento. Su rostro está jabonado con suciedad y los ojos le colgaban como con una hebra de hilo sobre los morros.

—¡Vassia! —me dice—. ¡La de hombres que he despachado hoy! ¡Era un placer! ¡Atiza! ¡Si tienes un general!.. ¡Vaya la de cosas finas que tiene! A éste me gustaría despacharle.

—¡Vete al diablo! —le digo furioso— Esas cosas finas me están costando mi sangre.

Y empujo al general con mi yegua hacia la era, llena de heno o algo análogo. Calma, oscuridad y frío reinan allí.

—«Panie» —le digo—, cálmate, ríndete, por amor de Dios, y luego descansaremos los dos, «panie».

Está de pie junto a la tapia, respira con dificultad y se frota la frente con sus dedos rojos.

—No puedo —me contesta—. Me tendrás que matar. Mi sable no lo puedo entregar más que a Budienny.

—¡A Budienny tengo que llevárselo yo!— y para mi mala suerte veo que el viejo va a desplomarse enseguida.

—«¡Panie!» —grito y lloro y rechino los dientes—. Mi palabra de proletario de que yo mismo soy el primer comandante. No busques en mí cosas finas, pero un título sí que lo tengo: excéntrico musical y ventrílocuo del salón de la ciudad de Nischni..., Nischni del Volga...

El diablo me hurgó. Los ojos del general ardían ante mí como linternas. La sangre se me agolpó al rostro. La ofensa se desleía como sal en mis heridas, pues vi que el viejo no me creía. Cerré la boca, muchachos, encogí el vientre, metí aire y se lo volví a echar al viejo, así, por broma, a estilo de soldado, como entre nosotros en Nischni, y demostré de ese modo al polaco mi arte de ventrílocuo.

El viejo palideció, se llevó las manos al corazón, y se desplomó en tierra.

—¿Crees ahora a Vasska, el excéntrico, al comisario de la invencible III brigada de caballería?

¿Comisario? —grita él.

—Comisario —digo yo.

—¿Comunista? —grita él.

—Comunista —digo yo.

—En la hora de mi muerte —grita él—, en mi último suspiro, dime, amigo cosaco, ¿eres comunista o has mentido?

—Soy comunista.

Entonces se yergue el viejo, besa un amuleto cualquiera, parte el sable y en sus ojos se encienden dos chispas, dos linternas en la estepa tenebrosa.

—Perdona —me dice—; no puedo rendirme a un comunista —y me alarga la mano—. Perdona —dice—, y mátame a estilo de soldado...

Esta historia nos contaba un día en su habitual tono de broma, mientras descansábamos, el famoso Konkin, comisario político de la brigada de caballería de Nischni y tres veces caballero de la orden de la Bandera Roja.

—Bueno, ¿y cómo terminaste con el «panie», Vasska?

—¿Cómo no había de terminar?.. El viejo tenía carácter. Yo incluso me incliné ante él. El siguió obstinado. Entonces le quitamos todos sus papeles y el revólver. La silla de aquel mochuelo raro la tengo todavía debajo de mí. En esto veo que me estoy desangrando más cada vez. Se apodera de mí un sueño terrible y mis botas están llenas de sangre... Y ya no pude ocuparme más de él.

—¿De manera que disteis cuenta del viejo?

Cometimos el pecado.



LA REVOLUCION RUSA

Por León Trotsky

Traducción de Jaime Soriano
(Tomado del libro de Trotski, "The History of the Russian Revolution")

Desde su juventud hebrea hasta su asesinato en Ciudad México por un tal Jacques Molnard, presumiblemente agente de Stalin, León Trotski ha sido una de las más fascinantes figuras de nuestro tiempo. Un gran revolucionario y líder de la revolución rusa, Trotski era también un gran escritor. Las páginas de su autobiografía, solamente, autorizan la afirmación. Como ideólogo del marxismo su obra no es tan importante como debiera ser, aunque se considere que Trotski trabajó demasiado como revolucionario práctico para poder ser un buen teórico. El ensayo que sigue es en realidad las conclusiones a su historia de la revolución bolchevique.



TROTSKI
Refugiado en México, pero todavía perseguido

Una notable sucesión de etapas es observada en el desarrollo de la Revolución Rusa y esto por la única razón de que fue una auténtica revolución popular, poniendo en movimiento a decenas de millones. Los hechos se sucedían unos a otros como si obedeciesen a una ley de gravitación. La correlación de fuerzas fue verificada dos veces en cada etapa: en primer lugar las masas demostraban la fuerza de su asalto, luego las clases poseedoras, tratando de vengarse, revelaban más claramente su total aislamiento.

En febrero, los obreros y soldados de Petrogrado se insurreccionaron no sólo contra la voluntad patriótica de las clases educadas, sino también en contra de las observaciones de las organizaciones revolucionarias. Las masas demostraron que eran inconquistables. Si ellas hubieran estado conscientes de este hecho se habrían convertido en gobierno, pero no había aún una organización revolucionaria, un partido autoritario, que se colocase a su cabeza. El poder cayó en manos de una democracia pequeño-burguesa protectivamente teñida con una coloración socialista. Los **Mencheviques** y los **Socialistas Revolucionarios** no podían hacer otro uso de la confianza de las masas que para unirse a la burguesía liberal quienes, en su turno, solamente podían colocar el poder que se había deslizado hasta sus manos, gracias a los comprometidos que estaban al servicio de la Entente.

En los días de abril la indignación de los regimientos y las fábricas —nuevamente sin el llamado de un partido— los llevó a lanzarse a las calles de Petrogrado para resistir la política imperialista del Gobierno tan deseada por los Comprometidos. Esta demostración armada obtuvo un éxito aparente. Milirkov, el líder del imperialismo ruso, fue destituido. Los Comprometidos entraron en el gobierno, superficialmente como plenipotenciarios del pueblo, en realidad como criados de la burguesía.

Sin haber decidido uno de los problemas que había evocado la revolución, el gobierno coalicionista violó en Junio el armisticio que se había establecido **de facto** en el frente, lanzando sus tropas a la ofensiva. Por este acto el régimen de Febrero, ya caracterizado por la declinante confianza de las masas en los Comprometidos, se dió a sí mismo un golpe fatal. Se inició el período de la preparación directa para una segunda revolución.

Al comienzo de Julio, el gobierno, teniendo tras él todas las clases educadas y poseedoras, perseguía toda manifestación revolucionaria calificándola de traición a la patria y ayuda al enemigo. Las organizaciones oficiales de masas —los soviets, los partidos social-patrióticos— luchaban contra un alzamiento con toda sus fuerzas. Los Bolcheviques, por razones tácticas, trataban de impedir a los obreros y soldados que saliesen a la calle. Sin embargo las masas se lanzaron. El movimiento pronto demostró ser incontenible y universal. Al Gobierno no se le veía por ninguna parte. Los Comprometidos se escondieron. Los obreros y soldados se mostraron como amos de la capital. La ofensiva se desmoronó debido a la falta de preparación en las provincias y en el frente.

Al final de Agosto todos los órganos y las instituciones de las clases poseedoras se inclinaban hacia un viraje contrarevolucionario. Junto a los diplomáticos de la Entente, los bancos, las ligas de los latifundistas e industriales, el partido Kadet, los estados mayores, los oficiales, la prensa. El organizador del viraje no era otro que el Comandante Supremo y el cuadro de oficiales de un ejército de millones en los cuales se podía depender. Destacamentos militares especialmente escogidos en el frente fueron lanzados contra Petrogrado bajo el pretexto de movimientos estratégicos y con secreto consentimiento del jefe de gobierno.

En la capital todo parecía preparado y se auguraba el éxito de la empresa. Los trabajadores habían sido desarmados por las autoridades con la ayuda de los Comprometidos. Los Bolcheviques estaban bajo un continuo chaparrón de golpes; los regimientos más revolucionarios habían sido retirados de la ciudad; cientos de oficiales escogidos habían sido integrados en brigadas de choque con los cadetes de la escuela de oficiales y los cosacos formaban una fuerza impresionante. ¿Y, qué sucedió? El complot, al parecer patrocinado por los mismos dioses, apenas hizo contacto con el pueblo revolucionario se diseminó convertido en polvo.

Estos dos movimientos, a principios de julio y finales de agosto, se relacionan uno con otro como un teorema y su opuesto. Los días de julio demostraron el poder del movimiento independiente de las masas. Los días de agosto dejaron al descubierto la completa impotencia de los grupos dominantes. Esta correlación señaló la inevitabilidad de un nuevo conflicto. Mientras tanto, las provincias y el frente iban acercándose a la capital. Esto predeterminó la victoria de octubre.

«La facilidad con que Lenin y Trotsky derrocaron el último gobierno de coalición de Kerensky» escribió el Kadet, Nabokov, «revela su impotencia interna. El grado de esta impotencia fue asombroso en ese momento, aun para gente bien informada». El mismo Nabokov parece apenas darse cuenta que se trataba de su impotencia, de la de su clase, de su estructura social.

Del mismo modo en que, de la demostración armada de julio la curva se eleva hasta la insurrección de octubre, el movimiento de Kornilov parece un ensayo final de la campaña contra-revolucionaria llevada a cabo por Kerensky durante los últimos días de octubre. La única fuerza militar contra los bolcheviques encontrada en el frente por el democrático comandante en jefe, después de su fuga bajo la protección de la pequeña bandera americana, fue aquel mismo Tercer Cuerpo de Caballería que dos meses antes había sido designado por Kornilov para el derrocamiento del mismo Kerensky. El comandante del Cuerpo todavía era el General cosaco Krasnov, monarquista militante, colocado en este puesto por Kornilov. Un comandante más apropiado para defender la democracia no se podía encontrar.

Además, nada quedaba del Cuerpo excepto su nombre. Había quedado reducido a unos cuantos escuadrones de cosacos, quienes después de un intento fracasado de tomar la ofensiva contra los Rojos cerca de Petrogrado, fraternizaron con los marinos revolucionarios, y entregaron a Krasnov a los Bolcheviques. Kerensky se vió forzado a huir —tanto de los cosacos como de los marinos. De este modo, ocho meses después del derrocamiento de la monarquía los trabajadores quedaban a la cabeza del país. Y se mantenían firmemente.

«Quién hubiera creído», escribió uno de los generales rusos, Zalessky, expresando su indignación por esto, ¿que el bedel o el sereno del edificio de la corte de prono se convertiría en Presidente del Tribunal Supremo? ¿O el ordenanza del hospital, en director del hospital; el barbero, en un gran funcionario; el cadete de ayer, en el comandante en jefe; el lacayo o trabajador común, en burgomaestre; el maquinista de ayer, en jefe de división o superintendente de estación; el cerrajero de ayer, en jefe de una fábrica?».

¿Quién lo creería? Tenían que creerlo. Era imposible no creerlo, cuando los cadetes batieron en retirada a los generales, cuando los burgomaestres salidos de las filas de los trabajadores comunes terminaban con la resistencia de los amos de ayer, los maquinistas regulaban el transporte, y los cerrajeros como directores revivían la industria.

La principal tarea de un régimen político, de acuerdo con un aforismo inglés, es colocar a la gente correcta en las posiciones correctas. ¿Cómo luce el experimento de 1917 desde este punto de vista? Durante los dos primeros meses Rusia fue gobernada, a través del derecho de la sucesión monárquica, por un hombre mal dotado por la naturaleza, quien creía en momias de santos y se sometía a Rasputín. Durante los ocho meses siguientes, los liberales y demócratas, desde sus altos puestos gubernamentales, trataron de probar al pueblo que la revolución había sido hecha para que todo se mantuviera como antes. No es de extrañar que esas gentes pasaron por el país como sombras indecisas, sin dejar huellas. Desde el 25 de octubre el hombre a la cabeza de Rusia fue Lenin, la más grande figura en la historia política de Rusia. Estaba rodeado por un cuerpo de asistentes quienes, como admiten sus más enconados enemigos, sabían lo que querían y cómo luchar por sus metas. ¿Cuál de estos tres sistemas, dadas las condiciones concretas, se probó capaz de colocar a la gente correcta en las posiciones correctas?

El progreso histórico de la humanidad, tomado en conjunto, puede ser sumarizado como una sucesión de victorias de la conciencia sobre fuerzas ciegas en la naturaleza, en la sociedad, en el mismo hombre. El pensamiento crítico y creativo puede jactarse de sus más grandes victorias, hasta el momento, en la lucha con la naturaleza. Las ciencias físico-químicas han ya alcanzado un punto en el cual el hombre claramente está a punto de convertirse en dueño de la materia. Pero las relaciones sociales todavía se están formando a la manera de las islas Corales. El parlamentarismo solamente iluminó la superficie de la sociedad, y aun esto, con una luz bastante artificial. En comparación con la monarquía y otras herencias de los caníbales y habitantes de cuevas, la democracia es desde luego una gran conquista, pero deja intacto el ciego juego de fuerzas en las relaciones sociales de los hombres. La Revolución de Octubre fue la primera en levantar su mano contra esta más honda esfera del inconsciente. El sistema Soviético desea apuntar y planear en la base misma de la sociedad, donde sólo han reinado hasta ahora consecuencias acumuladas.

Los enemigos se alegran de que quince años después de la Revolución el país Soviético se parece muy poco a un reino de bienestar universal. Este tipo de argumento, si no se explica realmente por una hostilidad cegadora, solamente puede ser dictado por un culto excesivo al poder mágico de los métodos socialistas. El capitalismo necesitó cien años para alzar a la ciencia y a la técnica y para hundir a la humanidad en el infierno de la guerra y de la crisis. Al socialismo, sus enemigos le conceden tan solo quince años para crear y equipar un paraíso terrestre. Nunca nos obligamos a tanto. Nunca nos dimos plazos. El proceso de vastas transformaciones debe ser medido con una escala adecuada.

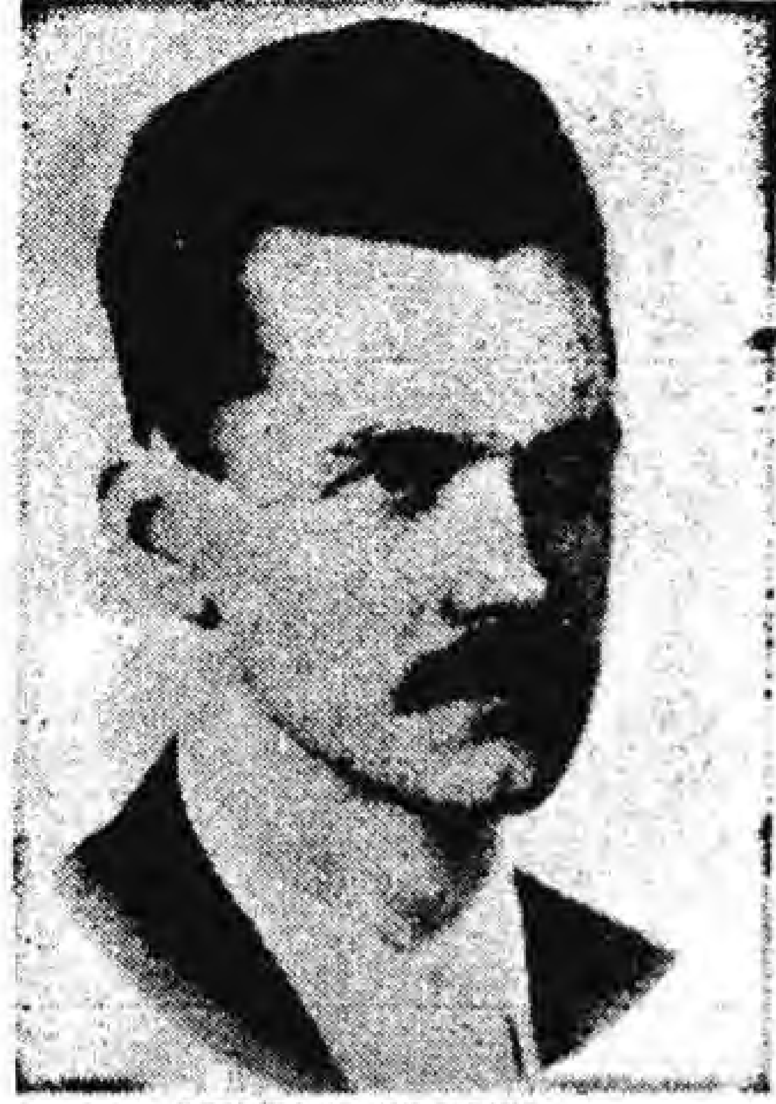
Pero, ¿y las desgracias que han aplastado a las gentes? ¿El fuego y la sangre de la guerra civil? ¿Justifican acaso las consecuencias de una revolución los sacrificios que ella implica? La pregunta es teleológica, y por lo tanto infructuosa. Tanto valdría preguntarse al enfrentarse con las dificultades y dolores de la existencia personal: ¿Vale la pena haber nacido? Reflexiones melancólicas no han impedido, hasta ahora, que la gente procree y nazca. Aun en nuestra época, de desgracias intolerables solamente un pequeño porcentaje de la población de nuestro planeta acude al suicidio. La gente sigue tratando de encontrar una solución a las dificultades insoportables en la revolución.

No es notable que aquellos que hablan con más indignación acerca de las víctimas de las revoluciones sociales son solamente los mismos que si no responsables directos de las víctimas de la guerra mundial, las prepararon y glorificaron, o al menos las aceptaron. Ahora nos toca preguntar, ¿se ha justificado a sí misma la guerra? ¿Qué nos ha dado? ¿Qué nos ha enseñado?

No sería provechoso hacer una pausa y considerar a los propietarios rusos afectados que dicen que la Revolución ha causado la decadencia cultural del país. La cultura aristocrática desplazada por la Revolución de octubre es solamente una imitación superficial de modelos occidentales más altos. Manteniéndose inaccesible al pueblo ruso, no añadió nada esencial al cofre de la humanidad. La Revolución de octubre estableció las bases para una nueva cultura que tomaba a todos en consideración, y por esta razón adquirió un significado internacional. Aunque supongamos por un momento que, gracias a circunstancias desfavorables y golpes hostiles el régimen soviético debiera ser derribado temporalmente, la inexpugnable empresa de la Revolución de octubre dejará siempre su huella sobre el futuro de la humanidad.

Los idiomas de las naciones civilizadas han marcado con claridad dos épocas en el desarrollo de la nación rusa. Donde la cultura aristocrática introdujo en el habla común barbarismos como «tzar», «pogrom», «knout», la Revolución de Octubre ha internacionalizado palabras como bolchevique, soviet y piatiletka. Esto sólo justifica la revolución proletaria, si alguien se cree que necesita justificación.

NO SOY YO QUIEN GRITA



ATTILA JOZSEF

Hace más de veinte años, en diciembre de 1937, ponía fin a su vida —arrojándose al paso de un tren— el mayor poeta húngaro de su generación: Attila Jozsef aún no había cumplido los treinta y dos años. Jozsef configuró insignemente lo que hoy conocemos como "poeta comprometido": militó en las filas del marxismo clandestino durante la dictadura de Horthy, se vió cruelmente excluído del mismo cuando preconizó un frente común ante el fascismo, mucho antes del viraje ideológico del Comintern. Excluído del comunismo húngaro, fundó con otros marxistas disidentes —Paul Ignotus y Francois Fetjo— la revista "Szép Szo" (argumento), desde la que continuó su labor literaria y política. Reducido a una existencia miserable, recluído en un aislamiento insoportablemente acrecentado por la subida de la marea fascista, con el sistema nervioso seriamente quebrantado, el poeta no llegó a percibir otra salida que su propia y dura muerte.

Por Attila Jozset

No soy yo quien grita: es la tierra que gruñe.
Atención, atención: el diablo ha enloquecido¡¡¡!
Agazápate en el fondo de las fuentes,
Clávate contra el cristal,
Ocúltate tras los fulgores de diamante,
bajo las piedras, entre los insectos.

Tú: escóndete en el pan recién cocido,
Tú, pobre hombre.
A través del fresco chubasco penetra en la tierra
En vano sumerges en tí mismo tu faz:
no puedes lavarla sino bañada en otra.

Tórnate la sutil nervadura de una brizna
y serás más grande que el jefe de este mundo.
Máquinas, pájaros, follaje, estrellas,
Nuestra madre estéril reclama suplicante a sus hijos.
Así tú, pobre hombre,
sea ello terrible o maravilloso,
No soy yo quien grita: es la tierra que gruñe.

Por un Arte Revolucionario Independiente

Por Andre Breton

Traducción de Anita Silveiro

André Breton es, todavía, la figura más polémica de la literatura francesa. Hasta este término, "literatura francesa", molestaría a Breton. Mencionar a Breton sería hablar largamente sobre literatura, sobre revolución en la literatura. Este manifiesto fue hecho en México hace tiempo, pero todavía está vigente. Hay que añadir que uno de sus firmantes —Diego Rivera, por supuesto— abjuró poco después, totalmente, de su firma.

Podría afirmarse sin exageración que nunca la civilización humana ha sido amenazada por tantos peligros como hoy. Los vándalos, con la ayuda de sus medios bárbaros, es decir, bastante precarios, destruyeron la civilización antigua en una esquina limitada de Europa. Hoy día es toda la civilización mundial, en la unidad de su destino histórico, la que vacila bajo la amenaza de fuerzas reaccionarias armadas de toda la técnica moderna. No tenemos solamente en cuenta la guerra que se aproxima. Desde ahora, en tiempos de paz, la situación de la ciencia del arte se ha vuelto absolutamente intolerable.

Por lo que conserva de individual su génesis, porque pone en acción cualidades subjetivas para manifestar cierto hecho que conlleva un enriquecimiento objetivo, un descubrimiento filosófico, sociológico, científico o artístico aparece como el fruto de un azar precioso, es decir, como una manifestación más o menos espontánea de la necesidad. No se puede descuidar tal aporte, tanto desde el punto de vista del conocimiento general (que tiende a que se prosiga la interpretación del mundo) como desde el punto de vista revolucionario (que, para llegar a la transformación del mundo, exige que se tenga una idea exacta de las leyes que rigen su movimiento). Mas particularmente, no podríamos desinteresarnos de las condiciones mentales en las cuales este aporte continúa produciéndose y por tanto no cuidar de que esté garantizado el respeto de las leyes específicas de las que depende la creación intelectual.

Ahora bien, el mundo actual nos obliga a constatar la violación, cada vez más generalizada de esas leyes, violación a la cual corresponde necesariamente un envilecimiento más y más manifiesto, no sólo en la obra de arte, sino aun en la personalidad «artística». El fascismo hitleriano, después de haber eliminado de Alemania a todos los artistas que habían expresado en algún grado el amor a la libertad, aunque no fuera más que formalmente, ha obligado a aquellos que todavía consentían a sostener una pluma o un pincel a convertirse en los servidores del régimen y a celebrarlo por decreto, en los límites exteriores de la peor convención. Con una diferencia de publicidad, lo mismo ha ocurrido en la U. R. S. S. en el período de furiosa reacción que ahora llegó a su apogeo.

No hay que decir que no nos solidarizamos ni por un momento, sea cual fuere su aceptación actual con la consigna: «¡Ni fascismo ni comunismo!», que responde a la naturaleza del filisteo conservador y espantado que se agarra a los vestigios del pasado «democrático». El arte verdadero, es decir, el que no se contenta con variaciones de modelos ya hechos, sino que se esfuerza por dar expresión a las necesidades interiores del hombre y de la humanidad de hoy, no puede dejar de ser revolucionario, es decir no puede dejar de aspirar a una reconstrucción completa y radical de la sociedad, aunque no fuera más que para liberar a la creación intelectual de las cadenas que la traban y permitir a toda la humanidad elevarse a las alturas que sólo los genios aislados han alcanzado en el pasado. Sin embargo, si rechazamos toda solidaridad con la casta actualmente dirigente en la U. R. S. S. es precisamente porque a nuestros ojos no representa al comunismo, sino que es su más pérfido y peligroso enemigo.

Bajo la influencia del régimen totalitario de URSS y por intermedio de los organismos que se dicen «culturales» que ella controla en los otros países, se ha extendido sobre el mundo entero un profundo crepúculo hostil a la emersión de toda especie de valor espiritual. Crepúsculo de fango y de sangre en el cual, disfrazados como intelectuales y artistas, caminan los hombres que han hecho del servilismo un recurso, de la negación de los principios propios un juego perverso, del venal testimonio falso un hábito y de la apología del crimen una diversión. El arte oficial de la época stalinista refleja con una crueldad sin ejemplos en la Historia, sus esfuerzos irrisorios para dar el cambio y enmascarar su verdadero papel mercenario.

La sorda reprobación que suscita en el mundo entero un profundo crepúsculo hostil de los principios a los cuales siempre ha obedecido el arte, y que los estados fundados aún sobre la esclavitud no tratan de ejecutar tan totalmente, debe dar lugar a una condenación implacable. La **oposición** artística es hoy una de las fuerzas que pueden contribuir útilmente al descrédito y la ruina de los regímenes bajo los cuales se abisma, al mismo tiempo que el derecho de la clase explotada a aspirar a un mundo mejor, todo sentimiento de la grandeza y de la dignidad humana.

La revolución comunista no tiene temor al arte. Ella sabe que al final de las investigaciones que se hacen sobre la formación de la vocación artística en las sociedades capitalistas que se derrumba, la determinación de esta vocación no puede pasar por otra cosa que por el resultado de una colisión entre el hombre y un cierto número de formas sociales que le son adversas. Esta sola conjetura, en el grado en que se puede adquirir conciencia, hace el artista un aliado predispuesto. El mecanismo de **sublimación** que interviene en tal caso y que el psicoanálisis ha puesto en evidencia, tiene por objeto restablecer el equilibrio roto entre el «yo» coherente y los elementos forzados. Este restablecimiento opera en ventaja del «ideal del yo» que viste contra la realidad presente, insoportable, las potencias del mundo interior, del «se», **comunes a todos los hombres** y constantemente en víspera de desvanecimiento en el devenir. El deseo de emancipación del espíritu no tiene sino que seguir su curso natural para ser transportado a su fondo y andar sobre esta necesidad primordial: el deseo de emancipación del hombre.

De ahí se sigue que el arte no puede consentir sin decaer a plegarse ante cualquier directiva extranjera y a venir dócilmente a llenar los cuartos que algunos creen poder asignarle, a los fines pragmáticos extremadamente cortos. Más vale fiarse del don de prefiguración, que es la renta de todo artista auténtico, quien implica un comienzo de resolución (virtual) de las contradicciones más graves de su época y orienta el pensamiento de sus contemporáneos hacia la urgencia del establecimiento de un orden nuevo.

La idea que el joven **Marx** tenía del papel del escritor exige un **recuerdo** vigoroso. Es claro que esta idea debe ser **extendida**, en el plano artístico y científico, a las diversas categorías de productores y de investigadores. «El escritor», dice él, «debe naturalmente ganar dinero para vivir y escribir, pero no debe, en ningún caso, vivir y escribir para ganar dinero... El escritor no considera de ningún modo sus trabajos como un **medio**. Ellos son fines en sí mismos, ellos son medios para él y para los otros, que él sacrifica a la necesidad de su existencia para sus existencias... **La primera condición de la libertad de prensa consiste en no ser un oficio**». Es ahora más apropiado que nunca el esgrimir esta declaración contra aquello que pretende sujetar la actividad intelectual a fines exteriores a ella misma y al desprecio de todas las determinaciones históricas que le son propias, regir en función de pretendidas razones de estado, los temas del arte. La libre selección de estos temas y la no restricción absoluta en lo que concierne al campo de su exploración constituye para el artista un bien que él está en derecho de proclamar como inalterable. En materia de creación artística, importa esencialmente que la imaginación escape a toda restricción, que no se deje, bajo ningún pretexto, imponer una barrera. A estos que nos presionan, que quieren que sea hoy y no mañana, a los que consienten a que el arte sea sometido a una disciplina que tenemos por radicalmente incompatible con sus medios, nosotros les oponemos un rechazo sin contestación y nuestra deliberada voluntad de atenernos a la fórmula **toda licencia en arte.**

Reconocemos, sea bien entendido, al estado revolucionario el derecho de defenderse contra la reacción burguesa agresiva, aunque ésta se cubra bajo bandera de la ciencia o del arte. Pero entre estas medidas impuestas y temporales de auto-defensa revolucionaria y la pretensión de ejercer un mandamiento sobre la creación intelectual de la sociedad, existe un abismo. Si para el desarrollo de las fuerzas productivas materiales, la revolución ha tenido que erigir un régimen socialista de plan centralizado, para la creación intelectual debe, desde el principio, establecer y asegurar un régimen anarquista de libertad individual. Ninguna autoridad, ninguna restricción, ni la menor huella de mandamiento. Las diversas asociaciones de sabios y los grupos colectivos de artistas que trabajaron en tareas que nunca fueron grandiosas, puede surgir y destacarse un trabajo fecundo únicamente sobre la base de una libre amistad creadora sin la menor restricción del exterior.

De lo que se acaba de decir, se desprende claramente que defendiendo la libertad de la creación no tratamos de justificar la indiferencia política y de que está muy lejos de nuestro pensamiento el desear resucitar un arte «puro» que ordinariamente sirve con fines más que impuros a la reacción. No, nosotros tenemos una demasiada alta idea de la función del arte para rehusarle una influencia sobre la suerte de la sociedad. Estimamos que la tarea suprema del arte en nuestra época es de participar consciente y activamente en la preparación de la revolución. Mientras tanto, el artista no puede servir a la lucha emancipadora si no está penetrado subjetivamente de su contenido social e individual, si no hace pasar el sentido y el drama a través de sus nervios y si no busca libremente el darle una encarnación artística a su mundo interior.

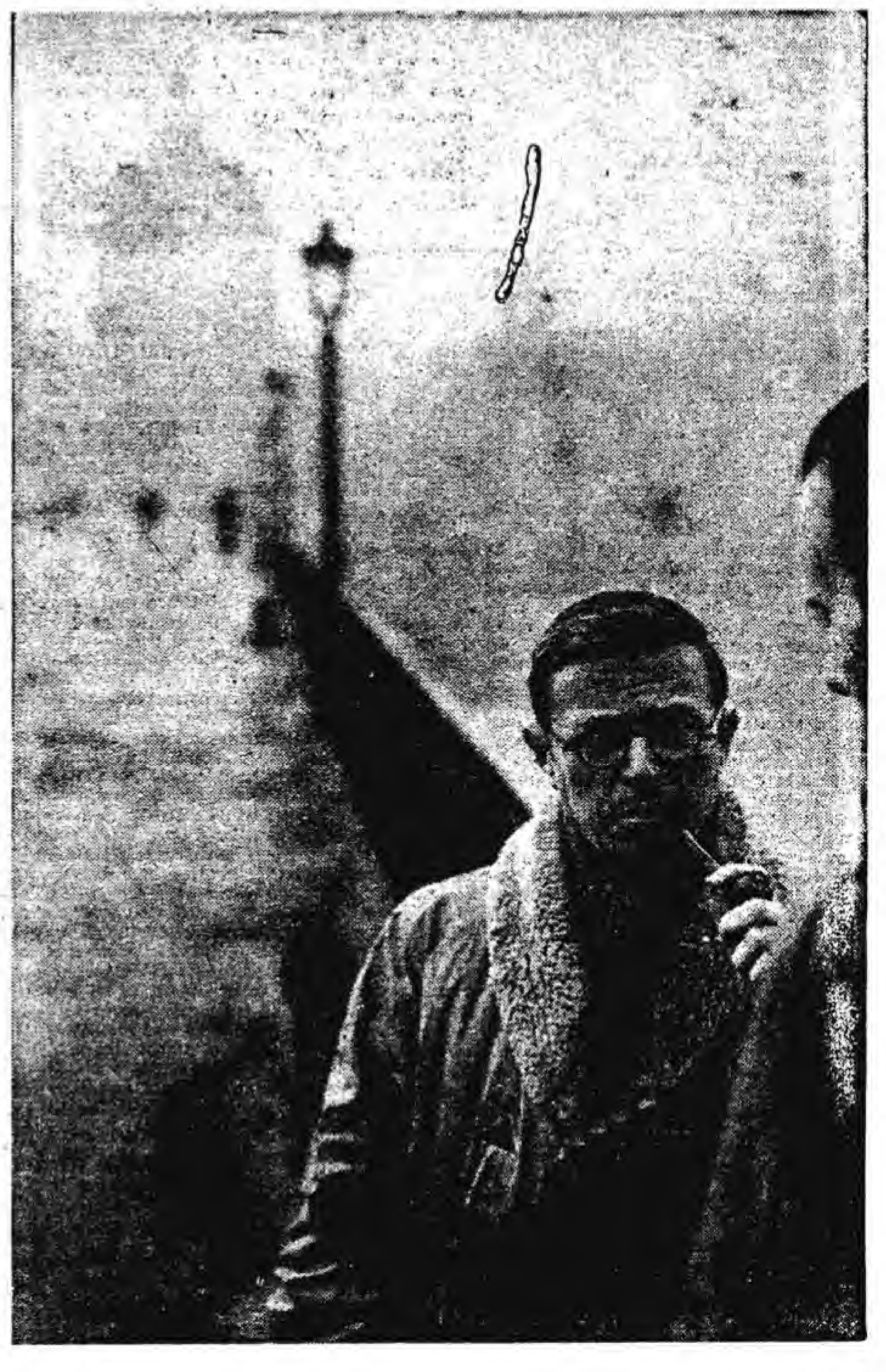
En el presente período, caracterizado por la agonía del capitalismo, tanto democrático como fascista, el artista, sin que tenga la ne-

SARTRE
y los tiempos modernos

Este es un fragmento de la presentación que hizo Jean-Paul Sartre cuando apareció el primer número de la revista "Les Temps Modernes". Con su lucidez de siempre, Sartre analiza maestramente la posicion del escritor en el mundo actual y señala sus deberes "Lunes de REVOLUCION" acoge estas opiniones como propias.

Todos los escritores de origen burgués han conocido la tentación de la irresponsabilidad: después de un siglo, ella se ha incorporado a la tradición en el oficio de las letras. Pocas veces establece el escritor una relación entre sus obras y su remuneración en especie. Por una parte, escribe, canta, suspira; por otro, lo proveen de dinero. He ahí dos hechos sin nexo aparente. Lo máximo que puede esperarse del escritor en tal sentido es que reconozca que lo pensionan para que se dedique a suspirar. Ocurre que se tiene más por una especie de estudiante becado, que por un trabajador que reibe el precio de su esfuerzo. Los teóricos del Realismo y del Arte por el Arte han venido a coincidir en tal opinión. ¿Ha percibido alguién que ambos tipos de teóricos tienen el mismo origen y persiguen fines muy similares? El escritor que sigue las enseñanzas de los primeros tiene por principal meta crear obras que a nadie sirvan de nada, más bellas cuanto más gratuitas y privadas de raíces. De ese modo se ubica al margen de la sociedad, o al menos se niega a figurar en ella como no sea a título de puro consumidor, exactamente como un becario cualquiera. El Realista también se dedica de muy buena gana a consumir. En cuanto a producir, la cosa cambia: alguien le ha dicho que la ciencia debe despojarse de toda intención utilitaria y él suspira por la imparcialidad infecunda del sabio. Nos han repetido hasta el cansancio que «se asoman» sobre los medios que tratan de describir. ¿Desde dónde se asomarán?, ¿Desde el aire, por casualidad? La verdad es muy otra: inseguro sobre su posición social, demasiado cobarde para erguirse frente a la burguesía que le paga, demasiado lúcido para aceptarla sin reservas, ha escogido jugar con su siglo y ha tratado de persuadirse por ese medio de que permanece fuera del gran asunto, exactamente como el experimentador con relación al experimento en el método científico. Así se concilia perfectamente el desinterés de la ciencia pura con la gratuidad del Arte por el Arte. No fué por azar Flaubert un estilista puro, un puro cultivador de la forma y el padre del naturalismo. No fué por azar que los Goncourt se jactaban de poder verter sus observaciones a través de un gran estilo.

Este legado de irresponsabilidad ha llevado la perturbación a más de un espíritu. Se sufre de una mala conciencia literaria y no se sabe a ciencia cierta si el oficio de escribir es admirable o grotesco. En otro tiempo, el poeta se tomaba por profeta, lo cual era perfectamente lícito. Después, devino un apestado y un «maldito», lo cual también es admisible. Hoy ha incidido en el rango de especialista y no es sin un cierto justificado malestar que, en los registros de hotel, une a su nombre la condición de «hombre de letras». Hombre de letras: esta asociación de palabras tiene algo de profundamente desagradable. Ante ella uno piensa en Ariel o en una Vestal, en un chico travieso o en un inofensivo maniático, asimilable a los halterófilos o a los numismáticos. Todo esto es demasiado ridículo. El hombre de letras escribe mientras otros se baten; un día se siente orgulloso de su función de ilustrado guardián de los valores más altos, al día siguiente se siente avergonzado de percibir que la literatura se pa-





ANDRE BRETON

Una posición de izquierda independiente frente al comunismo

cesidad de dar a su disidencia social una forma manifiesta, se ve amenazado con la privación del derecho a vivir y continuar su obra por el retraimiento que ante él hacen los medios de difusión. Es natural que entonces se vuelva hacia las organizaciones stalinistas que le ofrecen la oportunidad de escapar a su aislamiento. Pero la renuncia que él hace por su parte a todo aquello que puede constituir su mensaje propio y las terribles concesiones degradantes que estas organizaciones exigen de él a cambio de ciertas ventajas materiales le impiden mantenerse en ella, por poco que la desmoralización pueda penetrar en su carácter. Es necesario que en este instante comprenda que su lugar está fuera, no entre aquellos que traicionan la causa de la revolución y al mismo tiempo, la causa del hombre, sino entre aquellos que testimonian de su fidelidad inquebrantable a los principios de esta revolución entre aquellos que de hecho son los únicos calificados para ayudarlo a realizarla y a asegurar la libre expresión interior de todos los modos del genio humano.

El fin del presente llamamiento es de descubrir un terreno para reunir los fieles revolucionarios del arte, para servir a la revolución a través de los métodos del arte y defender la libertad del arte en sí mismo contra los usurpadores de la revolución. Estamos profundamente convencidos que el encuentro sobre este terreno es posible para los representantes de tendencias estéticas, filosóficas y políticas pasablemente divergentes. Aquí los marxistas pueden marchar de la mano con los anarquistas, a condición de que los unos y los otros rompan implacablemente con el espíritu policíaco reaccionario representado por José Stalin o por su vasallo, García Oliver.

Los miles y miles de pensadores y artistas aislados cuya voz está cubierta por el tumulto odioso de los falsificadores regimentados están actualmente dispersos por el mundo. Las numerosas pequeñas revistas locales tratan de agrupar alrededor de ellas las fuerzas jóvenes, que buscan caminos nuevos y no subvenciones. Toda tendencia progresista en arte es llamada por el fascismo una degeneración. Toda creación libre es declarada fascista por los stalinistas. El arte revolucionario independiente debe agruparse para la lucha contra las persecuciones reaccionarias y proclamar altamente su derecho a la existencia. Este agruparse es el fin de la Federación Internacional del Revolucionario Independiente (F. I. A. R. I.) que nosotros creemos necesario creer.

No tenemos la intención de imponer ninguna de las ideas contenidas por este llamamiento que nosotros no consideramos como un primer paso de un nuevo camino. A todos los representantes del arte, a todos sus amigos y defensores que no pueden dejar de comprender la necesidad del presente llamado, le demandamos que alcen la voz inmediatamente. Del mismo modo nos dirigimos a todas las publicaciones independientes de izquierda que estén dispuestas a tomar parte en la creación de la federación internacional y al examen de sus tareas y sus métodos de acción.

En cuanto un primer contacto internacional sea establecido por la prensa y la correspondencia, procederemos a la organización de modestos congresos locales y nacionales. En la etapa siguiente se deberá reunir un congreso mundial que consagrará oficialmente la fundación de la Federación Internacional.

Esto es lo que queremos:

La independencia del arte —por la revolución:

la revolución —por la liberación definitiva del arte.

André Breton, Diego Rivera y León Trotsky.

Méjico, el 25 de Julio de 1958.

rece demasiado a una cierta afectación. Junto al burgués que lo lee, su dignidad se le hace ostensible; ante el obrero que no lee, siente un terrible complejo de inferioridad. Y ese complejo se halla en los orígenes de eso que Jean Paulhan llama «terrorismo», y ese complejo ha sido lo que condujo a los surrealistas a abominar de la literatura mientras vivían de ella y desde ella.

Después de la primera guerra mundial sentó sus reales un lirismo particular. Los mejores escritores, los más puros, se dieron a confiscar públicamente todo aquello que pudiera humillarlos en mayor medida, y no aspiraban a meta más alta que atraer sobre ellos la reprobación burguesa: se trataba de producir obras que, por sus consecuencias, se asemejasen lo más posible a puros actos. Tales tentativas aisladas no pudieron impedir que sus palabras se despreciaran crecientemente. Hubo una crisis de la retórica y después una crisis del lenguaje. En la víspera de la segunda gran guerra, la mayor parte de los literatos se habían resignado a su papel de ruiseñores. Algunos llevaron hasta el extremo la aversión de producir. Superando a sus predecesores, acabaron por juzgar insuficiente publicar libros simplemente inútiles :se trataba de sostener que el fin secreto de toda literatura no era sino la destrucción del lenguaje y que el mejor modo de lograrlo era hablar para no decir nada. Ese inagotable silencio se puso rápidamente de moda y las editoras más prestigiosas se dieron con entusiasmo a abarrotar las bibliotecas con montones de comprimidos de silencio en forma de voluminosas novelas. Hoy, las cosas han llegado al punto de que más de un escritor, acusado de haber puesto su pluma al servicio del invasor nazi, mostró un ostensible cuanto lamentable estupor: «¿Pero se compromete uno cuando escribe?».

No queremos avergonzarnos de escribir ni tenemos la menor intención de hablar para no decir nada. Más aún: aunque lo intentásemos fracasaríamos, por que nadie ha podido lograrlo hasta ahora. Todo escrito posee un sentido, inclusive si éste se halla muy lejos de ser el que su autor quiso expresar. Para nosotros, en efecto, el escritor no es Ariel ni Vestal alguna, sino alguien que está inevitablemente comprometido, marcado hasta su más lejano reducto. Si en ciertos momentos escoge emplear sus dotes en crear pura bisutería sonora, esa misma voluntad de inanidad constituye un signo: hay entonces una crisis en las letras y, sin duda, una crisis social, o acontece que las clases dirigentes lo han conducido insensiblemente hacia una actividad suntuaria por temor de que se le ocurra ir a engrosar las filas revolucionarias. Flaubert, que tanto ramó contra la burguesía y que se creyó a salvo de verse incluído en la maquinaria social, ¿qué es para nosotros sino un rentista de talento? ¿Y su arte minucioso no supone el confort de su propiedad en Croisset, la solicitud de su madre o de su sobrina, un régimen de orden, un próspero comercio, una vida regularizada y segura? No es menester mucho tiempo para que un libro se convierta en un hecho social que puede interrogarse como a una institución cualquiera y que puede incluírse fácilmente en las estadísticas Hace falta poca perspectiva para poder confundirlo con el mobiliario de una época, con sus modas, sus sombreros, sus medios de transporte y su alimentación. Un historiador futuro podrá decir de nootros: «Ellos comían ésto, leían aquello, se vestían de tal o cual modo». Los primeros ferrocarriles, la epidemia de cólera, las novelas de Balzac, el progreso industrial, concurrían por igual a caracterizar la Monarquía de julio. Todo esto se ha dicho y repetido hasta el cansancio después de Hegel, ahora se trata de derivar conclusiones prácticas. En vista de que el escritor no puede evadirse, queremos que asuma con valor y lucidez su época. Ella es su única posibilidad. Ella está hecha para él y viceversa. Lamentamos la indiferencia de Balzac ante las jornadas de 1848, lamentamos la pavorosa incomprensión de Flaubert ante la Comuna: lo lamentamos por ellos, porque ellos se lo perdieron. No queremos perdernos nada de nuestro tiempo. Quizás no sea de los más bellos, pero es el único que de veras tenemos. Sólo tenemos para vivir esta vida que ahora vivimos, en medio de esta guerra, de esta revolución quizás. Que nadie vea en esto una especie de bajo populismo, porque se trata justamente de lo contrario. El populismo es un hijo de viejos, el triste retoño senil de los últimos realistas, el último intento por hurtarse al gran juego de la época. Estamos, por el contrario, convencidos de que nadie puede sustraerse a ese juego. Mudos e impávidos como guijarros que fuésemos: nuestra misma pasividad manifestaría una larvada forma de acción. Aquel que decidiese dedicarse a escribir novelas sobre los Hititas sólo encubriría precariamente su toma de posición absteniéndose. El escritor está en situación con respecto a su época y cada una de sus palabras, tanto como sus silencios, está llena de estrépito. Yo tengo a Flaubert y los Goncourt por responsables de la represión en que se ahogó a la Commune por que no escribieron ni una sola línea para estorbarla. Eso no les concernía, dirán no pocos, pero ¿le concernía a Voltaire el proceso Calas? ¿Le concernía a Zola el caso Dreyfus?, ¿le concernía a Gide la administración colonial del Congo? Cada uno de estos escritores, en una circunstancia particular de su vida, supo medir lúcidamente su parte de responsabilidad. La ocupación alemana sirvió para lo mismo en nuestro caso. Porque actuamos sobre nuestra época a través de nuestra propia existencia decidimos que esa acción será voluntaria. Más claro: suele haber escritores que se esfuerzan, en mayor o menor medida, por forjar el porvenir, pero hay un futuro vago y conceptual que envuelve a la humanidad entera y sobre el que no nos hallamos nada en claro. ¿Tendrá finalidades la historia?, ¿Se apagará el sol?, ¿En qué condiciones se vivirá bajo el socialismo del año 3000? Nosotros sostenemos que esos sueños deben reservarse a lo novelitas de ciencia-ficción: es el porvenir de nuestra época lo que realmente importa, un porvenir limitado que a penas se vislumbra, porque una época, como un hombre, es esencialmente un porvenir. Está compuesta de sus tareas, de sus intentos, de sus proyectos a corto o largo plazo, de sus revueltas, de sus combates, de sus esperanzas: ¿cuándo terminará la guerra?, ¿cómo recontruiremos la nación?, ¿cómo resolveremos los problemas internacionales?, ¿cómo se consumarán las reformas sociales?, ¿triunfará la reacción?, ¿habrá revolución y será posible su triunfo?. Este porvenir lo hacemos nuestro, y declaramos no querer ningún otro. Sin duda, ciertos autores tienen preocupaciones más altas y perspectivas menos cortas, pero las adquieren al altísimo precio de pasar en medio de nosotros como fantasmales ausentes. ¿Dónde se encuentran, pues? Con sus tataranietos, declaramos: se vuelven para juzgar eta época desaparecida que es la nuestra y de la que ellos resultan ser los únicos posibles sobrevivientes. Pero se trata de un cálculo errado, porque la gloria póstuma se funda siempre sobre un malentendido. ¿Qué saben de esos tataranietos que los extraerán de nuestro marasmo? La inmortalidad es una terrible coartada: no resulta fácil vivir con un pie más allá de la tumba y el otro de este lado, y ¿cómo resolver los asuntos actuales si se les considera desde tan lejos?, ¿cómo encarnizarse en el combate?, ¿cómo gozar de la victoria? Todas las soluciones resultan equivalentes para ellos. Nos miran sin vernos: a sus fríos ojos, ya estamos muertos, y no aciertan sino a volverse hacia la página de una novela que escriben para hombres a los que jamás conocerán. Se han dejado escamotear la vida por la inmortalidad. Nosotros, no. Nosotros escribimos para nuestros contemporáneos y no nos interesa echarle una ojeada al mundo con ojos futuros —lo que sería el más seguro modo de aniquilarlo—, sino con nuestros ojos de carne y hueso, con nuestros reales ojos perecederos. No queremos ganar nuestro proceso en instancia de apelación, ni nos interesan las rehabilitaciones póstumas: es aquí y ahora que tenemos que ganar o perder el proceso.

...En resumen, nuestra intención se reduce a concurrir en la producción de ciertos cambios dentro de la Sociedad en que vivimos. Y no se trata de cambiar los espíritus: la dirección espiritual se la dejamos con mucho gusto a autores con clientela especializada. Para nosotros, que sin ser materialistas jamás hemos discriminado entre alma y cuerpo, no hay sino una realidad primaria e indiscernible, la realidad humana, y no vacilamos en tomar partido por todos aquellos que quieren cambiar tanto la condición social del hombre como la concepción que éste tiene de sí mismo.

...De ese modo, enfrentamos al espíritu analítico una concepción sintética de la realidad que parte del principio de que un conjunto es siempre distinto de la suma de sus partes. Para nosotros, aquello que los hombres tienen en común no es una naturaleza ni una abstracta condición metafísica, sino un conjunto de urgencias que los limitan «a priori»: el hecho bruto de la existencia y de la muerte, la finitud inseparable del existir mismo, la ineluctable coexistencia en un mundo de hombres. En otro sentido, los hombres constituyen totalidades indescomponibles en que las ideas, los sentimientos y los actos son estructuras secundarias y dependientes, y en las que resulta esencial el hecho de estar situadas de un cierto modo, capaz de diferenciarlos en función de la diversidad de sus situaciones. La unidad de todos estos conjuntos significativos reside en el sentido que son capaces de manifestar. Que se trate de un escritor o de un galeote, que se trate de escoger una mujer o una corbata: el hombre se manifiesta contínuamente. Manifiesta su medio profesional, su familia, su clase social y finalmente —en la medida en que está «situado» en relación con el mundo entero—, es la totalidad del mundo lo que manifiesta. Un hombre es todo el planeta, porque está presente en todas partes y en todas partes es capaz de actuar, porque es responsable de todo y está en todas partes —sea París, Potsdam o Vladivostok— en que se juegue su destino. Nos declaramos por todos estos puntos de vista porque nos parecen los más verosímiles, porque nos lucen socialmente útiles en el presente, y porque la mayor parte de los hombres los presienten y los reclaman.

Querríamos contribuír a la formación de una antropología sintética, pero no se trata —repetimos— de propiciar un progreso en el dominio del conocimiento puro: nuestro más alto fin es una liberación. Si el hombre es una totalidad no basta, en efecto, concederle el derecho al voto y dejar intactos otros factores que lo constituyen: precisa que se libere totalmente, es decir, que se haga otro, que se altere, actuando sobre su condición biológica tanto como sobre su condicionamiento económico, sobre sus estructuras sexuales tanto como sobre los datos políticos de su situación.

Sin embargo, este punto de vista sintético no está exento de graves riesgos. Si el individuo no es sino una selección arbitraria operada por el espíritu analítico, ¿no nos hallamos en peligro de sustituír —si renunciamos a las concepciones analíticas— el imperio del individuo por el de la conciencia colectiva? Hay que andar con tiento en relación con el espíritu de síntesis: el hombre-totalidad, a penas entrevistó, corre el riesgo de parecer devorado por la clase, si sólo esa existe y sólo a ella hay que liberar. Pero, se dirá, ¿liberando la clase no se libera a los hombres que incluye? No necesariamente: el triunfo de la Alemania nazi no fué el triunfo de cada alemán. Por otra parte, ¿dónde detener la síntesis? Quizás vengan muy pronto a decirnos que la clase es una estructura secundaria, en función de una trama más vasta, que podría ser la nación. La gran seducción que el nazismo ejerció sobre ciertos espíritus progresistas se debió sin duda a su concepción totalitaria del aboluto: sus teóricos denunciaron también los peligros del análisis a ultranza, la condición puramente abstracta de las libertades democráticas. Su propaganda también prometió forjar una nueva versión del hombre, y no se proscribieron las palabras «Revolución» y «Liberación» Sólo que se trataba meramente de sustituír un proletariado de clase por un proletariado de naciones. El nazismo asimilaba al individuo a puras funciones de la clase, que a su vez no era sino una pura función de la nación, que terminaba por reducirse a puras funciones del continente europeo. Si en los países ocupados la clase obrera se levantó contra el invasor, no fué sólo porque se sentía lesionada en sus aspiraciones revolucionarias, sino porque experimentaba una invencible aversión a dejar disolver la persona en la colectividad.

De ese modo, la conciencia contemporánea corre el riesgo de toparse con una grave antinomía. Aquellos que tienen por lo más valioso a la dignidad de la persona humana, a su libertad, a sus derechos imprescindibles, se inclinan por ello mismo hacia el espíritu analítico que concibe a lo individuos fuera de sus condiciones reales de existencia, que los atribuye una naturaleza inmutable y abstracta, que los aísla y descree de su solidaridad. Aquellos —por el contrario— que han comprendido en qué medida se halla el hombre incluso en la colectividad y que ratifican la importancia de los factores económicos, técnicos e históricos, se vuelven hacia el espíritu de síntesis, que —ciego para las personas— sólo tiene ojos para los grupos. Esta antinomia se hace evidente, por ejemplo, en la muy difundida idea que vé en el socialismo el peor enemigo de la libertad individual. A prestarle oídos, todos los partidarios de la autonomía de la persona abrazarían un liberalismo capitalista cuyas nefastas consecuencias saltan a la vista, y aquellos que reclaman una organización socialista de la economí no podrían sino esperarla de no se qué autoritarismo totalitario. La aparente antinomia reside en que nadie con sentido común está dispuesto a aceptar las consecuencias extremas de ambos principios: hay un elemento «sintético» en las democracias de buena voluntad, hay un elemento «analítico» en el socialismo. Recuérdese, por ejemplo, lo que representó en la política francesa el Partido Radical. Uno de sus teóricos escribió un libro que denominó «El ciudadano contra los poderes», título que manifiesta a las claras su posición ideológica y política: todo iría mejor —pensaba— si el ciudadano aislado, representante molecular de la naturaleza humana, controlase a quienes elige y, llegado el momento, ejerciese contra ellos su libre enjuiciamiento. Pero, justamente, los radicales no pueden dejar de reconocer su fracaso. Este gran partido ya no tenía, en 1939, ni voluntad, ni programa, ni ideología, y se dedicaba a vegetar en el oportunismo. Fué el alto precio que pagó por intentar resolver políticamente problemas que no tenían solución política. Las mejores cabezas se han mostrado estupefactas: si el hombre es un animal político, ¿por qué no ha resuelto sus dificultades una vez que ha obtenido su libertad política?, ¿por qué no se ha podido reducir la miseria, el desempleo y la opresión capitalista a base del libre juego del aparato parlamentario?, ¿Cómo explicar la lucha de clases paralelamente a las oposiciones más o menos fraternales de los partidos? No es necesario ir más allá para que se hagan evidentes las contradicciones del espíritu analítico. El hecho de que los radicales buscasen con ansiedad la alianza con las izquierdas muestra claramente la vía por donde discurrían sus simpatías y sus aspiraciones más caras cuanto confusas, pero le faltó la técnica intelectual que les hubiese permitido no sólo resolver, sino inclusive formular problemas que los determinaban oscuramente.

Del otro lado no son menores las dificultades ideológicas. La clase obrera ha devenido la heredera de las tradiciones democráticas, y es en nombre de éstas que reclama su liberación. Ahora bien, como hemos visto, el ideal democrático se presenta históricamente en forma de un contrato social entre individuos libres. Así, las reivindicaciones analíticas de Rousseau suelen interferir en las conciencias con las reivindicaciones sintéticas del marxismo. Y, por otra parte, la formación técnica del obrero desarrolla en él un espíritu de análisis. Simétricamente al sabio, es por el análisis que debe resolver los problemas de la materia. Vuelto hacia las personas, tiende —para comprenderlas— a utilizar los mismos razonamientos de que hace uso en su trabajo: aplica así en el dominio de lo humano, una psicología analítica muy próxima a la que se deriva del cartesianismo.

La existencia simultánea de estos dos tipos de explicación revela una cierta fluctuación. Este perpetuo recurrir al «como si...» es particularmente notable desde el momento en que el marxismo aún no dispone de una psicología sintética aplicable a su concepción totalitaria de la clase.

Nosotros declaramos que no nos dejaremos atrapar entre la tesis y la antítesis. Concebimos sin dificultad que un hombre, inclusive cuando su situación lo condiciona totalmente, puede constituír un centro de indeterminación irreductible. Ese sector de imprevisibilidad que se recorta así en el dominio social es lo que llamamos la libertad y la persona no es sino su libertad. No debe entenderse por este vocablo un poder metafísico de la «naturaleza» humana, ni mucho menos la licencia de hacer lo que venga en ganas, o una especie de refugio interior en el que podamos arrullarnos aún encadenados. No siempre hacemos lo que nos parece, y sin embargo somos responsables de lo que somos: he ahí la cuestión. El hombre se explica simultáneamente por múltiples causas y nadie puede ayudarlo a sobrellevar el peso de sí mismo. En este sentido, la libertad podría tomarse como una especie de maldición, y en realidad lo es, pero es también la única fuente de toda grandeza humana. Sobra ésto, los marxistas estarán de acuerdo con nosotros en espíritu, si no a la letra, porque —que se sepa— no se privan de producir condenaciones morales. Explicar todo esto constituye tarea de filósofos en actitud de tales, no la nuestra aquí y ahora. Nos limitaremos a hacer notar que, si la sociedad produce en alguna medida a la persona, ésta —por un movimiento análogo al que Comte llamaba «pasaje a la subjetividad»— también produce la sociedad. Sin un porvenir concreto, una sociedad no es sino un amasijo de material, y un porvenir no es sino el proyecto de sí mismos que forjan, más allá del presente, los millones de hombres que la forman. El hombre es una situación: un obrero no es libre de pensar o sentir como un burgués. Pero para que esta situación, inversamente, devenga todo un hombre, es menester que sea vivida y sobrepasada hacia un fin particular. En sí misma, ella permanece indiferente mientras una libertad humana no la carga de un sentido determinado, en ella misma no es tolerable ni insoportable mientras una libertad no se resigna a ella o se rebela contra ella, es decir, en tanto que un hombre no se escoge en ella, escogiendo su significado. Y es sólo entonces, dentro de esa libre selección, que ella se torna determinante porque está previamente superdeterminada. No, un obrero no puede vivir al estilo del burgués: en la organización social de hoy debe soportar hasta el fin su condición de asalariado. Ninguna evasión es posible, no hay recurso contra ello. Pero un hombre no existe del mismo modo que un árbol o una piedra: es necesario que se haga obrero, que se convierta en obrero. Totalmente condicionado por su clase, su salario, la naturaleza de su trabajo, condicionado hasta en sus sentimientos y pensamientos, es todavía él quien decide del sentido de su condición y la de sus compañeros, es todavía él quien —libremente— da al proletariado un porvenir de humillación sin tregua o de conquista y victoria, según se escoja resignado o revolucionario. Y de este acto es absolutamente responsable. No es libre para abstenerse de escoger: está comprometido, debe apostar. La abstención es también un acto de elección. Pero, libre para escoger con un mismo acto su destino, lo es también para escoger el destino de todos los hombres y el valor que debe atribuírse a la humanidad. De ese modo se escoge a la vez obrero y hombre, confiriéndole una significación al proletariado. Tal es el hombre que concebimos: el hombre total. Totalmente comprometido y totalmente libre. Y es a pesar de ello que debe liberarse a este hombre libre, ensanchando sus posibilidades de elección. En ciertas situaciones —las llamadas «situaciones límite»— no hay lugar sino para una alternativa en que uno de los términos es la muerte. Es necesario obrar de modo que el hombre pueda en todo momento escoger la vida.

BASES PARA UN
Teatro Revolucionario

Por Rine R. Leal

Rine Leal es el mejor informado de los jóvenes críticos teatrales cubanos. Probablemente, sus conocimientos sobre ese fenómeno contemporáneo, el teatro americano, sea insuperable en Cuba. Este breve ensayo suyo sobre el teatro político y su posible injerto en nuestro momento revolucionario es necesario no sólo para un público que ha preferido siempre la frivolidad y el facilismo Así *no, véase la lista de estrenos teatrales habaneros en el último lustro y se comprobará cómo contrasta con el medio sangriento en que se vivía sino para los teatristas que lo han escogido antes.*

No es una feliz coincidencia que el teatro revolucionario sea un producto contemporáneo: si se quiere esgrimir una fecha exacta, habría que partir de 1924 cuando Piscator inicia en Berlín su teatro político. Pero vayamos a una aclaración a tiempo, teatro revolucionario no es sinónimo de teatro social. Este último puede funcionar perfectamente dentro de un marco escénico de comedia de salón (Shaw, Ibsen, Gorky, Hellman) sin que la pieza resienta al tratamiento; el nuevo teatro por el contrario demanda una innovación escénica que aunque tiene mucho que ver con el expresionismo alemán, es una forma totalmente nueva y experimental, cuyos principios aún se discuten.

Por otra parte, el teatro revolucionario es esencialmente paradójico. Debiendo nacer por generación espontánea en la URSS, es en Alemania y Estados Unidos donde ha alcanzado sus mejores frutos a pesar de la lucha abierta que ha significado siempre su aparición. Esta contradicción dialéctica se explica, cuando se comprende que los mejores talentos escénicos de la URSS (Vantangov, Mayerhold, Oklophkov) se apagaron tristemente en medio de la dictadura artística y al realismo socialista de los años 30 en aras de un academicismo que llegó en su cegedad a negar la idea del conflicto como germen del drama, a pesar de los suspiros de Engels en su tumba. Curiosamente, la libertad de creación que demanda el teatro revolucionario sólo se ha presentado en los países capitalistas.

BASES HISTORICAS

Las bases de un teatro revolucionario moderno, fueron establecidas en los años de la República alemana de Weimar por Erwin Piscator, uno de los pilares fundamentales del expresionismo y alguien que yo no dudaría en calificar como la más completa influencia teatral del presente siglo tras el declinamiento obscuro de Stanislavski a raíz de la revolución rusa. En su interesante libro «El Teatro Político», Piscator realiza un análisis histórico de las fuerzas sociales que determinaron la aparición en Alemania del teatro marxista, apadrinado (lógicamente) por el Partido Comunista y los trabajadores, y sus conflictos con los círculos dirigentes de la burguesía nacional hasta su disolución y el exilio del director tras la toma del poder por los nazis, sus enemigos naturales.

La vitalidad de las teorías de Piscator es tal, que sólo a través de ellas es posible arribar a una completa comprensión de Bertold Brecht y su «realismo épico» que constituye en estos momentos la más completa indagación ideológica sobre el fenómeno del teatro y sus relaciones con el individuo y la sociedad. Aunque Brecht posteriormente se separa del maestro y llega con el «Werfrendung» o «alienación» o «distanciamiento» a crear toda una estética antiAristotélica y antiStanislavski, sus primeros pasos están establecidos siguiendo los lineamientos del teatro político de Piscator, su espectacularidad, la influencia expresionista, la obra de enseñanza (Lehrstücke) la carencia de un argumento creciente y la curva del interés. Aun después de haber desaparecido como una fuerza en la escena mundial (las últimas noticias que sobre él poseo, situaban a Piscator en Suiza, tras una infortunada aventura en los Estados Unidos) el teatro en Alemania debe gran parte de su haber a este judío, verdadero combatiente social de la escena.

Pero no sólo en Alemania Piscator logra frutos maduros. Como los extremos se tocan porque todo engendra su contrario, es en los Estados Unidos, la nación de capitalismo más creciente, donde el teatro político va a ofrecer una nueva dimensión. Creado dentro de la nueva política del Presidente Roosevelt, el «Teatro Federal» va a fructificar en los «Periódicos vivientes», una de las cinco formas del «Federal Theatre» que discute teatralmente (más que dramáticamente) los problemas sociales del país y las posibles soluciones. Movidos por la depresión económica de los años 30, los grupos obreros establecieron sus propios teatros, como la «Liga de Teatros Obreros», el «Teatro Unión», «Liga del Nuevo Teatro» y finalmente el «Labor Stage» sostenido por la Unión o Sindicato Internacional de Trabajadores del Vestido Femenino». Como ejemplo de la importancia de este movimiento, hay que señalar que «Esperando el Zurdo» de Odets, surgió como premio de sus concursos teatrales.

Jamás en la historia del teatro en los Estados Unidos, se conoció un instante de tanta pureza y esfuerzo como el Teatro Federal, que ofreció en total trabajo para 10 mil actores sin empleo, directores, etc., a un costo de 46 millones de dólares, proporcionando teatro para 30 millones de personas a través de 29 Estados de la Unión con un total aproximado de 1,200 producciones a precios baratos, estrenando en cuatro años 77 obras de autores jóvenes y veteranos.

EL «PERIODICO VIVIENTE»

El «Periódico Viviente» es un aporte totalmente americano, aunque sus antecedentes sean el teatro político de Piscator, la «Lehrstücke», el «agitprop» (agitación y propaganda), la comedia dell'arte en su improvisación, el cine y el expresionismo. Esta nueva forma revolucionaria pretendía adoptar el esquema de un periódico de ciudad, con la exposición objetiva y cruda de un problema colectivo como lo puede hacer un diario con sus editorialistas, redactores, reporteros, etc. El resultado fue una carencia de argumento en el sentido usual de la palabra, es decir, el encadenamiento progresivo de hechos y anécdotas, encaminado a crear un suspenso, una tensión o una emoción por medio de habilidad y sorpresas dramáticas: todo lo que se perseguía (al igual que en las revistas teatrales de Piscator) era mostrar un problema social en todas sus dimensiones y características, estudiando su inicio histórico, su desarrollo, su conflicto y sobre todo, sugiriendo una solución.

Para ello utilizaba todas las posibilidades técnicas del teatro: los altoparlantes, las proyecciones cinematográficas, la acción sobre diferentes niveles o escalas escénicas para lograr una diversidad de escenario y los cambios rápidos, la utilización de las masas escénicas como fuerza totalitaria, el salto en el tiempo y todo cuanto pudiera servir para ilustrar un tema es empleado en esta nueva forma teatral que se desarrolla como una rápida sucesión de cuadros sin una profunda unidad argumental. Porque el «Periódico Viviente» no intenta «dramatizar» sino «narrar» un fenómeno social, mostrando sus antecedentes, sus causas, sus efectos y las posibles soluciones al mismo. Es el perfecto tipo de teatro pedagógico, de ilustración, de enseñanza política. Pero en 1939 los tiempos han cambiado en los Estados Unidos y es el propio Congreso de la República quien se encarga de dar muerte a tan bello proceso de teatro político, verdadero antecedente del más puro realismo social y que por una curiosa coincidencia, surge a la vida en los momentos en que en Rusia comienzan a establecerse las bases ideológicas del realismo socialista.

PRINCIPIOS ESTETICOS

¿Qué tienen de común todas estas formas teatrales que pueden denominarse revolucionarias por cuanto atentan contra el orden establecido y poseen fuerza política? En primer lugar, su intención es totalmente contraria a la del teatro burgués: en vez de entretener, el teatro revolucionario desea ilustrar, no llevar el espectador a las lágrimas sino a la indignación, a la protesta, a la asimilación de lemas y consignas. Si la clase media asiste a un espectáculo para pasar el rato y por lo tanto, la pieza debe simplemente interesar a flor de piel, los proletarios demandan por el contrario extraer de lo que ven una fórmula para solucionar sus problemas o un ejemplo a seguir, de ahí que en esta categoría caigan obras clásicas como «Fuente Ovejuna» o modernas como «Los Tejedores». Para ello el argumento (sucesión de hechos y anécdotas encaminadas a un suspenso y una sorpresa y vuelco final) existe sólo en un plano de horizontalidad, es decir, carece de curva de interés, de escena obligatoria, de climax. Los episodios están todos situados en el mismo plano de la acción, como en una película documental, porque se busca mostrar más que interesar, ilustrar más que conmover falsamente con una acción que carece de realidad. No es una casualidad que esta forma dramática sea el mentís más completo a la forma de «obra cerrada» llevada al máximo por Ibsen y sus seguidores que son al mismo tiempo los perfeccionistas del drama burgués, nación en los momentos anteriores a la Revolución francesa que llevó el poder. Una vez más, teatro y sociedad andan del mismo brazo.



ODETS
Un actor dramático que aprovechó las lecciones de Piscator

ESPERANDO AL ZURDO

Por Clifford Odets

Escena Final

KELLER. (SIGLE HABLANDO). Y cuando termine... (SU DISCURSO ES INTERRUMPIDO POR FATT Y EL PISTOLERO QUE A EMPUJONES LO SACAN DEL ESCENARIO. EL SE DESPRENDE DE ELLOS Y CORRE AL OTRO LADO. LOS OTROS DOS SE DISPONEN A PERSEGUIRLO CUANDO LOS MIEMBROS DEL COMITE SE INTERPONEN ENTRE ELLOS. A KELLER LE HAN DESGARRADO LA CAMISA. ESTE SE DIRIGE AL PUBLICO) ¿Cuál es la respuesta muchachos? La respuesta es que si somos rojos porqué queremos hacer una huelga, entonces también vamos a adoptar su saludo? ¿Saben cómo es? (LEVANTA EL PUÑO). ¿Y saben lo que es ésto? Un «upper cut». Es la vieja trompada a la mandíbula.

KELLER. ...Si algunos de los muchachos no tiene una camisa que ponerse. ¿qué quieren los patronos, convertirnos en una colonia nudista? (EL PUBLICO SE RIE. KELLER SE ADELANTA Y SE COLOCA AL MEDIO DEL ESCENARIO, DE MANERA QUE LOS OTROS CHOFERES SE AGRUPEN A SU ALREDEDOR). No se rían muchachos, ésto no es nada cómico. Se trata de vuestra vida y de la mía. Esto es carne y sangre a todo lo largo.; Por Cristo! ¿No ven que nos están matando poco a poco? Para que las hijas de papá hagan sus bailes en el Ritz. El papito tiene una hija y quiere qu su foto salga en los diarios. ¡Dios mío! ¡Y eso se hace con nuestra sangre! Joe lo dijo, se trata de una muerte lenta o de morir peleando. ¡Es una guerra!

(DURANTE ESTE DISCURSO KELLER ES RODEADO POR LOS OTROS SEIS OBREROS, DE MANERA QUE DE SU ACTIVIDAD SE DESPRENDE QUE TODOS ELLOS ESTAN DICIENDO ESTAS PALABRAS, INCLUSO ALGUNOS DE ELLOS PUEDEN TOMAR ALGUNAS LINEAS DE ESTE LARGO PARLAMENTO). Tú, Edna, Sid y Florrie; los otros muchachos; el viejo doctor Barnes... ¡Luchen con nosotros! ¡Es la guerra! ¡Qué la clase obrera se una y peleé! ¡Tenemos que demoler el matadero de nuestra vida! ¡Tenemos que volver a encontrar la libertad! Estos canallas gordos nos tratan de agitadores. Eso no es nuevo. Ahora los agitadores son comunistas. Pero el hombre que me dió de comer en el 32 me llamaba camarada, y el que me recogió en la calle cuando me estaba muriendo también me llamaba camarada. ¿Y ahora, qué esperamos?... ¡No esperemos al Zurdo! ¡A lo mejor no llega nunca. Y cada minuto... (AQUI LO INTERRUMPE UN HOMBRE QUE HA ENTRADO CORRIENDO POR EL PASILLO CENTRAL ENTRE LAS BUTACAS, VINIENDO DESDE LA ENTRADA. SUBE CORRIENDO A LA ESCENA GRITANDO).

Un Hombre: ¡Muchachos! ¡Han encontrado al Zurdo!

Los Otros: ¿Qué? ¿Qué? ¿Dónde?
Otros: ¡Sshh! ¡No se oye!
Un hombre: ¡Han encontrado al Zurdo!

Keller: ¿Dónde?
Un hombre: Detrás del garage, con una bala en la cabeza.

Keller (GRITANDO) ¿Lo oyen, muchachos? ¿Han oído? ¡Escuchen! de costa a costa! ¡Hola Norteamérica! ¡Hola Norteamérica! ¡Somos la avanzada de la clase obrera! Obreros del mundo, hermanos nuestros. ¡Y cuando caigamos, sabrán que fué por buscar un nuevo mundo! ¡Que nos hagan pedazos! ¡Vamos a morir por la verdad! Y que planten árboles frutales sobre nuestras cenizas. (AL PUBLICO).

Público: Y bien: ¿qué contestamos? ¡La huelga!

Keller: ¡Más fuerte!
Público: ¡La huelga!

Keller: Y los otros del Escenario ¡Otra vez!

Público: ¡Vida la huelga!
LA ESCENA SE OSCURECE. TELON.

LAS AVENTURAS DEL BONDADOSO SOLDADO SCHWEJK
De Jaroslav

Haschek (1927) adaptada al escenario por Piscator Brecht, Gasbarra y Lania. Se utilizó por primera vez el principio de "la banda sin fin" para presentar multitud de escenas continuadamente y en movimiento flúido, anulando las unidades de lugar y tiempo:

Acto II, escena 2da. (Aabasis); Banda 1a. (moviéndose de derecha a izquierda) Schwejk marcha, de izquierda a derecha, cantando. En la banda 1a. (de derecha a izquierda) entra, parada: Una vieja. Encuentro. Banda 1a. se detiene: Diálogo hasta "...regimiento, ¡en marcha!" Banda 1a. (de derecha a izquierda). Continúa la marcha de Schwejk. La vieja sale, parada. En la banda 1a. entran: Postes de kilómetros, árboles, el letrero: pueblo de Maltschin. En la banda 2da. (de derecha a izquierda) entra: una taberna. Escena hasta "...al regimiento con la mayor rapidez". Bandas 1a. y 2a. corren de derecha a izquierda: la taberna sale. Schwejk marcha. En la banda 2da. entra: una pila de heno (roncan durante 8 segundos). Escena hasta "...si no hubieran desertado". Banda 1a. corre (medio minuto). Banda 2da. corre, justamente con la 1a., de izquierda a derecha.

Para fortalecer esta pedagogía escénica, el drama revolucionario se dirige directamente al público, echando su cuarto de espadas por ese estilo tan en boga actualmente y conocido como «representacional», es decir, tratando en todo momento que el espectador no se sumerja totalmente en la acción y sienta lo que ocurre en el escenario, pues al cerrarse el telón, su sueño se evapora y pasa al olvido. Al tener conciencia el público de que está presenciando no la vida misma sino una copia de ella, puede por este «distanciamiento» (y volvemos una vez más a Brecht) extraer una lección de lo que presencia, es decir, tomar una actitud frente al problema discutido, comprometerse con una determinada posición política, tomar partido en el conflicto. Al fin y al cabo, esta diferencia es la misma que existe entre una novela y un periódico: la primera entretiene pero no crea estados de opinión el segundo cuenta una historia diaria a pedazos y desde distintos puntos de vista, pero puede hacer campaña por un ideal.

Es entonces que el drama revolucionario utiliza toda su parafernalia teatral desde las proyecciones cinematográficas de Piscator para las escenas de masas, hasta la participación del público en las consignas finales de «Esperando al Zurdo» de Odets. Lo que se pretende es convencer con el uso de la fuerza espectacular, porque éste es un teatro que entra por los ojos en primer lugar y trabaja sobre zonas vírgenes del intelecto, generalmente personas que asisten con muy escasa o nula frecuencia al teatro. De ahí que no sea un teatro esencialmente literario ni intelectual, que guste de la «escena victoriana» o la cuarta pared, sino que se limite a los grandes espacios en comunicación directa con su público, que sea esencialmente espectacular con empleo de masas humanas utilizadas como bloques totalitarios. No interesan ahora las relaciones privadas e individuales del hombre con Dios y su metafísica, sino las relaciones de los hombres entre sí que se manifiestan por lazos sociales y formas de sociedad política y económica. No hay destino final (fatum) ni intervención de la casualidad como en el vodevil, ni un conflicto interior como en la tragedia moderna, sino un proceso dialéctico capaz de ser estudiado y explicado a todo el mundo. Por eso precisa de grandes espacios y sus escenarios no son cerrados, sino amplios y universales.

También salta en el tiempo, porque el teatro revolucionario es esencialmente histórico y gusta de las grandes epopeyas. Cuando Piscator estrena en 1925 Trotz Alledem utiliza una sucesión de escenas casi cinematográficas para mostrar a Alemania desde los días del primer Imperio hasta el levantamiento obrero y el triunfo proletario, mientras el público se une a las consignas finales y las corea, como los niños en un aula de Kindergarten:

Escena 1: Berlín en espera de la guerra. Plaza Potsdam.

Escena 2: Reunión de la Sección del Reichstag de la Social Democracia. Julio 25 de 1914.

Escena 3: En el castillo del Kaiser, Berlín. Agosto 1, 1914.

Y así hasta la escena final en que el proletariado se lanza a la revolución con la bandera de Liebknecht y el público se une al coro de la victoria.

Y por otra parte, es tan actual como un documental o una nota de prensa: utiliza personajes de todos los días, grandes políticos, generales, Emperadores y Presidentes, financieros y banqueros, los satiriza, critica o glorifica según las directrices del momento. Cada obra estrenada es pues, una discusión sobre los hombres del gobierno y sus proyecciones políticas. Pero a veces se puede ir al pasado a buscar base sólida: «Fuente Ovejuna» en traje moderno, o «Julio César» con proyecciones nazistas, o «Los Bandidos» de Schiller, con claras referencias a lo actual, o «Antígona» o «Los Persas». El teatro revolucionario se nutre siempre de muy buenas fuentes, aunque sus aguas broten de distintas madrigueras.

Porque en definitiva lo que se busca es agitar al espectador y sacarlo de su somnolencia argumental, vaciarle el entendimiento y enseñarle una lección de política. Pero realizar esa labor sobre una base estética heredada de una forma teatral anterior, nada revolucionaria en su contexto, como es el drama burgués (aunque en sus inicios representara la destrucción de la tragedia clasicista francesa, aristocrática y artificial) es algo así como utilizar un marco de madera para un retrato de fuego. Por eso, en definitiva, el teatro revolucionario elabora su propia estética teatral, que parte del expresionismo, porque se origina en Alemania y termina por recoger fundamentos del realismo: para que se vea la vitalidad de esta forma, el realismo épico de Brecht y el realismo psicológico de Miller y Williams emergen suavemente de esta vocinglería bulliciosa nacida en los años 20.

¿APLICABLES A CUBA?

Estas bases estéticas, surgidas de su propia necesidad de expresión, son totalmente aplicables a Cuba en los actuales momentos. Sin embargo, el fenómeno no es completamente inédito, pues cuenta con los antecedentes comunistas de 1939 cuando se improvisaban pequeñas escenas de teatro en medio de los mítines políticos para ilustrar las palabras de los oradores y que culminaría equivocadamente en 1943 con la creación de «Teatro Popular» regido por la CTC y que mantuvo en el escenario obras sociales pero dentro de un esquema nada revolucionario.

Lo que se puede intentar ahora es algo hasta el momento desconocido. Es decir, emplear las misiones culturales del M. de Educación o del Instituto Nacional de Cultura para llevar este mensaje a las zonas alejadas de las ciudades, pero no precisamente plazas de entretenimiento, sino «apropósitos» tomando como tema las cuestiones fundamentales del instante histórico actual: reforma agraria, alfabetización, educación democrática, planes de desarrollo social e higiénico. Cualquiera que conozca a los actores cubanos, sabe cuán poderosa es su imaginación e improvisación y no sería nada difícil utilizarlos en esta nueva forma teatral. Por otra parte, la espectacularidad, uso de vistas fijas y films, altoparlantes, dibujos, elementos familiares como soldados y campesinos, etc., ayudan a crear una atmósfera de identificación entre los espectadores y hace más fácil la comunicación del mensaje político. Lo excitante que puede ser este tipo de función, sobre escenarios naturales o improvisados y el entusiasmo que la Revolución ha provocado sobre estas zonas de opinión, garantizan el éxito de esta forma realmente nacional, amén de abrir una fuente de trabajo entre los artistas y escritores noveles, que harían la función de reporteros de la realidad diaria. Una pieza de esta naturaleza tendría la duración de un periódico o semanario, perdería fuerza de expresión con los cambios políticos y envejecería rápidamente, porque no intenta la inmortalidad sino la actualidad.

Claro que este drama revolucionario y épico tiene que ser demostrativo más que otra cosa y por lo tanto narrativo, más cerca de Shakespeare que de Ibsen, más asimilable a una revista teatral que a una comedia de salón. El empleo de tal forma en sindicatos y asociaciones políticas servirá como un excelente medio de propaganda y educación colectiva, porque este teatro está encaminado a la creación de un estado de opinión total capaz de ser utilizada como expresión política.

No se vaya a pensar en una escena chauvinista o en el falso patriotismo de la misma manera que la Compañía de Teatro Libre del «Martí» no tiene nada de revolucionaria y sí mucho de comedia entretenedora, aunque tome personajes y temas de la vida real, el teatro que aquí se estudia es una forma universal y legítima, aplicable a cualquier país y tan pura como un tratado vulgarizado de sociología. No se trata de la anécdota del himno y la bandera para conquistar aplausos, sino de un análisis estético de la realidad y sus implicaciones políticas. Es un teatro del momento, cuya vigencia depende exactamente de la vigencia de los problemas y conflictos que trate, pero que serviría para impulsar una dramaturgia nacional y al mismo tiempo desarrollar todo un cuerpo técnico de escenografía y dirección que a la postre iría a engrosar las filas de los grupos de selección. No es un teatro elegante, culto, artístico, intelectual, fino o minoritario: por el contrario, se nutre de estados de opinión mayoritarios, democráticos y sirve a un fin ideológico y moral.

¿Es esto posible en Cuba? El autor opina que sí y conoce el impulso renovador que tal experimento teatral ha dado a Alemania y Estados Unidos; por lo tanto no es cosa de pensar en dictaduras estéticas, sino todo lo contrario. A la solución de un problema clasista (actores sin trabajo) se une la renovación artística y formalista que provoca y finalmente la colaboración en una campaña de superación social de campesinos y obreros, así como el estímulo del gusto teatral en amplias zonas de población que de otra manera no pasarían jamás por la taquilla de un teatro. Y sus peligros son los mismos que encontramos en cualquier otro tipo de dramaturgos: mal gusto, incapacidad, improvización, falta de sensibilidad e inteligencia y finalmente mediocridad. Y si estos defectos se encuentran presentes en el actual movimiento teatral de La Habana (diez salitas abiertas, trece mil espectadores al mes) ¿qué peligro verdadero hay en toparnos una vez más con ellos...?

RASPUTIN

De Alexis Tolstoi y Piscator (1927)

Extracto de la escena de los Tres Emperadores

Guillermo: ¡Oh, Todopoderoso, concede a Alemania...!

Francisco José: Padre nuestro, presta a los pueblos de Austria...

Nicolás II: Por tu Hijo Jesucristo da a Rusia...

Guillermo II: Rusia, Inglaterra y Francia se han conjurado contra nosotros para deshacer a Alemania. ¡Húsares! En medio de la paz más perfecta han arrojado la antorcha de la guerra. Un crimen que acusa la mayor desvergüenza. Está pidiendo a voces un castigo y venganza ejemplares. (Hablando en otra dirección) Excelencia, me han mostrado el 10o. Cuerpo de Ejército en una disposición de ánimo admirable... las caras de los soldados destellaban la alegría nacida del oficio militar. No necesito fijarme más que en el modo cómo proferían estos soldados los "buenos días". (Hablando en otra dirección). ¡Húsares! Que me volváis a traer las banderas limpias, incólumes, inmaculadas! Un traidor que...

Francisco José: Los traidores serán ahorcados. ¿Qué es un checoslovaco? ¡Ah, es un retano! ¡No, nada de indulto, ni que pensarlo! A morir en la horca... a morir en la horca...

Nicolás: ¿Y yo? no cuento ya para nada? **El Presidente del Consejo ha hecho esto, el Presidente del Consejo ha hecho lo otro... ¿es que yo no soy nadie? Mi querido Embajador: yo deseo que Francia salga de esta guerra lo mejor y más fuerte que sea posible. Yo suscribo de antemano todo lo que desee su Gobierno. Tomen ustedes la orilla izquierda del Rin. Tomen ustedes Coblenza, avancen más todavía si lo consideran necesario. Yo he indicado a mi Estado Mayor que emprenda la marcha sobre Berlín con la mayor rapidez posible.**

Francisco José: Yo no he querido la guerra...

Guillermo: Yo no tengo la menor culpa de esta guerra. Ha sido la tontería y la torpeza de Austria las que nos han tendido este lazo.

Francisco José: Yo no he escatimado nada. Lo he ponderado todo con la mayor madurez.

Nicolás: Acaso se necesita una víctima expiatoria para salvar a Rusia. Yo seré esa víctima.

(Esta escena provocó un proceso judicial contra el Teatro Piscator por la representación del ex Káiser alemán en una forma que los demandantes consideraron ultrajante). Colaboraron en el texto de esta obra colectiva, Gasbarra Brecht y Leo Lania.)



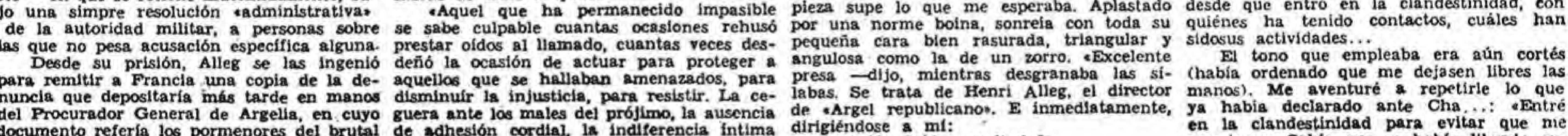
PISCATOR

Creó el teatro político de actualidad o periódico teatral

EL INTERROGATORIO

Por Henri Alleg

Traducción de Sergio A. Rigol



EXPLICACION PREVIA

Entre 1950 y 1955, Henri Alleg dirigió «Argel republicano», el único periódico norafricano que abría sus columnas a todas las tendencias de la opinión democrática y republicana argelina, por lo que fué clausurado en 1955. A partir de esta fecha, Alleg agotó todas las gestiones para conseguir la reaparición de su diario, basándose en la inconstitucionalidad de la clausura, reconocida en tales términos por los tribunales norafricanos sin que por ello las autoridades civiles y militares se creyesen en el caso de reconsiderar la medida.

En noviembre de 1956, Alleg se vió obligado a refugiarse en la clandestinidad para sustraerse a la orden de detención e internamiento que se dictó contra todos los colaboradores y redactores de su diario. Arrestado el 12 de junio de 1957 por los paracaidistas del 10o. regimiento, fué internado durante más de un mes en el cuartel de El-Biar, en los suburbios de Argel. Alleg dedica «La Question» que ha sido editado en Suiza y puede traducirse tanto por «La cuestión» como por «El Interrogatorio») a relatar las terribles peripecias de su detención en la guarida de los temibles «paras» o paracaidistas encargados por el gobierno metropolitano de reprimir implacablemente el movimiento de liberación argelino. El relato termina cuando Alleg es trasladado al «centro de internamiento» de Lodi, uno de los numerosos campos de concentración —Bossuet, Cazelles, Berroughia, etc.— en que se retiene indefinidamente, bajo una simpre resolución «administrativa» de la autoridad militar, a personas sobre las que no pesa acusación específica alguna.

Desde su prisión, Alleg se las ingenió para remitir a Francia una copia de la denuncia que depositaría más tarde en manos del Procurador General de Argelia, en cuyo documento refería los pormenores del brutal tratamiento de que fué víctima durante su detención en el cuartel de El-Biar.

La denuncia estaba llamada a causar verdadera sensación en la prensa francesa e universal. A partir de la publicación del documento, comenzaron a circular por Argel los más macabros rumores acerca de la «desaparición», el «secuestro» e inclusive el asesinato de Alleg, y fué sólo al final de una larga y violenta campaña de prensa que a fines de agosto de 1957 fué presentado el detenido ante la autoridad judicial. Recluído de inmediato en la prisión civil de Argel, tuvo que esperar hasta noviembre del mismo año para conocer su inculpación concreta: atentado contra la seguridad del Estado y reconstitución de agrupaciones políticas disueltas.

Simétricamente, todavía ahora —a más de dos años de su presentación— la denuncia de Alleg contra sus atormentadores uniformados se halla «en proceso de instrucción», a pesar de que el acusador ha sido confrontado varias veces con los oficiales cuyos nombres designa por sus iniciales en el relato que sigue, a pesar de que el Juez Instructor recorrió con Alleg los locales que presenciaron su numeroso tormento y que pudo describir de memoria antes de penetrar en ellos, a pesar de que la denuncia incluye un detallado informe médico —firmado por tres facultativos— que describe las lesiones y cicatrices que cubrían el cuerpo martirizado de Alleg a más de dos meses de su detención.

El alucinante relato de Alleg que presentamos a nuestros lectores en hora tan propicia como la que se vive hoy en Cuba, ratifica la lamentable actualidad de las palabras de Karl Jaspers:

«Aquel que ha permanecido impasible se sabe culpable cuantas ocasiones rehusó prestar oídos al llamado, cuantas veces desdeñó la ocasión de actuar para proteger a aquellos que se hallaban amenazados, para disminuír la injusticia, para resistir. La ceguera ante los males del prójimo, la ausencia de adhesión cordial, la indiferencia íntima ante un mal que salta a la vista, todo ello configura la peor de las culpabilidades morales».

«La culpabilidad alemana». (1946).

PROLOGO

Atacando a franceses corrompidos es a Francia a quien defiendo.

Romain Rolland: «Juan Cristóbal».

En esta inmensa prisión atestada, en la que cada celda abriga un dolor, hablar de uno mismo suena a indecencia. En los pisos altos se halla la «división» de los condenados a muerte. Hay allí ochenta hombres encadenados que esperan la conmutación o el cadalso. Y es a su ritmo alucinante que vivimos todos aquí. No hay un detenido que no se tienda en la noche sobre su camastro pensando cuán siniestra puede ser el alba, que no se disponga a dormir sin desear con todas sus fuerzas que no ocurra nada.

¿Las torturas? Hace mucho tiempo que el vocablo se nos ha hecho cotidiano.

Poquísimos entre nosotros han escapado a ellas. A aquellos recién venidos a quienes podemos dirigir la palabra comenzamos por preguntarle: «¿Arrestado hace tiempo?, ¿Torturado?, ¿Paracaidistas o policías?». Mi historia es excepcional sólo por las repercusiones que ha tenido, pero no es en modo alguno extraordinaria. Lo que he dicho en mi denuncia, lo que aquí voy a decir, ilustra con la fuerza de un solo ejemplo lo que constituye práctica corriente en esta guerra atroz y sanguinaria.

Hace ahora unos tres meses de mi detención. He sufrido durante ese tiempo tantos dolores y humillaciones que jamás osaría hablar de esos días y noches de suplicio si no estuviese seguro de que ello podría ser útil si no estuviese seguro de que dar a conocer la verdad es también un modo de conseguir el cese del fuego y propiciar la paz. Durante todas las noches un mes he oído con horror los alaridos de los torturados y sus gritos que resonarán por siempre en mi memoria. He visto a hombres arrojados a porrazos de un piso a otro. He visto a hombres aniquilados a golpes que sólo acertaban a murmurar incesantemente las primeras palabras de una antigua pregaria árabe.

Y más tarde he conocido cosas peores.

He conocido la «desaparición» de mi amigo Maurice Audín, arrestado veinticuatro horas después que yo y torturado por el mismo equipo que se «encargó» de mí. «Desaparecido» como el cheik Tebessi, presidente de la Asociación de Ulemas, como el Dr. Cherif Zahar, como tantos otros. En Lodi he encontrado a mi amigo Milly, empleado del hospital psiquiátrico de Blida, a quien torturaron los «paras» con una novísima «técnica»: fué inmovilizado, desnudo, sobre una silla metálica electrificada. Aún muestran sus rodillas los trazos profundos de los corrientazos. En los pasillos de la prisión me he encontrado con Mohammed Sefta, funcionario judicial musulmán: «Cuarenta y tres días con los «paras». Excúsame, pero casi no puedo hablar. Me han quemado la lengua», y me mostraba su lengua abrasada. He visto a otros muchos: he visto a un joven comerciante de la Casbah, Boualem Bahmed, que me mostró los largos surcos que cubrían sus tobillos. «Los paras con un cuchillo. Se enteraron de que albergaba a un rebelde».

Del otro lado del muro, en la sección reservada a las mujeres, hay muchachas de las que nadie ha hablado: Djamila Bouhired, Elyette Loup, Nassima Hablal, Melike Khene, Lucie Coscas, Colette Grégoire, y tantas otras. Desnudadas, golpeadas, humilladas, a menudo violadas: ellas también han sufrido los electrodos y «la bañadera». Todos conocen aquí el martirio de Annick Castel, violada por un paracaidista y que, creyéndose encinta, no renuncia al suicidio a pesar de haber fracasado varias veces en el intento.

Todo esto lo sé, lo he visto o lo he oído, pero ¿quién dirá todo lo que falta? Es en los «desaparecidos», en los que —seguros de su causa— esperan sin pavor la muerte, en todos los que se han enfrentado sin temor a los verdugos, en todos los que —frente al odio y al tormento— han respondido con la certidumbre de la próxima pacificación y la amistad entre nuestros dos pueblos, es en ellos que pienso al leer mi relato, porque podría ser el de cualquiera de ellos.

●

Era alrededor de las cuatro de la tarde cuando el teniente de paracaidistas Cha..., acompañado por varios de sus hombres y un gendarme, llegó a la casa de Audin para detenerme. La víspera de aquel miércoles 12 de junio, mi amigo Maurice Audin, profesor de la Facultad de Ciencias de Argel, fué arrestado en su domicilio, en cuyo lugar la policía dejó un inspector para atrapar a todo el que llegase. Fué él quien me abrió la puerta y quien me persiguió, revólver en mano, hasta regresar al apartamento de Audin. Muy nervioso, se apresuró a telefonear al cuartel de «paras» mientras me vigilaba con el rabillo del ojo y no apartaba el dedo del gatillo.

Desde que el teniente penetró en la pieza supe lo que me esperaba. Aplastado por una norme boina, sonreía con toda su pequeña cara bien rasurada, triangular y angulosa como la de un zorro. «Excelente presa —dijo, mientras desgranaba las sílabas. Se trata de Henri Alleg, el director de «Argel republicano». E inmediatamente, dirigiéndose a mí:

«¿Quién lo ha ocultado?»

—Eso no pienso decírselo. Respondí.

Sonrió y movió lentamente la cabeza mientras decía: «Vamos a prepararle un pequeño interrogatorio que sin duda será suficiente. Ud. responderá a todas las preguntas, se lo prometo». Y, dirigiéndose a sus hombres: «Pónganles las esposas».

Escoltado por los «paras», descendí los tres pisos hasta la calle. El auto del teniente, un Aronde, nos aguardaba del otro lado de la acera. Me indicaron el asiento trasero, entre dos «paras» que me incrustaban sus ametralladoras en las costillas. «Allá abajo hay un buen montón de golpes para tí si sigues portándote como un idiota» me dijo el «para» de mi derecha.

Tomamos la ruta de los suburbios. Tras una corta escala ante una villa (sin duda un cuartel de «paras») en la que Cha... se detuvo unos momentos, continuamos hacia Chateauneuf tomando el boulevard Clemenceau. Finalmente, el auto se detuvo cerca de la plaza de El-Biar, ante lo que parecía un gran edificio a medio construír.

Atravesamos un vasto patio lleno de jeeps y camiones militares antes de llegar a la entrada de la gran estancia en construcción. Subimos: Cha... me precedía y un «para» me seguía a corta distancia. Los cimientos metálicos del edificio asomaban allí y allá tras de los grandes huecos que horadaban las paredes. La escalera carecía de pasamanos. Una precaria instalación eléctrica atravesaba las desnudas y grises paredes de cemento.

Por todas partes había un ir y venir constante de «paras» que subían y bajaban de un piso a otro, empujando brutalmente a musulmanes acabados de atrapar y a prisioneros harapientos y barbudos, todo en medio de un infernal estrépito de botas, risotadas, insultos y maldiciones. Me encontraba en el «Centro de selección del subsector de Bouzareah» y bien pronto iba a enterarme del ominoso significado de aquella «selección».

Siempre precedido por Cha... penetré en una vasta pieza que debía hallarse en el tercer o cuarto piso y que venía a constituír el salón principal del futuro apartamento. El escaso mobiliario se componía de varias mesas desmontables y unas cuantas sillas de metal. En la pared, una hilera de fotos de prontuario fijadas con tachuelas. En el piso un teléfono de campaña. Junto a la única ventana, un teniente me observaba con una especie de irónica atención. Luego conocería su nombre: Ir... Gran corpachón de oso, demasiado grande para sostener una cabecita endeble con ojillos de muñeco a medio despertar y para hacer surgir una vocecita puntiaguda y espesa, como de vicioso niño cantor.

«Vamos a darle una oportunidad», me dijo mientras se acercaba. «He aquí papel y lápiz. Va Ud. a decirnos dónde se ocultaba, quién o quiénes lo han albergado desde que entró en la clandestinidad, con quiénes ha tenido contactos, cuáles han sidosus actividades...

El tono que empleaba era aún cortés (había ordenado que me dejasen libres las manos). Me aventuré a repetirle lo que ya había declarado ante Cha...: «Entré en la clandestinidad para evitar que me arrestasen. Sabía que se había librado orden de internamiento contra mí. Me ocupaba y me ocupo de asuntos periodísticos, en relación con los cuales me he encontrado en París con los señores Gui Mollet y Gerard Jacquet. No tengo la intención de ampliar esta declaración ni darles informes por escrito, y no esperen que denuncie a quienes tuvieron el valor de albergarme».

Sin abandonar la expresión de escepticismo e ironía, ambos tenientes cruzaron una mirada de inteligencia. «Me parece inútil seguir perdiendo el tiempo con este tipo», dijo Cha... y aprobó Ir... En el fondo, yo también estaba de acuerdo con ellos: si se trataba de que me torturasen sin remedio, ¿a qué prolongar la espera? Más valía afrontar lo peor, cualquiera que fuese la forma que quisiesen darle.

Cha... descolgó el auricular y telefoneó: «Preparen un equipo completo; es para un ««lechugón»». Envíenme a Lo...» Poco después aparecía Lo... Veinticinco años muy precariamente distribuídos en una talla escasa; cetrino, de nariz ganchuda, frente estrecha y negrísimos cabellos generosamente engominados. «¿Eres el cliente? Ven conmigo», me dijo mientras me tomaba sin rudeza por un brazo. Un piso más abajo, entramos en una pequeña pieza a la izquierda del pasillo. Se trataba sin duda de la cocina del futuro apartamento. Un fregadero, una especie de anafe de loza gruesa, una campana de chimenea a medio terminar. Al fondo, una puerta-ventana disimulada con cartones grises llenos de remiendos para evitar el paso de la luz.

«Desnúdate», dijo Lo... sin alterar la voz. «Habrá que ayudarte un poco», declaró ante mi ostensible negativa a obedecerlo. Mientras me despojaban de la ropa, unos cuantos «paras» iban y venían en torno a mí, deseosos de conocer al nuevo «cliente». Uno de ellos, rubio y de acento parisién, deslizó la cabeza por el hueco sin vidrio de la puerta: «¡Toma, si es un francés! Ha escogido a las «ratitas» antes que a nosotros. ¿Vas a encargarte de él, eh Lo...?»

Entretanto, Lo... se dedicaba atentamente a instalar sobre el piso una gran plancha de madera negra, rezumante de humedad y con evidentes trazos de vómitos y sangre de otros infortunados «clientes».

«Acuéstate!» ordenó Lo... con voz seca y tajante. Me extendí sobre la plancha. Lo... con la ayuda de otro «para» me ató las muñecas y los tobillos con cintas de cuero fuertemente fijadas a la madera. Veía a Lo..., de pie sobre mí, con las piernas ampliamente separadas, una a cada lado de la plancha y a la altura de mi pecho, las manos en la cintura en actitud de conquistador. Mirándome con fijeza a los ojos. Era evidente que trataba de intimidarme de tan burdo modo.



«Escúchame», dijo con fuerte acento de Orán, «el teniente quiere que reflexiones

antes de que comencemos a hablar en serio. Cuando «apretamos» a un europeo, por lo general hay que obligarlo a callarse: tan lindamente «cantan». Aquí todos terminan por hacerlo. De modo que ya puedes comenzar a hablar...»

Durante toda esta arenga, un grupo de «boinas blancas» no cesaba de burlarse de mí. «¿Por qué no vienen a ayudarte tus amigotes?». «¿Se puede saber qué te propones así extendido? ¿Descansar, por casualidad?» Otro, en tono menos festivo: «Es una tontería perder el tiempo con tipos así. Yo lo «apretaría» sin mayores preámbulos».

Por algún hueco se deslizaba una helada corriente de aire. Desnudo sobre la húmeda superficie, comenzaba a temblar de frío. «¿Tienes miedo? ¿Vas a hablar?», me preguntó Lo..., no sin alguna ansiedad.

—No se trata de miedo, sino de frío. Respondí.

«¿De modo que quieres hacer el valentón? Ya se te pasará. Dentro de un cuarto de hora vas a comportarte con más cortesía».

Yo permanecía en medio de aquellos «paras» que no cesaban de insultarme y burlarse. Trataba de mantenerme en calma y de reservar energías para todo el horror que se me acercaba. Finalmente, percibí la entrada de Cha... e Ir... en la pieza. Los acompañaba un capitán delgado, de labios finos y apretados y expresión apagada. El capitán De...

«¿Has reflexionado?», me preguntaba Cha...

—No he cambiado de planes, respondí.

«Muy bien. Tú te lo has ganado», y acercándose a los otros: «Más vale llevarlo a la pieza contigua. Allí hay más luz y podremos «trabajar» mejor».

Cuatro «paras» echaron mano de la plancha donde me encontraba y cargaron conmigo hacia la habitación vecina, en cuyo duro piso de cemento me depositaron. Los oficiales se instalaron alrededor de la plancha, sentados sobre unos bultos que les trajeron sus hombres. «Necesito un papel y un cartón o algo para escribir encima. No sé por qué me parece que nuestro amigo va a ayudarnos muy pronto». Alguien le tendió una libreta de apuntes. Después, tomando de manos de Lo... un magneto de regular tamaño, lo elevó al nivel de mis ojos mientras me mostraba desde todos los ángulos el terrible aparato tan bien conocido por todos los atormentados. «¿Conoces esto, no? ¿Has oído hablar de él? Hasta creo que has escrito sobre sus efectos en tu periodicucho».

—Se equivocan empleando tales métodos, respondí. Si tienen cargos concretos contra mí, pónganme en manos de la justicia. La ley les concede veinticuatro horas para ello. Y no tienen derecho a tutearme.

Sonoras carcajadas a mi alrededor.

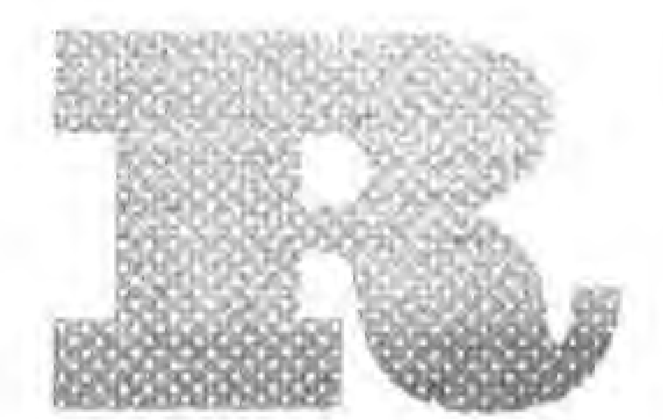
Por supuesto que tales protestas de nada me servirían y que, en tales circunstancias era ridículo apelar al respeto de la Ley ante semejantes salvajes, pero deseaba demostrarles que no habían conseguido intimidarme.

«Adelante», dijo Cha...

Un «para» se sentó sobre mi pecho. Muy moreno, con el labio superior muy saliente y en amplio triángulo bajo la gran nariz, una pícara sonrisa de chico que prepara una estupenda travesura. Mucho más tarde lo volvería a ver en el despacho del juez ante el que presenté mi denuncia. Se trataba del sargento Ja... Otro «para» (oranés sin duda, a juzgar por su acento) se situó a mi izquierda, un tercero, a mis pies, en la pieza otros muchos, sin «tareas» específicas, pero deseosos de «divertirse» a costa mía.

Ja..., sin dejar de sonreír, me aproximó a los ojos las pinzas en que remataban los electrodos, unas pequeñas puntas de acero brillante, largas y dentadas. Pinzas «cocodrilo», como las llaman los obreros de las líneas telefónicas que se sirven de ellas en labores de reparación. Ja... me fijó una de ellas en el lóbulo de la oreja derecha, y el otro en el dedo medio de la mano del mismo lado. Y dió paso al corrientazo.

(Este relato continuará la semana próxima)



FEDERICO GARCIA LORCA

El asesino de Lorca quizás haya alterado el concepto que se tenía en su época sobre las relaciones entre el poeta y la política. De todas maneras, su muerte brutal lo liga para siempre a los hechos ocurridos en 1936 y su poesía deviene comprometida. "Grito hacia Roma" puede ser tomado como un ejemplo del Lorca preocupado por algo más que el aspecto exterior —brillante y lleno de colorido— de las cosas.



GRITO HACIA ROMA

(Desde la torre del Chrysler Building)

Manzanas levemente heridas
por finos espadines de plata,
nubes rasgadas por una mano de coral
que lleva en el dorso una almendra de fuego,
peces de arsénico como tiburones,
tiburones como gotas de llanto para cegar una multitud
rosas que hieren

y agujas instaladas en los caños de la sangre,
mundos enemigos y amores cubiertos de gusanos
caerán sobre ti. Caerán sobre la gran cúpula
que untan de aceite las lenguas militares
donde un hombre se orina en una deslumbrante paloma
y escupe carbón machacado
rodeado de miles de campanillas.

Porque ya no hay quien reparta el pan ni el vino,
ni quien cultive hierbas en la boca del muerto,
ni quien llore por las heridas de los elefantes.
No hay más que un millón de herreros
forjando cadenas para los niños que han de venir.
No hay más que un millón de carpinteros
que hacen ataúdes sin cruz.
No hay más que un gentío de lamentos
que se abren las ropas en espera de la bala.
El hombre que desprecia la paloma debía hablar,
debía gritar desnudo entre las columnas,
y ponerse una inyección para adquirir la lepra
y llorar un llanto tan terrible
que disolviera sus anillos y sus teléfonos de diamante.
Pero el hombre vestido de blanco
ignora el misterio de la espiga,
ignora el gemido de la parturienta,
ignora que Cristo puede dar agua todavía,
ignora que la moneda quema el beso de prodigio
y de la sangre del cordero al pico idiota del faisán.

Los maestros enseñan a los niños
una luz maravillosa que viene del monte;
pero lo que llega es una reunión de cloacas
donde gritan las oscuras ninfas del cólera.
Los maestros señalan con devoción las enormes cúpulas sahumadas;
pero debajo de las estatuas no hay amor,
no hay amor bajo los ojos de cristal definitivo.
El amor está en las carnes desgarradas por la sed,
en la choza diminuta que lucha con la inundación;
el amor está en los fosos donde luchan las sierpes del hambre,
en el triste mar que mece los cadáveres de las gaviotas
y en el oscurísimo beso punzante debajo de las almohadas.
Pero el viejo de las manos traslúcidas
dirá: Amor, amor, amor,
aclamado por millones de moribundos;
dirá: amor, amor, amor,
entre el tisú estremecido de ternura;
dirá: paz, paz, paz,
entre el tirite de cuchillos y melones de dinamita:
dirá: amor, amor, amor,
hasta que se le pongan de plata los labios.

Mientras tanto, mientras tanto ¡ay! mientras tanto,
los negros que sacan las escupideras,
los muchachos que tiemblan bajo el terror pálido de los directores,
las mujeres ahogadas en aceites minerales,
la muchedumbre de martillo, de violín o de nube,
ha de gritar aunque le estrellen los sesos en el muro,
ha de gritar frente a las cúpulas,
ha de gritar loca de fuego,
ha de gritar loca de nieve,
ha de gritar con la cabeza llena de excremento,
ha de gritar como todas las noches juntas,
ha de gritar con voz tan desgarrada
hasta que las ciudades tiemblen como niñas
y rompan las prisiones del aceite y la música,
porque queremos el pan nuestro de cada día,
flor de aliso y perenne ternura desgranada,
porque queremos que se cumpla la voluntad de la Tierra
que da sus frutos para todos.



MIGUEL HERNANDEZ

La muerte de Miguel Hernández, se ha dicho muchas veces, fué un crimen mayor que el asesinato de Lorca Miguel Hernández murió tuberculoso en un calabozo falangista y Lorca en una turbia cañada, cribado a balazos. Sería inútil escoger cuál fué mas alevosa muerte. Pero Lorca había llegado a tocar sus bordes últimos como poeta, mientras que Hernández comenzaba a entrever su propio mundo. En la historia de la poesía española de este siglo, hay pocas obras tan originales, tan insólitas y tan conmovedoras. "El herido" no es más que uno de esos poemas extraordinarios, lúcidos, vigorosos que Miguel Hernández completó antes de su muerte.

EL HERIDO

I

Por los campos luchados se extienden los heridos
Y de aquella extensión de cuerpos luchadores
salta un trigal de chorros calientes, extendidos
en roncos surtidores.

La sangre llueve siempre boca arriba, hacia el cielo.
Y las heridas suenan igual que caracolas,
cuando hay en las heridas celeridad de vuelo,
esencia de las olas

La sangre huele a mar, sabe a mar y a bodega.
La bodega del mar, del vino bravo, estalla
allí donde el herido palpitante se anega,
y florece y se halla.

Herido estoy, miradme: necesito más vidas.
La que contengo es poca para el gran cometido
de sangre que quisiera perder por las heridas
Decid quién no fué herido.

Mi vida es una herida de juventud dichosa.
¡Ay de quien no esté herido, de quién jamás se siente
herido por la vida, ni en la vida reposa
herido alegremente!

Si hasta los hospitales se va con alegría,
se convierten en huertos de heridas entreabiertas,
de adelfos florecidos entre la cirugía
de ensangrentadas puertas.

II

Para la libertad sangro, lucho, pervivo.
Para la libertad, mis ojos y mis manos,
como un árbol carnal, generoso cautivo,
doy a los cirujanos.

Para la libertad siento más corazones
que arenas en mi pecho: dan espumas mis venas,
y entro en los hospitales, y entro en los algodones
como en las azucenas.

Para la libertad me desprendo a balazos
de los que han revolcado su estatua por el lodo,
y me desprendo a golpes de mis pies, de mis brazos,
de mi casa, de todo.

Porque donde unas cuencas vacías amanezcan,
ella pondrá dos piedras de futura mirada
y hará que nuevos brazos y nuevas piernas crezcan
en la carne talada.

Retoñarán aladas de savia sin otoño
reliquias de mi cuerpo que pierdo en cada herida
Porque soy como el árbol talado, que retoño:
porque aún tengo la vida.

EL VUELO DE LOS HOMBRES

Sobre la piel del cielo, sobre sus precipicios,
se remontan los hombres. ¿Quién ha impulsado al vuelo?
Sonoros, derramados en aéreos ejercicios,
raptan la piel del cielo.

Más que el cálido aceite, sí, más que los motores,
el ímpetu mecánico del aparato alado,
cóleras entusiastas, geológicos rencores,
iras les han llevado.

Les han llevado al aire, como un aire rotundo
que desde el corazón resoplara un plumaje.
Y ascienden y descienden sobre la piel del mundo
alados de coraje.

En un avance cósmico de llamas y zumbidos
que aerodromos de pueblos emocionados lanzan,
los soldados del aire, veloces, esculpidos,
acerados avanzan.

El azul se enardece y adquiere una alegría,
un movimiento, una juventud libre y clara,
lo mismo que si mayo, la claridad del día
corriera, resonara.

Los estremecimientos del valor y la altura,
los enardecimientos del azul y el vacío;
el cielo retrocede sintiendo la hermosura
como un escalofrío.

Impulsado, asombrado, perseguido, regresa
el aire al torbellino nativo y absorbente,
mientras evolucionan los héroes en su empresa
inverosímilmente.

En el mundo tan breve para un ala atrevida,
para una juventud con la audacia por pluma:
reducido es el cielo, poderosa la vida,
domada y con espuma.

El vuelo significa la alegría más alta,
la agilidad más viva, la juventud más firme.
En la pasión del vuelo truena la luz y exalta
alas con que batirme.

Hombres que son capaces de volar bajo el suelo
para quienes no hay ámbitos ni grandes ni imposibles
con la mirada tensa, prorrumpen en el vuelo
gladiadores, temibles.

Arrebatados, tensos, peligrosos, tajantes,
igual que una colmena de soles extendidos,
de astros motorizados, de cigarras tremantes,
cruzan con sus bramidos.

Ni un paso de planetas, ni un tránsito de toros
batiéndose, volcándose por un desfiladero,
darán al universo ni acentos más sonoros
ni resplandor más fiero.

Todos los aviadores tenéis este trabajo:
echar bajo el pájaro fraguador de cadenas
las ciudades podridas abajo y más abajo
las cárceles, las penas.

En vuestra mano está la libertad del ala,
la libertad del mundo, soldados voladores:
y arrancaréis del cielo la codiciosa y mala
hierva de otros motores.

El aire no os ofrece ni escudos ni barreras:
el esfuerzo ha de ser todo de vuestro impulso.
Y al polvo entregaréis el vuelo de las fieras
abatido, convulso.

Si ardéis, si eso es posible, poseedores del fuego,
no dejaréis ceniza por rastro, sino gloria.
Espejos sobrehumanos, iluminaréis luego
la creación y la historia.

Los Grandes Cementerios Bajo la Luna

Por Georges Bernanos **Traducoión de J. H. S.**



Las bombas caian sobre los pueblos

Georges Bernanos era un escritor reservado, interior y quizás se creia tocado por la gracia. Era un escritor católico con todo lo que eso significa exactamente. Vivía en Palma de Mallorca cuando el levantamiento de 1936. Por supuesto, simpatizaba totalmente con la derecha, la reacción y la Iglesia. Por esto su testimonio sobre las atrocidades cometidas por los fascistas alumbran con mejor luz las tenebrosas jornadas nacionalistas. Es esta la primera vez que la novela (o mejor, un fragmento de la novela) se traduce al español.

Yo he visto, yo he vivido en España el periodo pre-revolucionario. Lo he vivido con un puñado de jóvenes falangistas, llenos de honor y de coraje, cuyo programa yo no aprobaba del todo, pero que estaba animado, asi como su noble jefe, por un violento sentimiento de justicia social. Afirmo que el desprecio que profesaban al ejército Republicano y a su Estado Mayor, traidores a su Rey y a su juramento, igualada su justa desconfianza hacia un clero experto en componendas y arreglos electorales efectuados al amparo de la acción popular y por persona interpuesta, el incomparable Gil Robles. ¿Qué ha pasado con esos muchachos?, preguntarán ustedes. Dios mio, yo se los voy a decir. No se contaban quinientos en Mallorca, la víspera del pronunciamiento. Dos meses después, eran quince mil, gracias a un reclutamiento desvergonzado, organizado por los militares interesados en destruir el Partido y su disciplina. Bajo la dirección de un aventurero italiano, de nombre Rossi, la Falange se había convertido en la policía auxiliar del Ejército, sistemáticamente encargada de las tareas sucias, mientras esperaba que sus jefes fueran ejecutados o encarcelados por la Dictadura, y sus mejores elementos despojados de sus uniformes, y vertidos en la tropa.

Ciertamente mis ilusiones sobre la empresa del General Franco no duraron mucho tiempo —algunas semanas. Mientras duraron, me esforcé honestamente por vencer el asco que me inspiraban ciertos hombres y ciertas formas. Si es menester decirlo todo, acogí los primeros aviones italianos sin disgusto. Cuando, prevenido por un fiel amigo romano del peligro que corria mi familia y particularmente mi hijo, en el caso de un avance brusco de los milicianos catalanes desembarcados en Porto Cristo, el Cónsul de Italia vino a informarme cortésmente de la solicitud de su Gobierno, se lo agradecí calurosamente, aunque llegara demasiado tarde, porque yo estaba desde entonces decidido a no pedir ni recibir ningún servicio. En pocas palabras, estaba preparado para cualquier violencia. Yo sé lo que son las violencias ejercidas por violentos. Pueden indignar a quien las observa a sangre fria pero no sublevan el corazón. No ignoraba lo que hubieran sido capaces de hacer los jóvenes que mis amigos, si se hubieran encontrado ante adversarios resueltos. No encontraron ante ellos sino una población aterrorizada. Esta población mallorquina se ha caracterizado siempre por una gran indiferencia política. En tiempos de los Carlistas y los Cristinos George Sand nos enseña que aquí se acogía con la misma calma, a los desertores de uno y otro partido. Fue desde luego por esta circunstancia que la pareja vagabunda no encontró asilo en Palma. La sublevación de Cataluña, tan próxima, en 1934, no despertó aquí ninguna resonancia. Según el testimonio del jefe de la Falange no podrían encontrarse en la isla cien comunistas realmente peligrosos. ¿Dónde los habria reclutado el Partido? Es un país de pequeños hortelanos, un pais de aceitunas, de almendras y de naranjas, sin industria, sin fábricas. Mi hijo recorrió durante un año las reuniones de propaganda sin que él ni sus camaradas cambiasen con sus adversarios nada más grave que puñetazos. Yo afirmo, afirmo por mi honor que en el curso de los meses que precedieron a la guerra santa, no se cometió en la isla ningún atentado contra las personas o contra los bienes. «Se mataba en España» dirán ustedes. Ciento treinta y cinco asesinatos politicos del mes de marzo al mes de julio de 1936. Sea. El terror de derecha ha podido pues conservar allí el carácter de venganza, aun feroz, aun ciega, aun extendida a los inocentes, contra los criminales y sus cómplices. En ausencia de actos criminales no ha podido tratarse, en Mallorca sino de una depuración preventiva, una sistemática exterminación de sospechosos. La mayor parte de las condenas legales pronunciadas por los tribunales militares mallorquinos —hablaré en otra parte de las ejecuciones sumarias mucho más numerosas— no sancionaron sino el crimen de desafección al movimiento salvador, expresada por palabras o aún por gastos. Una familia de cuatro personas, de excelente burguesía, el padre, la madre, y dos hijos, de dieciseis y diecisiete años respectivamente, fue condenada a muerte por la deposición de cierto número de testigos que afirmaban haberlos visto aplaudir, en su jardín, al paso de los aviones catalanes. La intervención del cónsul americano salvó desde luego la vida a la mujer, natural de Puerto Rico. Ustedes me dirán tal vez que los archivos de Fouquier-Tinville presentan muchos ejemplos de tal concepción de la justicia revolucionaria. Es precisamente por esto que el nombre de Fouquier-Tinville ha quedado como uno de los más espantosos de la historia.

Para mi, yo llamo Terror a todo régimen en el cual los ciudadanos, sustraídos a la protección de la ley, esperan la vida o la muerte del capricho de la policía del Estado. Llamo régimen de terror al régimen de sospechosos. He visto funcionar ese régimen durante ocho meses. O, más exactamente, he necesitado diez meses para descubrir, mecanismo tras mecanismo, su funcionamiento. Lo digo, lo afirmo. No exijo en absoluto que se me crea bajo palabra. Sé que todo se sabrá un día —mañana, pasado mañana, ¿qué importa? El Obispo de Palma sabe de eso tanto como yo, más que yo. Siempre he pensado que nuestro Santo Padre el Papa, torturado, según se dice, por el problema de la Guerra Civil Española, tendría gran interés en interrogar a este dignatario, bajo juramento.

Yo sé... No me deja usted continuar. ¿Cuántos muertos? ¿Cincuenta? ¿Cien? ¿Quinientos? La cifra que voy a dar ha sido suministrada por uno de los jefes de la represión en Palma. La evaluación popular es bien distinta. No importa. A principios de marzo de 1937, después de siete meses de guerra civil, contábanse tres mil de esos asesinatos. Siete meses hacen doscientos diez dias, és decir, quince ejecuciones por día como promedio. Me permito recordar que la pequeña isla puede ser atravesada fácilmente en dos horas, de punta a punta. Un automovilista curioso, al precio de un poco de fátiga, hubiera pues tenido, fácilmente la suerte de ver estallar quince cabezas mal pensadas por día. Esas cifras no son ignoradas por Monseñor el Obispo de Palma.

La persona a quien las convenciones me invitan a llamar Monseñor el Obispo de Mallorca ha firmado la carta colectiva del episcopado español. La pluma, espero, ha debido temblar entre esas viejas manos. El no ha podido ignorar nada sobre esas muertes. Yo se lo diría en la cara, dónde y cuándo se quiera. También le llevaría además este testimonio. Uno de los canónigos de su catedral, a quien él conocía bien, predicador de renombre, licenciado en teología, siempre había parecido aprobar sin reserva a la autoridad militar. Esa actitud inquietaba a una de sus penitentes, quien sin embargo, nunca se había atrevido a interrogarle. Habiendo tenido conocimiento de los hechos referidos más arriba, ella creyó que la ocasión era buena para romper el silencio. El desdichado la escucha sin demostrar la menor sorpresa. «Pero en fin, usted no aprueba de que»... «Yo no apruebo ni desapruebo», respondió el sacerdote siniestro. «Desgraciadamente, Vuestra Gracia no tiene idea alguna sobre las dificultades de nuestro ministerio en esta isla. En la última reunión general de los curas, bajo la presidencia de Monseñor, hemos tenido la prueba de que el pasado año solamente el catorce por ciento de los mallorquinos cumpliron con su deber pascual. Una situación tan grave justifica medidas excepcionales».

En efecto, ella las justificaba. Algunas semanas antes de Pascuas la autoridad religiosa, de acuerdo con la autoridad militar procedió al empadronamiento de los fieles. Se hizo distribuir, a este efecto, a cada persona en edad de cumplir con el deber pascual, una hoja impresa. Esta hoja decia en el anverso:

1937

Señor, Señora o Señorita...
Domicilio en......... calle....... No....
estado............ ha cumplido con las
Pascuas en la Iglesia de ....

En el reverso:

Se recomienda cumplir con el deber pascual en su parroquia. Quienquiera que lo haya cumplido en otra iglesia deberá llevar la justificación de ello a su Rector.

Un cupón, fácilmente separable gracias a una línea de puntos, llevaba la indicación siguiente.

Para la buena administración, está prescrito separar este cupón y hacerlo llegar debidamente completado al cura de la Parroquia. Podrá también ser colocado en la caja destinada a ese uso.

¿Es necesario añadir que los confesionarios estuvieron siempre llenos? La afluencia de penitentes sin experiencia fue tan grande que el cura de Terreno creyó conveniente proceder a la distribución de una nueva hoja. Después de hacer la singular pero perfectamente oportuna observación de que la principal dificultad en el acto de la confesión no es tanto confesar sus pecados como saber qué decir **—en no saber qué confesar o cómo expresarse—** daba en quince lineas la fórmula de un examen de conciencia extremadamente reducido. La hoja llevaba todavía este post scriptum:

N. B. No olvides colocar tu billete del cumplimiento en el cajón del cancel para poder formar el censo.

No hay un solo sacerdote mallorquino que se atreva a negar que tal medida, tomada en pleno terror, no podía sino multiplicar los sacrilegios. ¿Qué más decir? Dios sabe los nombres de los irreductibles, poco numerosos, que creyéndose sin duda sus enemigos, guardaban aún, sin saberlo, en las venas, bastante sangre cristiana para sentir la injuria hecha a su conciencia, respondiendo ¡no! a esos requerimientos insolentes. ¡Ojalá puedan encontrar a Cristo! ¡Ojalá puedan, llegado el día juzgar a sus jueces!



Y asesinaban niños indefensos



Ilustración de Fornés

LA HUIDA

Por Antonio Ortega

Antonio Ortega nació en Gijón y allí se crió. Graduado de Ciencias Naturales en Madrid, fue profesor en el Instituto de Oviedo hasta el 18 de julio de 1936. Al comenzar la Guerra Civil, un demócrata convencido, no le fue difícil abandonar la carrera para dedicarse a defender la República. Es comisario político del Consejo de Asturias y León hasta la caída del frente asturiano. Con las tropas fascistas entrando en Gijón, escapa a Francia para regresar a España por Cataluña. Cuando todo termina, logra venir a Cuba. Desde su llegada no le quedó otro remedio que trabajar en el periodismo (en la actualidad es director de la revista "Carteles") y así se encuentra con una vieja afición: la literatura. Publica crónicas y cuentos y reportajes en periódicos y revistas, y una novela, "Ready". Tiene en preparación otra novela y un libro de cuentos. De aquí ha salido este relato brutal y tierno, apasionado y objetivo sobre una realidad que conoció bien: la evasión de los cercados de Asturias.

Era una riada silenciosa de hombres derrotados. Salían de la noche. Caminaban hacia la noche. Olían a pólvora y a sudor. De vez en cuando un automóvil con los faros apagados, se abría camino trabajosamente entre las filas negras y silenciosas de los que huían. Sonaban lejos los trallazos de los fusiles entre cuyo griterío se abría, de pronto, la explosión de una bomba de mano como un bostezo. Los depósitos de petróleo continuaban ardiendo furiosamente y se oía el poderoso respirar de las llamas. Desde las casas, en un doloroso silencio, las mujeres los veían pasar. Zas, zas, zas... sonaban las duras botas sobre el asfalto. Lloraba un niño entre las sombras. Una mujer chilló un nombre de varón. Cada cuarto de hora, los cañones de Torres vomitaban sus graves disparos. (¿A quién tiraban). Los hombres huían. Brillaba, como entre gasas, una luna enorme y amarilla.

Los barquitos se alejaban de la costa en plena desbandada. Afuera les esperaba el «Cervera» y una serie de bus armados. Volvieron a tronar los cañones del quince y medio, de Torres. El hombre de la boina grande se volvió a su compañero, el hombre de la boina pequeñita, y le tendió una botella de coñac.

—¿Quieres?

—Bueno.

Hacía dos días que apenas se comía. Estaba lleno de polvo y olía, como todos ellos, a pólvora y sudor. Le dolía la axila derecha que estaba morada de cardenales. ¡Quince días disparando el fusil! Era como un sueño terrible: Una marcha sin descanso en la obscuridad. (Por el día escondidos entre los maizales). Pasando ríos con el agua al cuello. (En el Sella mataron a Primitivo, desde la otra orilla). Abriéndose camino a tiro limpio. (Una viejecita lloraba desconsoladamente en la cuneta de la carretera ante el cuerpo despatarrado de un hombre. Al verlos pasar, levantó los ojos del muerto. «¡Cobardes!... ¡Maricas!...» Uno de los hombres que huían preguntó: «—¿Un nieto, abuela?» «—¡Mi hijo! Me lo mataron esos perros!» Calló la vieja mirando al muerto. Luego añadió: «—¡Iros!, ¡os matarán a vosotros también! ¡Pobres! Al mío me lo cazaron desde aquel maizal». Esto no tenía ninguna importancia. Pero Quintín estaba seguro de no poder olvidarlo jamás). Eran como fieras perseguidas. Los moros lo sabían y los dejaban pasar sin tratar de hacerles frente. Los requetés eran más brutos y más valientes y muchos de ellos pagaron con su vida esta incomprensión.

—¡Quema! —dijo Quintín, el hombre de la boina pequeñita, a su compañero al tiempo de devolverle la botella. El hombre de la boina grande, la cara larga y el cráneo chiquito preguntó:

—¿Tú eres asturiano?

—Sí, de Candás, ¿y tú?

—Guipuzcoano, de Pasajes.

—Mal os portasteis los vascos desde que cayó Vasconia —le dijo Quintín encolerizándose de pronto.

—Yo soy vasco y aquí estoy contigo —dijo llanamente el guipuzcoano.

Hablaban en voz baja mientras caminaban en las sombras. Zas, zas, zas, zas... hacían los duros zapatones.

—Si nos coge el «Cervera» estamos dados —dijo el de la boina pequeñita. Pero si tenemos la suerte de tropezarnos con un bou...

—¿Tú eres marino, pues?

—No; señorito tan solo.

Y rió en silencio el hombre de la boinita. Pero el otro vió su gesto y sus dientes largos y amarillos, como los de los caballos de la plaza de toros, y creyó que se estaba burlando de él y aserió su rostro.

—Estudiante de Medcina —aclaró el asturiano dejando de sonreir para tranquilizar a su compañero. —Estudiaba cuarto año en Valladolid.

—Yo soy marino —confió el hombre de la cara larga—, piloto del Aratza Mendi». Estuve en Irún. No teníamos municiones. Los franceses nos veían pelear desde la otra orilla. ¡Qué íbamos a hacer! En Pasajes vivía mi madre. La llevé a Bilbao. Luego volví a Pasajes y quemé la casa, nuestra casa. Maté a las tres vacas que teníamos. Se les pone la pistola en la oreja... ¡Qué fácilmente mueren unos animales tan grandes! Me daban lástima sus ojos enormes, tristes y cariñosos; yo mismo las había ordeñado muchas veces. Pero no eran horas de sentimentalismos. Sin embargo me llevé el canario. Era una vida pequeñita... ¡Tenía un miedo a los bombardeos!... Luego lo solté, cuando cayó Archanda. Pero no le hice ningún favor; estaba acostumbrado a vivir entre rejas.

Divagaba. Tal vez él, también, tuviera miedo.

De unos herbazales, a la derecha de la carretera, venía un fuerte olor a pescado podrido. Los campesinos abonaban sus tierras con cabezas y tripas de bonito. En las sombras agitaban sus flacos y largos tallos los gamones. Soplaba un aromado vahaje del mar. A la izquierda, donde por la mañana había caído una incendiaria, humeaban todavía unas cádavas. Latía un terrible silencio debajo de las pisadas de los hombres que huían. Por encima de los hombres que huían brillaba una enorme luna amarilla, redonda e indiferente. Ahora tronó la batería del quince y medio de Torres. Zas, zas, zas, zas... España marchaba de España.

—X—X—X—

José García desembarcó en Ribadesella el 24 de agosto de 1937. Lo trajo un barco inglés de los que venían a llevarse heridos, mujeres y niños. («—¿Para qué se llevarán a los seres inútiles?, había pensado José García entonces. ¡Que se lleven a los milicianos de 18 a 30 años!». Pero se llevaban a mujeres, niños y heridos. «—Sentimentalismos. Somos unos perfectos imbéciles. Sentimentales hasta las lágrimas. Crueles hasta la sangre derramada. Siempre sin medida: desproporsionados, excesivos y sin tener una exacta noción del tamaño de las cosas ni de la importancia de los acontecimientos).

José García venía de New York y traía consigo dos baúles y cuatro maletas. Hacía treinta y cinco años que se había marchado de España en busca de fortuna y retornaba ahora a su pueblo en la hora de la derrota y de la muerte. Venía a participar en la agonía de Asturias.

Desde que comenzó la guerra en España una extraña inquietud se había apoderado de José García. El vivía retirado en una casita de Brooklyn, de su propiedad, gastando pacíficamente su vida y ordenando los intereses de un capitalito que había logrado amasar a lo largo de su existencia laboriosa. No había tenido tiempo de casarse o ácaso estuvo esperando siempre por algo que nunca llegó. Cuando quiso darse cuenta ya había cumplido los 50 años de edad y era demasiado tarde para iniciar una vida distinta, aunque temprano para acabar con dignidad con la suya propia, la que hasta entonces había llevado. ¿Para qué complicarse la vida a estas alturas ... Por otra parte era casi seguro que él no pudiera amoldarse a la vida hogareña y convivir con una compañera... No le resultó difícil convencerse. Compró aquella casita en uno de los arrabales de Brooklyn y en el retalito de jardín que se extendía ante la puerta de entrada plantó y trató de aclimatar un [illegible] siempre desmendrado y raquitico. Todos los inviernos hacía propósito de retornar al año siguiente a Asturias. Pero llegado el momento difería siempre su decisión. Nadie lo esperaba al otro lado del Alántico. Los viejos se habían muerto hacía tiempo. Sus hermanos habían hecho sus vidas y vivían allá, hundidos en sus problemas —el servicio militar del último hijo, la cosecha de escanda, la vaca enferma. Por otra parte sus afectos, sus amigos, las mujeres que él había querido, su casa —su manzanito raquítico— estaban aquí en América. La tierra nativa tiraba de él con esas fuerzas oscuras del recuerdo sublimado por la espera. Pero estaba bien enraizado aquí. Era toda su vida, menos aquella parcela borrosa del recuerdo, la que había tenido lugar aquí. Cuando se inclinaba sobre su pasado, todo lo tangible, todo lo real, todo lo de carne y hueso de su existencia, estaba allí, a la vuelta de sí mismo, hablando en inglés. Allá, muy lejos, en la otra orilla de un enorme y frío océano, quedaba una porción de su vida de la que sólo recordaba esas cosas imprecisas de los sentidos, que son las que más difícilmente se olvidan: el olor a mar de las mañanas de niebla y viento, el aroma amarillo y dulce de las mimosas en flor, la vaharada de animal en celo de la tierra después de la lluvia... En sus pupilas habían quedado acuñadas —como viva medalla— aquellos desgarbados eucaliptos de junto a su casa, aquella playa solitaria sobre la cual volcaba su furia un mar siempre irritado, grisáceo e infinito; aquellas verdes colinas onduladas sobre las que encendían sus farolitos los castaños, debajo de los cuales crecían los helechos y las orquídeas... Como en los fonógrafos de las caracolas —con su único disco donde bosteza el mar— así en sus oídos, cuando se hacía el silencio a su alrededor, cantaba siempre aquel paisaje húmedo y brumoso con un fondo de gaita, una gaita desafinada y gritona. Y por todo esto —por sólo esto— ¿iba a volver allá? («Suspirarás por la tierra —que es lo que menos se olvida...») ¡Sin él no se acordaba de casi nada de su tierra...! Pero suspiraba por aquella tierra que no conseguía olvidar.

Un día no lo pensó más (allá en España ardía la guerra), vendió todas sus pertenencias y arregló todos sus papeles (morían niños y se derrumbaban las ciudades) y luego tomó un barco cualquiera que lo condujo a La Pallise (pensaba en las mimosas en flor y en los niños muertos). Desembarcó en Ribadesella el día 24 de agosto de 1937. Traía consigo dos baúles y cuatro maletas. Y un hermoso corazón en el pecho.

—X—X—X—

En un rincón del puerto, al pie mismo de la alta y abrupta campa de Torres, estaba el «Císcar» hundido. Hacía diecisiete días que los aviones fascistas lo estaban bombardeando y al fin acertaron con él. Un impacto directo. Se hundió como un vaporcito de hojalata. Se le distinguía, a través del agua, reposando en el fondo del muelle. Al borde mismo del mar, un marinero de la escuadra, miraba al navío hundido y lloraba. No estaba borracho. Lloraba de verdad.

—¡Ay, Císcar»..., «Císcar»..., que mala muerte has tenido! —gemía en voz baja el marinero.

Daba pena aquel dolor del hombre —tan pequeñito— por la máquina tan grande.

No había luz alguna. La luna tan solo, allá en el cielo; grande, redonda y amarilla. Se hablaba en voz baja. La gente embarcaba silenciosamente en los barcos. Varios de ellos habían levado anclas y se les veía, sin luces, navegando a toda máquina, puerto afuera, sobre la calima que esmerilaba el horizonte. El «Cervera» pastoreaba una manada de bous auxiliares con nombres celestes que trataban de impedir la huída. El resplandor de un fogonazo iluminó las llambrias de Torres. En altamar, varios cruceros británicos y franceses, asistían, como espectadores imparciales, al espectáculo; indiferentes y helados, como la luna amarilla que iluminaba la escena.

—¿Quieres? —dijo Ibarlucea tendiendo la botella a su compañero.

—Bueno. Bebió.

—Todavía quema —dijo limpiándose los morros.

Un regimiento de vascos salió del túnel dirigiéndose a un barco. Una mujer, al borde del agua, gritaba dirigiéndose a las sombras:

—¿Y vas dejame aquí sola con el neñu?

El buque desatrancaba lentamente. Un hombre saltó tratando de alcanzarlo. Cayó al agua. Nadó un rato, braceó un rato... Chilló. Luego desapareció en el mar.

—¡Nos han dejado solos! —suspiró el marino vasco.

—No recuerdo ahora quien dijo que en la desgracia estamos siempre solos —le respondió el estudiante de Medicina como hablando de otra cosa.

Los muelles estaban llenos de cráteres producidos por las bombas. Un hombre llegó con su automóvil hasta la orilla del malecón. Desembragó. Se apeó y empujó la máquina hasta que se precipitó en el mar. Pasaron varios heridos en unas camillas con sus caras verdosas —los ojos hundidos— que olían a yodoformo y a ropa mojada.

—¡Heridos!... ¡Paso a los heridos!...— sunsurraban los camilleros como si el enemigo pudiera oírles de hablar en voz alta.

Paró un carabinero con un fúsil al hombro y la maleta en la mano, como buscan-

do algo. Era un hombre viejo, de largos bigotes y cara noble y triste de perro de caza. Decía tercamente, agachando la voz:

—¡Manolín!... ¡Manolín!...

Como buscando a alguien en la noche, a alguien que se hubiera extraviado irreparablemente y al que no había de encontrar nunca más.

Quintín se volvió a su compañero.

—Ya es hora de buscar barco, ¿no crees?

—Vamos allá, pues.

Caminaron a lo largo del dique sin encontrar ningún barco atracado. Ya todos habían levado anclas. Era la una de la noche. De la orilla se alejaba un bou calmosamente; las calderas aún no habían cogido presión. De pronto se oyó una voz fuerte y autoritaria que ordenaba airada:

—Hay aquí un herido, ¿oís? Un viejo. Un tiro en la barriga. Vino desde América a luchar con nosotros. ¡Atracad!

Nadie le respondió. El hombre de la voz airada corrió a lo largo del muelle barbotando blasfemia. De pronto se paró, clavándose sobre sus piernas abiertas. Se echó a la cadera la pistola ametralladora.

—Voy a disparar! —gritó. —A la una...

Silencio. Se oían unas voces lejanas. Más lejos —muy lejos aún— crepitaba la fusilería.

—...a las dos...

Se recortaba macizo, pesado —sobre sus pies— siguiendo, al barco que huía, con un torero movimiento de la cadera.

—...tres:

Tatatata, tatatata, habló en su morse convincente la ametralladora. El bou frenó su marcha. Luego dió máquina atrás.

—¡Animal, vas a matar a alguien! —gritó una voz desde el mar.

—¡Atracad! Hay un herido —dijo reposadamente el hombre de la pistola ametralladora.

Y a continuación soltó una sarta de blasfemias, encolerizándose de nuevo. El barco —cuarenta toneladas— se acercaba despacio al muelle, de través, como un caballo que no se deja montar. El hombre de la pistola corrió a donde había dejado a su compañero herido.

—¡Animo, don José! Ya estamos más cerca de Nueva York.

Luego, con una voz fastidiosa, normal, dijo a Quintín e Ibarlucea que se acercaban:

—¡Eh, compañeros; echadme una mano!

—X—X—X—

José García desembarcó en Ribadesella el 24 de agosto de 1937. En el muelle le esperaba una sola persona a la cual el viajero reconoció nada más al verla.

—¡Eh, Quilo!

—¿Qué hay, tío?

Nada más.

—X—X—X—

José García comprendió de pronto que había llegado tarde a algo que no tenía remedio, y que le era imposible arrepentirse de su decisión. Pero, claro, todo esto no llegó a decírselo a sí mismo; le escocía inlocalizablemente en algún rincón de su cuerpo.

Se sentía como avergonzado de algo y lleno de pena. Estaba indignado y lleno de pena. Tenía sensación de haber caído en una trampa y esto le irritaba y le llenaba de pena. Veía allá lejos a José García con sus dos baúles y sus cuatro maletas... Era eso lo que le daba pena, una pena asfixiante; como si él fuera otro y ese otro viera, allí a lo lejos, el pobrecito de José García con su maletas y baúles. Se miró por dentro, lealmente. No, no estaba arrepentido de nada. Solo lleno de pena. Todo el pasado se le coaguló de pronto en una pregunta imbécil que no llegó a hacerse. Ahora se sentía irresoluto, indeciso, tartamudo...; le costaba trabajo decidirse a la acción; como las aves migratorias tardaba en abrir sus alas al vuelo. Pero una vez decidido sabía llevar sus proyectos hasta sus últimas consecuencias. El sabía que no había de fallarse a sí mismo en aquellas circunstancias. No, no estaba arrepentido de nada. Lleno de pena tan solo.

Toda la mañana y la tarde las pasó arreglando diversos asuntos. Luego se fué al hotel. Desde la ventana de su cuarto divisaba el parque del pueblo: una pieza con un templete para la banda de música y unas cuantas acacias estratégicamente distribuidas sobre el asfalto.

Se puso a escribir una carta. Sí, a Stevens; a Jimmy Stevens, de Brooklyn, su amigo de toda su vida. Stevens; pelirrojo, huesudo, volteriano y un verdadero corazón de oro.

(Dear Stevens:...)

Había comenzado a llover. Finas gotas tibias bajaban del cielo en sombras. Allá lejos se oía el poderoso resoplar del mar. De la ría venía un suelo olor a fango.

(«...he llegado por fin. Esto no tiene salvación. Están solos y nadie les hace caso. Pero no me arrepiento de haber venido. Aquí comencé y aquí voy a terminar. Me quedan unos días de vida maravillosos. Voy a arder en la alta hoguera de España. No podría hacer otra cosa aunque quisiera que no quiero. Tú sabes que quemé mis naves. Todos los bienes que tenía ahí los mandé aquí para atizar esta fogata que ha de incendiar a todo el mundo. ¡Pero Stevens, si es que esta gente tiene razón! Y cuando se tiene razón nada vale, nada si no es esa razón. Cuando todo esto sea recuerdo, sólo tú te acordarás de mí. Sólo tú, y acaso, Betsy: la loca y rubia Betsy... Pero me estoy poniendo insoportablemente sentimental, Jimmy, ¡tengo tantas cosas que decirte! Y tengo que decírtelas, viejo: porque mi sacrificio... —bueno, borra eso de sacrificio—, porque mi decisión tiene un motivo noble. Por ejemplo, no hace veinticuatro horas que llegué y ya presencié un bombardeo. Es el espectáculo más vil que puedes imaginarte. Bien, yo presencié un bombardeo y desde entonces creo que hay que exterminar a esas gentes, ¿comprendes? Tú sabes que yo era incapaz de matar una mosca. Hoy creo que hay que matar a esa gente que vuela en los aviones. Como sea, pero hay que acabar con ellos. Recurriendo a sus mismos procedimientos incluso...»).

En la noria del parque daban vueltas, tercamente, unos cuantos paraguas graves y luctuosos. Sonaban unas almadreñas sobre las baldosas de la acera. En la estación del ferrocarril pitaba una locomotora escandalosamente.

(«...es necesario que alguien sepa... Pero ¡qué vanidad! Aquí todos creen que están haciendo algo ancho y alto. Pero no, no es eso. Temo otra cosa; temo a esas personas para las cuales el león siempre tiene razón. Yo sé que el que gana es el que escribe la historia. Y sería terrible que todo este dolor de España fuera luego a ser calibrado por los diplomáticos extranjeros y narrado por la Guardia Civil en un informe lleno de indiferencia y de gerundios. Stevens, ¡tengo tantas cosas que decirte...! Esta gente está llena de razón, pero les mandáis botes de leche condensada y vagas declaraciones de solidaridad. Ellos pagan las armas en oro y por adelantado Pero vosotros les enviáis gratis, vitaminas contra la pelagra y litros de vacuna antitífica. ¡Qué falsa filantropía! —si lo filantrópico, ahora, es mandar aviones y trilita. ¡Qué estúpida delicadeza de sentimientos humanitarios! —si lo humanitario en estos momentos, es la dinamita y el ácido nicotínico. ¿Qué hacéis ahí, en los sindicatos, que no declaráis una huelga general para obligar a vuestro gobierno que cumpla con sus obligaciones internacionales? La hoguera de España, Stevens, ha de extenderse a todo el mundo. No hace falta mucha imaginación para anticiparlo. Hace falta tan sólo no ser bobo ni terco ni sectario. Hace falta, sobre todo, no tener miedo. Stevens, yo quería decirte...»)

Cesó de pronto de llover y el viento roló al Oeste. El Oeste es un viento tenaz, monótono, grande y húmedo. Las montañas cambian a veces el rumbo del contraliso y en determinadas localidades este viento tibio y lleno de agua, que sopla del Suroeste, parece venir de unos grados más arriba de la rosa. pero el catador de vientos esto no le engaña. Cada viento tiene su olor propio, inconfundible; su matiz, su humedad, su manera de ser. Saber esto podía ser muy importante.

¡Ahora navegaban gordas nubes bajas por el cielo oscuro. Pero al día siguiente se caería este viento, y a las diez en punto de la mañana, el Nordeste —el alisio fresco y seco, que limpia el cielo de nubes pintándolo de azul— volvería a soplar hasta que llegara la noche. Esto significaba que desde bien temprano vendrían los aviones enemigos. Saber esto tenía mucha importancia en aquellos momentos.

(«...sólo encontré a Quilo, Aquilino. Es el hijo segundo de mi hermano Fernando. Todos los demás de mi familia quedaron en campo faccioso. Quilo logró escapar a través de las montañas. Me dijo que le mataron a dos hermanos y que su padre está encarcelado. De los demás no sé nada. Quilo me escribió a Nueva York, como sabes. Cuando supo la fecha de mi llegada pidió permiso en su brigada y vino a recibirme. Lo reconocí al instante. No por las fotografías que tenía de él, pues eran todas de cuando pequeño. Le conocí por algo impreciso y familiar: Los ojos secos y duros de Fernando y míos, la nariz de Elvira, su madre; esa manera decidida y torpe de andar de todos nosotros... «—Quilo!» —le grité. Era él. Es un excelente muchacho. Algo tímido, retraído y receloso. Tiene esa sensatez y esa gravedad que da el trato con la tierra; la convivencia con el árbol y la bestia bajo el sol y las estrellas, y esa serenidad —resignación ante lo que no puede evitarse— que se adquiere en la lucha con las fuerzas naturales, ciegas e indiferentes: el pedrisco, la sequía, la inundación. Un excelente muchacho que sabe por qué está peleando. Me emocioné como un chiquillo. Me miraban sus ojos secos y duros en el fondo de los cuales una lucesita cordial y comprensiva. Me dijo: «—Está usted muy bien, tío. Se parece usted mucho a mi padre». Y luego, como si se le hubiera olvidado algo, añadió, en voz baja:

—Ha hecho usted muy bien en venir. Eso es lo que hacen los hombres. Estoy orgulloso de usted, tío. Pero al instante sus ojos duros me hicieron comprender que estaba avergonzado —arrepentido— de lo que acababa de decir. Un buen muchacho...»)

Dieron las diez de la noche. El pueblecillo en sombras se arrebujó ahora en el silencio. En el parque lucía un solitario farol que proyectaba unas sombras monstruosas en colaboración con el tinglado en donde tocaba la banda de música. Nadie en la calle. Se había caído el viento, en el cielo, entre las nubes que pasaban rápidamente, temblaban algunas estrellas.

(«...hasta febrero no florecerán las mimosas. Yo ya te he hablado muchas veces de las mimosas, Stevens. Yo recordaba aquel mar de mimosas con sus redondas florecitas amarillas que olían dulce y tímidamente. Las veía desde las colinas del Infanzón... Todavía no habían florecido los manzanos. Las primeras rosas desnudaban sus apretados capullos. Hacía frío y el cielo estaba alto y azul... Pero hasta febrero no llegará nada de esto. Ahora es verano y las cosas no huelen. Yo había pensado en recordar todo el pasado asomado sobre las mimosas del Infanzón... El oído y el olfato son los sentidos que mejor recuerdan. Una canción, un perfume... y detrás de ellos el pasado vivo, intacto, como entonces... Ahora comprendo lo que ata el pasado lejano, lo que liga la tierra... Ver mis ojos en los ojos de Aquilino... Andar buscando por el mundo el olor de las mimosas. ¡Pero esta dolor de ahora, este dolor de saber que esto, todo esto, está irremediablemente perdido!»).

La calle se ha llenado de un rítmico rumor de pisadas que se acercan en la oscuridad. Es un batallón de soldados de ingenieros que se dirige al frente. Son hombres de edad madura: mineros de Samá y La Felguera, marinos de Gijón y Avilés, con sus picos y palas al hombro. Que se alejan en la obscuridad.

(«...Stevens. yo tengo muchas cosas qu decirte»).

—X—X—X—

Si en aquel robledal estaba el enemigo las tropas del capitán Cenero no podría evacuar por la falda Norte de la loma pue serían batidos de flanco. Era necesario saber lo que había en aquel bosquecillo. El sargento Ficiello se prestó a realizar la descubierta acompañado de otro hombre.

—Desígnalo tú —le dijo el capitán Cenero.

Y Ficiello escogió a Aquilino para que le acompañara. Y con Aquilino vino don José, su tío, que se negó a separarse en todo momento de su sobrino.

Siguieron el flaco cauce de un arroyuelo. A la mitad del camino, entre los cimero de la loma y el robledal, el riachuelo salía de entre los ablanos y cruzaba unos prados llenos de matas de juncos. Ficiello y sus compañeros tuvieron que dar un rodeo, como de media legua, hasta encontrar de nuevo una zona regularmente protegida por la vegetación. Para el éxito de su misión era preciso que no les vieran, pues entonces no era difícil averiguar sus intenciones. Luego, al retornar por la noche, sería cosa más fácil.

El sargento Ficiello conocía perfectamente el lugar. Llegaron felizmente al valle. Les sangraban las manos de abrirse paso entre las cotollas y las zarzamoras. Serían las once de la mañana. Se oía las once de la mañana. Se oía lejano el fragor de la artillería. Durante su viaje habían oído el crepitar de la fusilería a ratos. Sin duda había fracasado el asalto fascista y estaban hablando de nuevo a los defensores de la loma. Así era, porque poco después vieron pasar las «pavas» sobre ellos. Contaron dieciocho. No volaban muy altos.

Tuvieron que caminar por una calleja, durante un largo trecho, en contra de los deseos de Ficiello. Pero por allí las sebes les protegían y valía más encontrarse inesperadamente con una patrulla fascista que exponerse a ser vistos por los vigías enemigos. Poco después se encontraron con un maizal cuyas hojas amarilleaban. Ficiello siguió la dirección del sol, tomando como punto de referencia a unos altos y desgarbados eucaliptos, y se metió con sus compañeros por entre los maíces. Todos padecían de sed pues no habían traído agua, contando con encontrarla en el camino. Alrededor de ellos se abría un raro silencio, roto por los estallidos de las cañas resecas ante sus pasos. Los maíces agitaban loca y calladamente sus sombreritos de pluma. Don José se retrasó y sus compañeros lo esperaron. —Por aquí, míster— dijo Ficiello respetuosamente.

El viejo estaba cansado. Abatieron unos maíces y se sentaron en el suelo. Callaron. Arriba brillaba el sol grave y ardiente. Soplaba una brisa fresca que ya comenzaba a oler a otoño. Don José dijo suavemente, con una especie de sonrisa en los labios, como recordando algo:

—Cuando yo era joven, al volver de las romerías nos metíamos entre los maizales con las mosas. Decía un refrán entonces:

«Si les fueyes de maíz falasen cuantas que se casaron non se casasen»...

Y calló, siempre sonriendo. Luego escupió como si estuviera asomado sobre un río. La sonrisa fué apagándose dulcemente, poco a poco en sus facciones. Aquilino encendió un cigarro.

—¡Apaga ese pito! No me gusta... —dijo el sargento Ficiello.

Aquilino escondió el cigarro. Se hizo más espeso el silencio. No silencio, ese rumor constante del mar que es como el silencio. Subía la marea de la brisa entre los maíces. De pronto el sargento Ficiello oyó un ruido extraño entre aquel silencio rumoroso.

—¡Callaros! ¡Apaga ese pito!

Montó la pistola ametralladora y aplicó el oído al suelo. Otra vez el silencio. Eran aprensiones suyas. No se veía más allá de dos metros a la redonda. Rápidamente Ficiello se solivió sobre los codos. Miraba como si estuviera a oscuras bajo sol: como si estuviera oyendo. Nuevamente volvieron a agitarse con violencia los tallos de los maíces. La brisa los estremecía más suavemente. Ahora sí que no le cabía ninguna duda: alguien se abría paso, cautelosamente, entre las plantas. Ficiello trató de localizar exactamente el sitio de donde venía el ruido. De pronto, a tres pasos de él, hacia la izquierda, se entreabrieron los maíces, como las persianas de una barbería, y ante Ficiello apareció un rostro lleno de asombro. Era un muchacho. Llevaba una boina roja caída sobre los ojos asustados. Sólo había asombro en su rostro lampiño. Trató de echarse el fusil a la cara. Pero don José se le adelantó. (El miedo se adelanta siempre). Ficiello sintió el disparo en la oreja; se agachó rápidamente. Sólo había asombro en la cara del otro, quemada por el sol. No tuvo tiempo de cambiar su gesto. El requeté cayó al suelo blandamente, como si se posara. (Se le habían aflojado las charnelas de las rodillas. Al doblarse sobre sí mismo arrastró consigo a unos maíces a los que trató de asirse. (Es fácil matar a un hombre). Entre las cañas alguien echó a correr alocadamente.

—¡Quieto, bruto! —grito Ficiello.

Pero fué tarde. Aquilino había prendido un cartucho de dinamita con el cigarrillo que tenía encendido y lo había arrojado allá lejos. Se tiraron al suelo. Un huracán pasó sobre sus cabezas. Volaban los tallos y las mazorcas de maíz por encima de ellos. Después volvió el silencio. La dinamita les escocía en los ojos y en la garganta. A una indicación de Ficiello volvieron a agazaparse contra el suelo. ¡Qué unidos se sentían los tres! Como si los tres estuvieran solos sobre la haz de la tierra. Don José estaba pálido y temblaba.

—¿Lo maté?

El quería que no hubiera sucedido aquello.

—El iba a matarnos a nosotros —dijo Ficiello con voz descolorida. No se preocupe, don José. ¡Que puede importarle un muerto más a España!... Sí; debe de estar muerto.

—¡Era un muchacho Ficiello! Un muchacho como tú, como Aquilino... Pero tuve miedo y... disparé. Es malo el tener miedo. ¡Es tan fácil apretar el gatillo! Yo no sabía...

Estaba demasiado nervioso. Miraba a sus compañeros con los ojos inocentes y asustados en los que brillaba la angustia. Le temblaba un párpado vertiginosamente. Sus labios se le habían puesto morados. Aquilino tendió en silencio a su tío una cantimplora, llena de un desconocido líquido al que dominaban «saltaparapetos». Don José bebió un trago. Parte del líquido le corrió por la barba. Se respingó.

—¡Vámonos! —rogó pobremente.

Se arrastraron durante unos metros caminando a gatas. Luego se pusieron de pie y echaron a andar despacio, procurando mover lo menos posible las cañas entre las cuales avanzaban. El robledal que tenían que reconocer, según los cálculos de Ficiello, no estaba lejos.

Llevarían recorridos unos veinte metros del sitio donde cayó el requeté, cuando don José tropezó en algo y se vino al suelo. Inmediatamente comenzó a tartamudear una ametralladora entre los maizales. Desde algún lugar de aquella masa verde que los cegaba, disparaban sobre ellos —sobre el ruido de ellos— segando los tallos de las cañas. Caían las inflorescencias de los maíces como gachas cazadas en pleno vuelo. Ficiello se echó al suelo, rápidamente, detrás de don José. Este se había lastimado en la barbilla y estaba allí, apretado contra el suelo, sangrando, en silencio y alebrado. Un poco más lejos Ficiello vió un brazo de Aquilino. Al principio no le llamó la atención aquel brazo; luego extrañó la inamovilidad de la mano. Era una mano grande, cuadrada, velluda y... quieta. Eso, quieta; como agarrando algo, pero cerrándose sobre nada. Ficiello se arrastró hasta aquella mano. Seguía sonando de vez en cuando la ametralladora disparando, disparando a ciegas. La mano estaba hincada en la tierra.

—¡Aquilino!... ¡Quilo!... —llamó suave, cariñosamente el sargento Ficiello (él tan rudo).

Nadie le respondió. Los dedos de aquella mano se cerraban sobre un puñado de tierra. e llegó hasta él. Estaba caído de costado. Ficiello trató de levantarle la cabeza. Un líquido caliente, como una meada, mojó su mano. La bala le había entrado por detrás de la oreja. No debió de enterarse de que lo mataban. Volvió donde Don José.

—¿Qué le pasa?

(Todo él temblaba y esperaba).

—No, nada... —dijo Ficiello tratando de sonreír, mientras limpiaba su mano en el bolsillo del pantalón. Viene ahí detrás. Vámonos nosotros. Es necesario salir de esta cárcel verde cuanto antes. Antes de que tengan tiempo de cercar el maizal. ¡Aprisa, Don José! Y procure meter el menor ruido posible. ¡Así, a gatas!

Más de dos horas pasaron perdidos en aquel lago de verdura. Hubo un momento en que Ficiello creyó haber llegado al límite de la desesperación y pensó en chillar con todas sus fuerzas para que las ametralladoras acabara con ellos. Pero la ametralladora, ahora, estaba silenciosa. Era excesiva aquella tensión; demasiado intensa y demasiado larga. De pronto Don José se paró en seco y sus narices ventearon el aire. us ojos se llenaron de alegría, como si hubiera olvidado por completo al requeté y se acercó a Ficiello y le dijo al oído:

—¿No hueles?... Huele a madreselva. ¡Se acabó el maldito maizal»

Ficiello estaba tan nervioso que no

comprendió esta lógica observación y miró a Don José temiendo que éste se hubiera vuelto loco.

—¡Sí, bobo! —bisbiseó Don José. Las madreselvas crecen en las sebes, no entre los maíces. Eso prueba que estamos cerca de una caleya, de algún camino...

Ficiello siguió a su compañero. Poco después clareaban las cañas. A través de ellas se veía un camino. Salieron a él con toda clase de precauciones. Nadie. Sin duda la gente con quien se tirotearon no era mucha y realizaba, como ellos, una descubierta. Esto llenó a Ficiello de confianza respecto al éxito de su misión. A unos trescientos metros de donde se encontraban comenzaba el robledal que tenían que reconocer. Tardaron tres horas en recorrerlo. No, allí no había nadie. Comenzaba a atardecer. Iniciaron la vuelta. Ficiello evitó pasar por el maizal donde habían caído Aquilino y el requeté. Ante la muda interrogación de los ojos de Don José dijo:

—Quilo debe haber dado la vuelta de acuerdo con las instrucciones que le dí. Le dije que como no estuviéramos aquí para las cinco, volviera solo donde Cernero. ¡Animo, Don José, que la vuelta es más fácil!

En los ojos de Don José había lágrimas vivas.

Caminaron en silencio.

El 28 de marzo de 1938 Rodrigo Candamín llegó tarde a la oficina. Como siempre. Pero hoy tenía un motivo: estaba enfermo, muy enfermo. Le dolía mucho la cabeza y sentía una dolorosa opresión sobre el hígado. Tenía los ojos hinchados y la boca saburrosa. No se había afeitado y esto colaboraba en su incomodidad fisiológica.

Sobre su mesa de trabajo había un montón de cartas. En la pared, el inevitable retrato del Caudillo con su sonrisa giocondesca. Enfrente de él, la espalda y la nuca de Martínez, siempre inclinado sobre su tarea. He aquí en lo que había parado Rodrigo Candamín, camisa vieja; en lector de cartas, cartas que no le interesaban lo más mínimo y que no estaban dirigidas a él. («¡Pero que pocas cosas interesantes tienen que decirse los hombres!»). No, él no era un ser humano, era cualquier cosa menos un hombre. Era una máquina. Eso, una máquina. Pero no; mejor aún, un número. Exactamente, un número: el cuarenta y siete. Nada de Rodrigo Candamín y Nuño de Pefalta, sino el cuarenta y siete, el censor de correspondencia número cuarenta y siete. Un número que leía cartas y cartas y que tomaba notas en una libreta cuando encontraba algo sospechoso en sus lecturas, algo que pudiera atentar contra la seguridad del Estado. (Esto le concedía cierta importancia). A ésto se reducía su participación heroica en la edificación del Imperio. (Sentía hervir, dentro de sí, como una dedalada de risa).

Caía un fino orbayo del cielo gris y bajo. Olía a ropa mojada y a viento de mar. Por debajo de estos olores corría, tímido y débil, otro olor. Un perfume suave, amarillo y triste. Pequeñito y tenso. Aquel aroma impreciso desasosegaba a Rodrigo Candamín.

El día anterior —27 de marzo de 1938— había sido de fiesta para la falange local, y Rodrigo Candamín había celebrado con sus compañeros de centuria aquella gloriosa efemérides. La oportuna celebración de tal suceso limitóse a la patriótica ingestión de mariscos y sidra, feliz acontecimiento terminado alegremente en un prostíbulo a base de cerveza y mujeres. Cerveza ligera y mujeres ligeras. (La Puri tenía unos pechos grandes y caídos y un rostro colmado de facciones vulgares, hinchadas y estúpidas. Pero era simpática, graciosa y dinámica). Bebieron. Hubo un momento en que todo se le olvidó. (Hasta el rostro amarillo, flaco y aristocrático de María Jesús). Recordaba tan sólo éste o aquél detalles como saliendo de la niebla. Luego, la niebla. Más tarde, al despertar: la pirosis, la cefalalgia, la incomodidad hepática y los ojos hinchados... Ahora, aquel montón de cartas. Era perfectamente desgraciado. Vivía en un mundo indiferente e injusto. Seiscientas pesetas de sueldo al mes. Al atardecer tenía que llevar a María Jesús al cine (María Jesús, catorce años de noviazgo; una señorita flaca larga, aristocrática y peluda). Odiaba a María Jesús.

Comenzó su tedioso trabajo de todos los días. No podía remediarlo —en el fondo de él quedaba todavía un poco de dignidad—, le molestaba aquello de abrir cartas que no iban dirigidas a él. Por otra parte aquellas cartas decían siempre lo mismo: «Pelayo está ahora donde tu abuelo Máximo»... (¡Claro, el abuelo Máximo estaba muerto! Era una torpe manera de burlar la censura para comunicar a alguien que —Pelayo— estaba muerto. Al principio esto le había indignado. Más tarde hasta dejaba pasar estas cartas). «Pedro tendrá que estar en un Sanatorio por mucho tiempo, según dicen los médicos. Acaso por toda la vida...» (¡Clarísimo!, cadena perpetua. Pero lo dejaba pasar. El, también, era perfectamente desgraciado). Así durante horas y horas. (Odiaba a María Jesús —tan flaca, tan peluda, tan aristocrática— y le molestaba el hígado). Perfectamente desgraciado.

Ahora pegó un salto en la silla. ¿Qué era ésto? Miró la dirección del sobre: «Mr. James Stevens. -1,556, 55 St., Brooklyn, N. Y., U.S.A. ¡Era la carta de un auténtico rojo! ¡Y el muy... descarado ponía su dirección en el reverso del sobre! Tomó apresuradamente unas notas en su libreta. Volvió a leer la carta. Era una larga carta en la que un hombre contaba su vida a otro hombre que vivía al otro lado del mar. Una carta lisa, llena de una humana emoción que no había sabido manifestarse. Detrás de aquellas líneas apretadas se traslucía un hondo dolor, un dolor infinito... Pero la carta era fría y, a veces, ampulosa, y apenas si llegaba a dejar entrever toda la pena con que se había escrito aquella carta, toda la emoción que había guiado aquella mano al escribir aquellas líneas.

Candamín miró la fecha de la carta. Los matasellos eran del 26 de agosto del año anterior; todavía no había sido liberada Asturias. La carta no había podido salir rumbo a su destino entonces y, después de siete meses de estar en cualquier sitio, había ido a parar como correspondencia no censurada a la mesa de Rodrigo Candamín. De Rodrigo Candamín, un hombre inútil y aburrido, señorito provinciano venido a menos, rencoroso y estólido, negador y fanático, que tenía una novia flaca, aristocrática y peluda que se llamaba María Jesús, una lesión en el hígado y seiscientas personas de sueldo. Es decir, el censor número 47.

Llovía sin prisas. Caía una fina lluvia, como tamizada de las nubes bajas y grises. A través de la ventana entreabierta se colaba el viento que olía suavemente a flores. («Ya recordaba aquel mar de mimosas, con sus redondas florecitas amarillas, que olían dulce y tímidamente. Yo ya te he hablado muchas veces de las mimosas, Stevens...»). ¡Pues claro, olía a mimosas! En todo el valle de Cabueñes se habían encendido las mimosas. A Candamín le desagradaba aquel olor. Había algo cálido y fúnebre en aquel perfume, como había algo fúnebre y frío en el aroma metálico de los crisantemos otoñales. Fúnebre; eso era, fúnebre. A veces olía a sí mismo y... ¡olía a muerto! («—Estás muerto, Rodrigo Candamín, es esta España que huele a muertos». ¿Por qué estaba siempre esperando la segunda vuelta?... No podía olvidar a aquellos dos hombres que había matado, en frío, en los primeros días de la revuelta. Junto a las tapias del cementerio. Uno de ellos gritaba desaforadamente y lloraba pidiendo que no lo matasen. Pero al que nunca olvidaría era al otro. El otro murió sin decir palabra. Sin decir palabra y con una sonrisa de infinito desprecio en los labios delgados y fruncidos. Con una extraña sonrisa en los ojillos burlones...)

Rodrigo Candamín se sentía perfectamente desgraciado. («—Entonces era por los primeros días, y estábamos todos tan excitados... Luego no lo hice más»). Abrió su libreta y tachó algo en ella. Por la ventana entreabierta se colaba el fino olor de la lluvia, perfumado por el aroma de las mimosas distantes. («...con sus redondas florecillas amarillas...») Suspiró. (La Puri era como de goma y por la boca le afloraba el esqueleto aquella cosa fría y blanca del esqueleto que armaba aquella goma tibia de la carne que no era ni siquiera vicio: sino res, res de gancho de carnicería...). El hígado le pesaba blandamente, allá lejos. El recuerdo de María Jesús le recorrió la espalda; tendría que llevarla al cine, y aquella misma tarde en que se sentía tan desgraciado... Llenó su pecho de aire («—Sonreía allá en el suelo, despatarrado y ridículo...»). Olía a mimosas. Rompió la carta en menudos pedacitos. Ahora se sentía menos desgraciado y hasta el hígado le pesaba menos.

Por eso Stevens —Jimmy Stevens, de Brooklyn— nunca más supo de José García.

El «Joven Sebastián» —40 toneladas, 14 nudos, 85 pasajeros forzosos— desatracó lenta, trabajosamente del muelle. Al herido le recostaron sobre un rollo de cuerdas sobre el que tiraron una brazada de redes. Quintín se inclinó sobre el moribundo. Un tiro en la barriga. La herida apenas si era un hojalito cárdeno. Le alumbraba Ibarlucea con una linterna sorda. Lo habían vendado toscamente con un girón de sábana. Casi no había sangrado. No tenía orificio de salida. La bala, sin duda, se le había incrustado en el hígado. Pero la hemorragia no debía ser muy grande por cuanto don José todavía estaba vivo. Quintín llevó aparte al sargento Ficiello.

—¿Cuándo lo hirieron? —preguntó.

—Ayer por la mañana, en Villaviciosa. Una bala perdida... Nos habíamos atracado de sidra, como cerdos... ¡El, no; él es un santo! Desde que le mataron al sobrín y el mató al requeté no hacía otra cosa que llorar, cuando no le veíamos. Comenzamos a subir la Grandarrasa... Llevábamos cerca de un mes peleando sin descanso. El viejo no podía consigo. Me decía a cada instante: «—Déjame, soy una carga para tí. Además yo no quiero marchar de esta tierra». Pero yo no podía dejarle allí. Es bueno y noble. ¿No sabe? vendió todo lo que tenía allá, en América, para enviárselo al Gobierno, y vino a pelear con nosotros.

Silencio. Luego, de pronto, chilló:

—¡Todo esto es sucio e injusto!

Apretándose las manos una contra otra soltó una rotunda blasfemia.

Pasaron unos minutos. Siguió hablando:

—Lo cazaron estúpidamente. Salimos tarde del pueblo. Estábamos borrachos... ¡Qué quiere, aquellos era para volverse loco! Lo estábamos. El no se separó de mí. Desde que llegó con Aquilino a la compañía del capitán Cenero intimó conmigo. Bueno, pues salimos por Grandarrasa. Era una mañana azul tranquila... Se oía algún que otro disparo suelto y lejano. De pronto una bala... Yo no sé de dónde vino. Silbó cerca. Don José se había puesto pálido y me miraba con sus ojos asustados. Se tocaba el pecho. De pronto descubrió que la herida era más abajo. Se miró horrorizado las manos manchadas de sangre. «—Creo que me dieron», dijo pobremente. Se desabrochó el pantalón. Estaba asustado y trataba de sonreír. Lo tumbé en la cuneta de la carretera y examiné su herida. Era un agujerito como un culo de pollo... Alguien que huía me dio este trozo de sábana. Le vendé como pude. «—¿Podrá caminar don José?», le pregunté. «—Creo que sí, viejo, me dijo. «—¿Le duele? «—Creo que sí, también, muchacho» me respondió tratando de sonreír. Esto fue a las siete de la mañana de hoy... digo de ayer... Anduvimos como unos tres kilómetros. Pero él apenas si podía caminar a pesar de que yo le ayudaba sujetándolo por debajo de las axilas. Iba poniéndose cenizo. «—¿Duele, don José? «—Es tolerable, muchacho», me dijo. Y se desmayó. Yo no podía abandonar a aquel hombre en aquellas circunstancias. Una hora después logré acomodarle en un carro de refugiados; una carreta llena de sartenes, colchones, manzanas, atados de ropa y niños asustados. Al pie del carro, una mujeruca flaca y aterrada arreaba el caballín del Sueve que tiraba del armatoste. Detrás, iba atada una vaca sumisa y melancólica. ¿A dónde iría aquella mujeruca con todo aquel impedimento? Ni ella misma lo sabía. Huía tan sólo. Unas catorce horas después llegamos a Gijón.

—¿Le hizo alguna cura?

—No, no tuve tiempo. Nadie se la hubiera podido hacer tampoco. Como le dije, a eso de las diez de la noche llegamos a Gijón. Llegando ya a la ciudad, el caballín del Sueve se echó en el suelo y se negó a continuar tirando del carro. Allí dejé a la mujer con todos sus trastos. Tardé tres horas en llegar de Gijón aquí. Tuve que traerlo cargado casi todo el tiempo. A ratos perdía el conocimiento...

Callaron. El «Joven Sebastián» había salido a alta mar. Brillaba en el cielo una luna redonda y amarilla. Los buques que huían navegaban sin luces. Allá lejos ardían los tanques de petróleo furiosamente.

—¡Eh, tú; vira! —gritaron al que iba en el puente— Vas a pasar por ojo a una motora.

Una lanchita salió arreando de entre las sombras y se perdió rápidamente entre la calima. Se apagaban y se encendían los reflectores del «Cervera» en la lejanía. El sargento Ficiello se volvió hacia su compañero y le preguntó con voz que quería ser indiferente:

—Sanará ¿no?

—Está agonizando —respondió Quintín— La bala debe hacerle producido una hemorragia interna no muy grande, pero... Le quedan unas horas de vida. Tengo aquí algo de morfina y la jeringa de inyecciones. Cuando menos no sufrirá.

Los ojos de Ficiello estaban arrasados de lágrimas. —Coño, yo no lloré en toda la guerra y ahora... ¡Me...!

Y blasfemó suciamente.

Se acercaron a donde estaba el herido.

—Duerme, dijo en voz baja un miliciano que estaba asomado sobre la agonía de don José.

Quintín comprobó que dormía y aprovechó la oportunidad para ponerle una inyección de morfina.

Un coronel de Intendencia que iba en el bou había reunido a su alrededor a unos veinte o treinta hombres y, tratando de organizar la defensa del barquito, les hablaba:

—Podemos ser atacados por el «Cervera» y entonces todo estará perdido. Pero el «Cervera» no podrá detener a todos los barcos que están saliendo de «El Musel». Es probable que nos aborde algún bou; pero en ese caso, si tenemos serenidad y decisión, podremos defendernos perfectamente. En cubierta debe haber la menor cantidad posible de hombres a cargo de las ametralladoras y escondidos entre las redes y las cuerdas. Los demás estarán preparados a salir a cubierta tan pronto toque la sirena del barco. Es preciso que los buques enemigos no utilicen el cañoncito que montan a proa. Si nos mandan detenernos obedeceremos hasta que nos aborden. En ese momento vale más utilizar las bombas de mano y la dinamita. ¿Habéis comprendido?

El coronel de Intendencia —pelo cano, ojos duros, abultado abdomen— subía al puente donde ya se encontraba Ibarlucea. De las máquinas se hizo cargo un teniente de Milicias que había sido fogonero en los Altos Hornos de la Fábrica de Mieres. A don José lo subieron a la cabina del patrón donde había dos literas. En la de arriba iba otra herido. En la de abajo colocaron a don José.

Ibarlucea puso proa a Occidente.

—¿Va usted a meternos en boca del lobo? —preguntó el coronel alarmado.

—Al contrario. Todos tratarán de salvarse poniendo rumbo a Francia directamente. Por ahí, a la fuerza, tiene que haber más vigilancia. Vamos a hacer que vamos en dirección contraria. Por lo demás no tenga usted miedo que me equivoque: de aquí a Gran Sol conozco todas las playas del Atlántico, pues navegué en una pareja antes de hacer cabotaje.

El bou, las luces apagadas, navegaba calmosamente, con una desesperante lentitud, mientras trataba de levantar presión en sus calderas. A unos ochenta metros de distancia les cruzó otro barquito de pesca que venía desolado. Alguien les advirtió con megáfono desde la oscuridad.

¡Barcos enemigos por poniente! ¡Cuidado, compañeros; váis de hocico contra ellos!

Allá a lo lejos los reflectores del «Cervera» palpaban las sombras. Cuando descubría un fugitivo la paralizaba con sus antenas de luz. Inmediatamente despachaba para allá a un bou a hacerse cargo de la presa.

Ibarlucea cambió el rumbo del navío. Estaban la altura de Perlora y puso proa al noroeste. De pronto, en las sombras, se espesó otra sombra larga y alta. ¿Un barco de guerra?... Por el tamaño, un crucero. Esperaron el ataque. De pronto encendió todas las luces. Parecía un transatlántico. No disparó. Probablemente era un crucero inglés. El «Joven Sebastián», que iba enfilado hacia él, dio una brusca virada. Cuantas veces trató el bou de poner rumbo a oeste, el barco enemigo se le puso en su camino. Unas horas después, inesperadamente, dio vuelta y desapareció a toda velocidad entre las sombras lechosas de la amanecida.

Navegaron durante todo el día hacia el norte. Luego Ibarlucea puso proa al este. El barco remoloneaba. Encontraron varias parejas de pesca que huían de ellos en cuanto lo divisaban. Trataron de parar a varias de aquellos barquitos franceses para que les vendieran algo de pescado y agua pues no llevaban víveres y los tanques estaban menos que mediados. Pero no se dejaban dar alcance.

En la angosta cabina del patrón, José García agonizaba.

Murió al anochecer del segundo día de viaje. Una hora antes de acabar pareció recobrar el conocimiento y cogió una mano de Ficiello entre las suyas.

—Eres un buen chico —le dijo— (En sus ojos brillaba una sonrisa húmeda). Pero ahora tiene que terminar tu buena obra. Quiero que me echéis al mar, ¿me entiendes?, envuelto en la bandera del barco.

Y ante un gesto de Ficiello interrumpió:

—Yo soy un hombre, no un niño. Esto se acabó; lo sé. Agradezco esa mentira piadosa que ibas a decirme, pero no la necesito.

Luego volvió a perder el conocimiento. Durante un rato pronunció palabras inglesas, soñando. Se despertó sobresaltado a la media hora escasa.

—¿Qué hora es?... No llegaremos nunca... ¡nunca! Este mar tan grande... ¡es terrible! Echedme al mar...

Resoplaba tenuemente, apagándose.

—¡Quilo! —dijo en voz baja, como suspirando.

Horas después lo sacaron a cubierta. Conforme a sus deseos lo envolvieron en la sucia y rota bandera del barco. Le amarraron dos trípodes de ametralladora a las piernas. Lo volcaron al mar.

Al atardecer de la tercera singladura entraba el barco en la rada de Douarnenez. Alegres campanas cantaban en las blancas iglesias de las lomas. Eran ochenta y cuatro hombres que huían.



España, Aparta de mí Este Caliz

Por César Vallejo

Niños del mundo,
si cae España —digo, es un decir—
si cae
del cielo abajo su antebrazo que asen,
en cabestro, dos láminas terrestres;
niños, ¡qué edad la de las sienes cóncavas!
¡qué temprano en el sol lo que os decía!
¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano!
¡qué viejo vuestro 2 en el cuaderno!

Niños del mundo, está
la madre España con su vientre a cuestas!
está nuestra maestra con sus férulas,
está madre y maestra,
cruz y madera, porque os dió la altura,
vértigo y división y suma, niños;
¡está con ella, padres procesales!

Si cae —digo, es un decir— si cae
España, de la tierra para abajo,
niños, ¡cómo vais a cesar de crecer!
¡cómo va a castigar el año al mes!
¡Cómo van a quedarse en diez los dientes,
en palote el diptongo, la medalla en llanto!
¡Cómo va el corderillo a continuar
atado por la pata al gran tintero!
¡Cómo vais a bajar las gradas del alfabeto
hasta la letra en que nació la pena!

Niños,
hijos de los guerreros, entretanto,
bajad la voz que España está ahora mismo repartiendo
la energía entre el reino animal,
las florecillas, los cometas y los hombres.
Bajad la voz que está
con su rigor, que es grande, sin saber
qué hacer, y está en su mano
la calavera hablando y habla y habla,
la calavera, aquélla de la trenza,
la calavera, aquélla de la vida!

Bajad la voz, os digo;
bajad la voz, el canto de las sílabas, el llanto
de la materia y el rumor menor de las pirámides, y aún
el de las sienes que andan con dos piedras!
Bajad el aliento, y si
el antebrazo baja,
si las férulas suenan, si es la noche,
si el cielo cabe en dos limbos terrestres,
si hay ruido en el sonido de las puertas,
si tardo,
si no veis a nadie, si os asustan
los lápices sin punta, si la madre
España cae —digo, es un decir—
¡salid niños del mundo; id a buscarla!

POEMA SIN TITULO

La cólera que quiebra al hombre en niños,
que quiebra al niño, en pájaros iguales,
y al pájaro, después, en huevecillos;
la cólera del pobre
tiene un aceite contra dos vinagres.

La cólera que al árbol quiebra en hojas,
a la hoja en botones desiguales
y al botón, en ranuras telescópicas;
la cólera del pobre
tiene dos ríos contra muchos mares.

La cólera que quiebra al bien en dudas,
a la duda, en tres arcos semejantes
y al arco, luego, en tumbas imprevistas;
la cólera del pobre
tiene un acero contra dos puñales.

La cólera que quiebra al alma en cuerpos,
al cuerpo en órganos desemejantes
y al órgano, en octavos pensamientos;
la cólera del pobre
tiene un fuego central contra dos cráteres.

París, 26 de octubre de 1937

EL BUEYON

Por Miguel Angel Asturias

Miguel Angel Asturias es el más importante novelista de la América Latina. Es probable que otros (Borges, por ejemplo) sean mejores escritores, pero "El señor Presidente" es una de esas novelas nuestras que definitivamente quedará. "Weekend en Guatemala" es un precioso documento sobre la aplastada revolución guatemalteca. De aquí este relato: en él está esa fuerza goyesca que hace de Asturias un escritor brutal y hermoso.

Se le endurecía la boca de silencio y sólo remoliendo los molares sentía la existencia de sus dientes en la sala donde la única visita muda era su lengua. Afilarse las garras y los dientes rechinándolos. Afilarse los ojos, negros de rabia, parpadeando. Los párpados pesados como mollejones por el sueño y el cansancio. Podía ocurrir lo peor y por momentos se pasaba el envés de la mano por la frente, mientras se le llenaban las orejas, grandes y peludas, de un aldodonoso rumor de agua molida en la rueda del trapichón, bagazo de la espuma que plateaba sobre los maderos tranqueantes. La Calduna, su mujer, esperaba oírlo hablar, sentada a su lado en una grada del puente, el puente grande que en verano era sobrado para tan poco río y en invierno, cuando bajaban las crecientes, temblaba como un insecto con todo y ser de hierro. La Calduna no lo miraba. Lo tenía cerca, para qué lo iba a estar mirando. Algo de hablar era lo que hacía falta. Entrecerrados los ojos llorosos, pensaba en sus hijos, Anacleto y Serapito, que ayer anocheciendo se metieron en el monte, para no caer en manos de unos soldados que no eran de allí con ellos, que a saber de dónde eran. El que caía en sus manos lo fusilaban, sin preguntarle ni su nombre. Sólo su nombre, el Bueyón, se había quedado de voluntarioso que era. Pero desde que amaneció ella anduvo rondándolo para que se fuera lo antes posible. Se tronaba los dedos, cambiaba de postura junto a él, suspiraba. No se aguantó:

—[illegible] listo... —comenzó di[illegible]do, y efectivamente del rancho no quedaban más que las paredes, el techo y el suelo de tierra. —Ya todo está listo, ya todo lo envolví y lo eché al canasto, y las tujas en ese medio tanate es que van.

El Bueyón, de suyo manso, estaba cambiado. Otra naturaleza. Otra yerba. La bañó con una mirada de odio, de odio de bruto que va a golpear a un ser indefenso, sólo porque no le comprende, porque no le adivina su pensamiento.

—Sos padre, tata, tenés tus hijos, y eso no puede ser...

—¿Y qué adivinás, vos metida?

—Nada, tanta, pero de corazonada sé que estás en mucho peligro y lo debido es agarrar para el monte...

—No estoy en ningún peligro...

—Y qué cuidas allí, pues...

No le contestó. Conformóse con apoyar la mano derecha en un piedrón y de un salto ponerse de pie, empinarse y otear el horizonte, por el lado en que se apachurraban los cerros dejando a la vista un vallecito.

—¡Ay, qué boba! —se dijo para cambiar de tema— por salir tan de prisa, estaba olvidando los tomates...

Y corrió hacia el rancho. En la parte de atrás había formado una hortaliza y sembrado árboles frutales.

Le calentaba la cara el llanto. Como en sus manos, los tomates, pesaban en sus mejillas los lagrimones. No comprendía por qué, pero sabía que ya no eran dueños de la tierra que les regaló el gobierno. El gobierno de ellos, les hizo el favor de la tierra, pero otros soldados, sin más ley que la fuerza, se la quitaban.

Un gran frío le subió a la cabeza, de la nuca a la frente, entre el pelo, como si le hubieran echado agua de granizo, al paseársele de una sien a otra el pensamiento de que le fuera a pasar algo a su hombre o sus hijos. Apuró lo que tenía que hacer y con los dedos cosquillosos de pena sacó un machete que Anacleto, su hijo, había dejado escondido, para trozarles las raíces a los árboles frutales recién plantados.

—¡Que me perdone Dios! —decía con voz temblorosa— pero ¿por qué vamos a



dejar al rico lo que no le costó? ¡Más vale, vale más que estos naranjalitos jamás endulcen el gaznate de tanto maldito! De haber sabido que se iba a volver a quedar con todo sembramos veneno...

Bueyón no la veía destruir los arbolitos, las hojas y sus lágrimas caían, absorto junto al puente en quién sabe qué pensamientos, velando algún misterio, algo que iba a suceder.

—Y veneno es lo que mejor se daría en tierras tan sufridas, tan regadas de sudor de gente pobre, para engordar la bolsa del patrón... Tan sudridas... tan... tan... tan...

Y a cada «tan», el machete entraba y salía de las raíces de los arbolitos, ya algunos injertados, y los hería de muerte...

—Tras cuidarme tanto de las heladas que hasta trapos me envolvían como a cristiano —se dirá esta mata de naranja sin semilla—, ahora me están dando de machetazos...

Se rió. Todos sus dientes brillaron en su cara morena, retostada, rojinegra. Pero con risa amarga, sin cascabel, risa de dientes que quisieran morder, despedazar...

Se acongojaba a solas, a solas y con todo, porque todo tenía congoja. Al sudor de su faena destructora, ya el sol bien alto, se le mezclaba el llanto, agua baldía y ruin que, por salobre es triste. El llanto nunca puede ser alegre. Y, sin embargo, aquella vez, cuando les vinieron a entregar las tierras con todo y el título lloró de alegría, sí, de alegría, del gusto que le inflaba el pecho y la llevaba a juntar las palmas de sus manos para aplaudir, mientrs le daba infinitas gracias a Dios, a la Virgen del Rosario y a San Mateo, de que les hubieran regalado su tierrecita.

¿Y el Bueyón?

Seguía que sentado, que parado, que empinándose, alerta a quien sabe qué misterio.

El sol empezaba a quemar. Las iguanas se ampollaban, en los troncos, entre la luz y la sombra de arboledas de ramajes que bajaban, con sed de tierra adentro, a lamer las arenas del río.

De repente, ¡Santo Dios!, un ruido de retumbo se oyó muy lejos. En seguida reinó silencio. La Caiduna del susto botó el machete. Y no tuvo tiempo de recogerlo. Otro inmenso retumbo más cercano. Corrió a guarecerse a la casa vacía. ¿Tempestad en seco? ¿Terremoto en el cielo?

Desde la casa asomó para ver al Bueyón. Naiqué seguía en su puesto, inmóvil, firme, apenas si a cada retumbo se quitaba el sombrero y se rascaba la cabeza con el mango el machete para no soltarlo ni mientras se rascaba.

El agua, espumas y cristalerías, ajena a lo que pasaba, seguía saltando con su cantar alegre, por los dientes de la rueda del molino del trapichón, por momentos en largas madejas líquidas que fluían y se desparramaban en burbujas y brillantes, para en seguida, después del ronco tranqueo de la rueda, producir un ruido de torrente hacia abajo, agua que nuevos dientes tomaban para cortar aquel momentáneo desplomarse de hondas lluvias y convertirlo en cantarino choque de superficies rodantes, entre espumarajos y retazos de arco iris.

Un momento más y todo había desaparecido. La Caiduna lo vio desde la casa. Se quedó tocándose los ojos, para saber si los tenía, si tenía ojos, para ver aquello que ya no veía. Las pepitas, los párpados, las cejas...

Todo había desaparecido, el molino, la rueda, el puente y su hombre. Se aterrorizó, flojas las piernas, bascosa la boca, hecho un nudo el estómago. ¿Dónde estaba el Bueyón? Del sitio en que acababa de verlo, antes del último gran retumbo, no quedaba nada, un medio derrumbe hacia el río que se esforzaba por cubrir con el agua de su corriente, los escombros del puente que intentaban atajarlo.

Y arriba, arriba, arriba, una inmensa sombra con alas y un rugir del animal de fierro, que apenas se vio pasar.

La Caiduna salió del rancho, enloquecida de susto y de congoja. Por entre los árboles quemados, las piedras derrumbadas, los bastiones caídos del puente, se abría camino sin saber por dónde dirigir sus pasos, buscando, indagando con los ojos anhelantes y suspenso el aliento, algún indicio, algún trapo, algo que le indicara dónde había ido a caer el Bueyón.

Atardeció, vino la noche y ella sin encontrar rastro. En lo negado de la tiniebla, por donde tantás veces antes, mientras escaseaba la luz, había pasado mirando con los ojos casi de fuera, volvía ahora en la oscuridad tanteando como ciega, llamándole, gritándole:

—¡Naiqué Bueyón Cuyqué!... —le decía todo su nombre—. ¡Naiqué Bueyón Cuyqué!

Los sapos, las ranas, los grillos, las piedras y arenas que sus pasos tontos de cansancio hacían caer al fondo, parecían ir repitiendo, ecos hechos guijarros. ¡Naiqué Bueyón Cuyqué!... o más sólo... ¡Naiqué Cuyqué!... ¡Naiqué Cuyqué!... Su verdadero nombre, porque lo de Bueyón se lo pusieron en el cuartel cuando hizo su servicio militar, por fuerzudo y por bueno.

Se le secaban las lágrimas en las mejillas como restos de tripas heladas. La niebla del amanecer le ahuecaba la cara. Ni sus hijos, Anacleto y Serapito, perdidos en el monte, ni su hombre, ni sus siembras. Sólo la casa vacía y ella. Y nadie sabe cómo vivió esos días.

Del monte, cuando andan huidos, vuelven los hombres, flacos, fatigados, ausentes, barbudos, haraposos, pero vuelven; sólo de la muerte no se regresa... Hablar... Para qué hablar... Del monte vuelven los hombres... Y ahora ya hay nietos. Hijos de los hijos diz que no son puros nietos, pero qué sabe la gente... ¡Son sus nietos, puros nietos, pues se parecen, en vivo retrato, al abuelo! Del monte vuelven los hombres, sólo de la muerte no se regresa... Y no pudo recoger ni un trapo del Bueyón, nada, igual que si nunca hubiera existido.

—Cuente, Nana Caida...

—¡Ah, fue una vez, una vez fuimos ricos, nos hicieron ricos, había un Gobierno que hacía ricas a las gentes regalándoles tierras! ¿Oyen ustedes? Nosotros no lo estábamos pidiendo... Llamaron a su abuelo, Naique Cuyqué, a la plaza del pueblo y allí, bajo una enramada, yo fui con él, como si fuera hoy lo estoy viendo... El abuelo de ustedes era fuerzudazo y bueno como el pan de maíz... Pero lo que se llama bueno... Bajo la enramada, en la plaza, había mucha gente de la ciudad y uno de ellos tomó la palabra, habló mucho y muchas cosas de las que dijo no entendimos. Lo puro cierto es que no habló en balde, porque al final nos entregó un título de la tierra de que nos hacía propietarios, dueños, propiamente dueños, propietarios de tierra propia...

—Es como un sueño, Nana Caida —observó la nieta que ya iba a la escuela.

—Debe estar en la historia...

—No, eso no está...

—Entonces, m'hija, lo quitaron. No ponen lo que no les conviene. Pero como se los estoy contando sucedió.

—Y por algo, verdad abuelita, la «Profe» dice que la historia es como una anciana que ha visto muchas cosas...

—Cuando dice la verdad, porque los viejos, como la historia, que comparan con una vieja, también se vuelve mentirosa. No porque yo les esté mintiendo en esto que les cuento, y que de veras, de veras sucedió, repartían la tierra a los pobres.

—¿Aquí?

—Sí, aquí... ¡Ah, si ustedes nos hubieran visto cuando volvimos del pueblo con los títulos de propietarios! Con decirles que como en tres noches no dormimos... A mí se me aflojaron las coyunturas del susto... ¡Ay!, pero cuando se comenzó a trabajar, cuando el abuelo se arremangó la camisa y se puso a disponer.

—Y esas tierras, abuela, dónde quedan...

—Quedaban, porque se volvieron como tierra de otra parte, de otra tierra, tal maldición les cayó...

—Se las volvieron a quitar los ricos...

Después de un largo silencio y de parpadear lentamente, decía la Caiduna, canosa y arrugada, juntando los labios para pronunciar mejor las palabras:

—Ni para ellos ni para nosotros, para devolverlas a los gringos, a gente de otra parte... Para eso nos tiraron bombas del cielo...

—Fue entonces que ya no se supo más de abuelito...

—Entonces... Mis hijos han pasado por allí. Sólo chivirisco y espina se ven por todos lados. Yo no lo imagino así. Lo miro como era, como lo vi, antes que el avión de los gringos acabara con todo en un decir amén, con el molino, con el puente, con el Bueyón... con todo... Carne —entredeciase para entenderse ella sola—, carnecita verde antojaban los terrenitos... Carne de esta nuestra, como ustedes, porque la tierra propia es carne de uno, es un poco la madre que se vuelve hija cuando el hijo crece.

—¿Y para qué se la quitaron, si no la siembran?

—Para tenerla en propiedad y nada más... Es lo que quieren los extranjeros, que nos arruinemos, que nos arruinemos todos con las tierras ociosas, para seguir siendo ellos dueños de nuestra miseria, de nuestra ruina, de nuestra pobreza...

—¡Fue un sueño, Nana Caida!

—Sí, un sueño que como fuego prendido en el descampado, se apagó pronto.

—Pero volverá a prender...

—¡Muchacha!

—Así dice la «Profe». Un incendio que lo va a quemar todo, porque han quedado las chispas volando y las ideas no se apagan.

La Caiduna calló. Acariciaba en su regazo la cabecita de su nieta Agustina, diciéndole al oído:

—Y todo eso lo repite usted como lorito...

Otros pensamientos la devoraban. Los hombres también regresan de la muerte. Un incendio que lo queme todo y haga volver la tierra a las manos de sus dueños más legítimos, los hijos del país, señalará el regreso de los que como Naiqué Bueyón Cuyqué murieron o desaparecieron víctimas de los gringos que los bombardearon desde el cielo, y entonces se verá, entre la alegría del pueblo, el símbolo de sus penachos de plumajes humeantes.



PARTICIONES DE BOLIVIA

Bolivia ha sido desmembrada por sus vecinos. Perdió Antofagasta —y la salida al mar— en 1879, a manos de Chile. A principios del siglo XX, Brasil le quitó el rico territorio cauchero de Acre. En 1935 Paraguay se quedó con el Chaco.

Fracasa una Revolución

Por Adrián García Hernández

Adrián García-Hernández es un joven estudiante cubano de filosofía y sociología. El año pasado visitó a Bolivia y allí conoció de cerca a los líderes de la Revolución y otras figuras de la realidad boliviana. Este trabajo es el resultado de aquel viaje.

"Lunes de REVOLUCION" no limita su opinión a las dadas aquí por el autor y publicará cualquiera otra interpretación del fenómeno boliviano que tengan la suficiente ilación y autoridad.

Mientras la dictadura de Batista cumplía su primer mes de existencia, apoyada desde el Consejo Consultivo por la «derecha» cubana, la Revolución llegaba al poder en Bolivia.

Cinco días —la Semana Santa del 52— de i pesantes y sangrientos combates en las calle de La Paz y Oruro, donde los mineros boliv anos desempeñaron un papel decisivo, abri: on al Movimiento Nacionalista Revolu-



EL ESTAÑO

El imperialismo norteamericano saboteó —desde fuera y desde el interior del país— la producción estañífera boliviana. El objetivo era evidente: proveer al fracaso y el desprestigio de las minas nacionalizadas

cionario (M.N.R.) el camino del poder. El año anterior, una Junta Militar —presidida por el general Ballivián— había escamoteado el triunfo a Víctor Paz Estenssoro, candidato del MNR e indiscutible ganador de las elecciones. Dispersos los miembros de la Junta en las Embajadas de La Paz, destrozado el Ejército regular por la acción del pueblo en armas, el gobierno de Paz Estenssoro comenzó a desarrollar el programa de la Revolución. Sobre este gobierno ejercían presión dos fuerzas contrapuestas: el Departamento de Estado norteamericano, a través de su Embajada en La Paz, y la Confederación Obrera Boliviana (COB), cuyo secretario general era Juan Lechín y en la cual estaban representadas las tres tendencias principales dentro del movimiento obrero: «movimientistas», comunistas y trotskistas (del Partido Obrero Revolucionario). Al fondo, pesando cada vez más gravemente sobre el destino y las posibilidades de la Revolución, la situación económica —es decir, el precio del estaño en el mercado mundial y sobre todo, la demanda norteamericana del mineral— empeoraba rápida y continuamente.

El MNR fue, en su origen, un partido de ex combatientes, intensamente penetrado por la experiencia y la conciencia, los sufrimientos y el coraje, en suma, el «mito» de los hombres que pelearon en el Chaco. En 1941, «hombres jóvenes que casi todos por su situación económica correspondían a la modesta clase media», según dice uno de ellos, el escritor Augusto Céspedes (1), veteranos de la Guerra del Chaco (julio de 1932 a junio de 1935), fundaron el MNR bajo la dirección intelectual de Carlos Montenegro.

La guerra del Chaco —último episodio de una larga serie de atropellos que hicieron perder a Bolivia casi un millón de kilómetros cuadrados y su litoral sobre el Pacífico, dejándola confinada en el Altiplano— es la coyuntura decisiva de su historia en este siglo. Expresa y refleja, de una manera culminante, toda la deplorable situación del país, la explotación de la Gran Minería y de los terratenientes feudales, la sistemática traición de los «políticos» al servicio de la Oligarquía y del capital extranjero, la miseria abrumadora del pueblo.

LA GUERRA DEL CHACO

En julio de 1932, Bolivia entró en guerra con el Paraguay por la posesión del Chaco, que había sido, durante largos años, territorio en disputa. Ahora el litigio se convertía en guerra por la aparición de un nuevo factor que alteraba el estado anterior de cosas: el petróleo. La Standard Oil, única concesionaria de los yacimientos del sudeste boliviano, y la Royal Dutch Shell, que se apoyaba en el Paraguay, y en última instancia en la Argentina, enconaron el conflicto de los dos países. La guerra del Chaco fue un encuentro entre el imperialismo americano y el británico dirimido por los Ejércitos de Bolivia y Paraguay. Lo que estaba en juego era el petróleo del Oriente boliviano y sobre todo, el presunto petróleo del Chaco. Durante tres años, bolivianos y paraguayos se batieron en el horrible calor del desierto, murieron de sed en los «corralitos» y malgastaron su capacidad de sacrificio, sirviendo los intereses de esa inexorable pero inasible realidad que es la Especulación. La Royal Dutch utilizó al Paraguay, a través de la Argentina —sometida entonces por completo al imperialismo inglés— para conquistar los supuestos yacimientos del Chaco. La Standard animó la agresividad boliviana en defensa y ampliación de sus concesiones.

Cuando terminó la matanza, Bolivia estaba derrotada, había perdido territorio, pero en su Ejército se destacaba una oficialidad joven —de la que saldrían Busch y Villarroel— ligada a los grupos civiles nacionalistas y de «izquierda» que habían apoyado a los gobiernos más o menos «populares» de Bautista Saavedra y Hernando Siles (1920-30). En efecto, la subida al poder de Saavedra en el 20 marcó el fin de la antigua camarilla política «liberal» al servicio de la Oligarquía del estaño, de la Rosca. Pues desde el comienzo del siglo, los políticos del Partido Liberal habían protegido escrupulosamente los intereses de las grandes empresas del estaño, particularmente los de Patiño. «No obstante la magnitud que alcanzaron las exportaciones y las enormes fortunas privadas que se hicieron en Bolivia durante los años de la guerra (se trata de la Primera Guerra Mundial), el Estado no obtuvo, proporcionalmente, las rentas que necesitaba para hacer frente a gastos crecientes. Como consecuencia de la liberalidad en la política económica, todo el beneficio fue para los exportadores que, desde entonces, adquirieron el control total de la vida económica y política del país» (2)..

Sin embargo, con los gobiernos Saavedra y Siles, la oligarquía del estaño perdió los servicios de los sumisos políticos «liberales». «Fue recién en el año 1923, bajo el gobierno del Presidente Saavedra, cuando se dictaron leyes que establecían un impuesto progresivo a las utilidades mineras y que regulaban las relaciones entre empleadores y trabajadores.

(1).—«El Dictador Suicida» (40 años de historia de Bolivia) por Augusto Céspedes. Santiago de Chile, 1956.

(2).—«Bolivia» por Víctor Paz Estenssoro, en «Pensamiento Económico Latinoamericano», Fondo de Cultura Económica, México, 1945.

En los años de 1926 a 1929 también fueron sancionadas leyes proteccionistas especiales para la manufactura de tejidos de algodón y de lana, molinos harineros y otras pequeñas industrias» (3). Saavedra —como Belzu ochenta años antes— contaba con el apoyo de las grandes masas «cholas» —mestizas— de las ciudades. En general, los nuevos equipos gobernantes, «saavedristas» y «nacionalistas silistas», representaban a la pequeña burguesía urbana y a lo que pudiéramos considerar un germen de «burguesía nacional»: pequeños mineros, pequeños industriales, etc., Pero no supieron —o no quisieron— hacer uso del poder político y del respaldo de masas de que disfrutaban —especialmente Saavedra— para atacar al Super-estado minero en la base material de su influencia y desenvolver un programa serio de desarrollo económico. Por el contrario, ofrecieron facilidades para la penetración del imperialismo norteamericano, en sustitución del británico, declinante ya en América Latina. La transformación de la empresa de Simón I. Patiño en la «Patiño Mines Consolidated Enterprise incorporated» coincidió con la increíble concesión a la Standard Oil de todos los yacimientos disponibles del país.

A pesar de la demagogia y el radicalismo verbal de estos gobiernos, la situación del pueblo boliviano no salió sustancialmente alterada de la década del 20. Las condiciones de trabajo y de vida en las minas eran atroces, los salarios no llegaban jamás a cubrir las necesidades **mínimas** de los trabajadores y las huelgas terminaban casi siempre por violentas represiones. El Estado disparaba sobre los mineros en defensa de los intereses de Patiño, Aramayo y —un poco después— Hochschild. Las relaciones sociales en el campo prolongaban el feudalismo de la colonia. Los campesinos, los indios, eran vendidos con la tierra, como los siervos de la gleba en la Edad Media. No recibían salario alguno —vivían al margen de la economía monetaria— y obtenían el mero sustento de diversas maneras, por partición de la cosecha, por el derecho a cultivar un pequeño lote en beneficio propio a cambio de trabajar las tierras del señor, o dividiendo la semana, algunos días de labor —los menos— para sí mismos y los demás para el propietario de la hacienda. Las sublevaciones campesinas eran, naturalmente, muy frecuentes y siempre fueron aplastadas con la máxima crueldad por las autoridades militares —que no limitaban su devoción a los barones del estaño, sino que la extendían, muy diligentemente, a los grandes señores feudales del interior.

Todo esto explica el atraso del pueblo, la inexistencia de un mercado interior, la falta casi total de desarrollo industrial, el estancamiento de la agricultura, el analfabetismo —80 por ciento de la población— y la miseria general del país.

() .—Víctor Paz Estenssoro, op. cit.

VILLARROEL EN MANOS DEL PUEBLO
El pueblo le hizo pagar salvajemente sus culpas.

Después del fracaso militar —que asumía las proporciones de una gran humillación nacional— se impuso el ajuste de cuentas. El Ejército, única fuerza organizada que quedaba en el país, se hizo cargo del poder, aliado con los remanentes del «saavedrismo» y sobre todo, con los jóvenes izquierdistas, procedentes del «silismo», que se agruparon en la Confederación Socialista Boliviana. La influencia de estos intelectuales nacionalistas y anti-imperialistas determinó dos importantes medidas, tomadas, respectivamente, por los gobiernos del general Toro y de Germán Busch: la nacionalización del petróleo, es decir la creación de «Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos», organismo estatal a cargo de la explotación del combustible y el desahucio de la Standard Oil de sus concesiones en el sur de Bolivia, y el decreto de 7 de junio de 1939 que «obligaba a los exportadores de mineral a concentrar en el Banco Central el 100 por ciento de sus divisas extranjeras, debiendo rendir cuentas de sus gastos en el exterior y vender todo el remanente al Banco» (4) y establecía un impuesto mínimo del 25 por ciento sobre la utilidad bruta.

En realidad, los intelectuales «nacionalistas» no hacían más que reflejar —y concretar— la enorme indignación de las masas, que habían sido movilizadas, que ahora estaban armadas y constituían el Ejército nacional, contra la Standard Oil y contra los grandes empresarios del estaño. La Standard Oil había exportado combustible a la Argentina durante toda la guerra del Chaco, a través de un oleoducto clandestino, mientras negaba al gobierno boliviano que tuviera pozos en producción De este modo, la Argentina podía vender petróleo boliviano al Paraguay, al tiempo que Bolivia debía comprarlo en Perú y Venezuela. Por otra parte, los grandes mineros eran los explotadores tradicionales del pueblo del Altiplano. El metal había cambiado —de la plata al estaño— pero la opresión seguía sustancialmente idéntica. Ante el pueblo, armado por primera vez en más de cien años —desde las «guerrillas» de 1815—, se hacía claramente visible su enemigo fundamental: el imperialismo, norteamericano —la Standard Oil— o británico— no hay que olvidar que la «Patiño Mines», a pesar del cambio de nombre y de sede (Delaware), continuaba siendo una empresa dominada por capital europeo, principalmente inglés, y la mayor parte del estaño boliviano, hasta 1941, se dirigía al mercado británico.

Junto a estas decisiones, los gobiernos militares tomaron otras providencias francamente desfavorables para el país —por ejemplo, el tratado de 1938 entre Brasil y Bolivia, que entregaba al primero una vasta concesión petrolera en el Oriente boliviano a cambio de la promesa de construir un ferrocarril **para el transporte del petróleo**— y después del suicidio de Busch, el movimiento de reivindicación popular y nacional que había **surgido de la guerra encontró el poder ocupado por gobernantes enteramente sometidos** a los intereses de la Gran Minería, los latifundistas feudales y el imperialismo norteamericano. No se trata, desde luego, de que la muerte del hombre Germán Busch haya podido «detener» el proceso histórico. En realidad, no se daban, en aquel momento, las condiciones necesarias para un desarrollo consecuentemente revolucionario. El pueblo carecía de instrumentos para llevar adelante la Revolución y hacerla triunfar. El movimiento sindical apenas comenzaba a cobrar efectiva fuerza y no existía ningún Partido político capaz de expresar los intereses de las masas trabajadoras ni de organizarlas para la acción. Basta pensar que no había siquiera un Partido serio que representara los puntos de vista de la pequeña burguesía nacionalista. Además, el atraso de los campesinos, separados del resto de la nación por el idioma —no hablan castellano sino quechua o aymara—, hacía aún menos favorable la situación. «El «instrumento» revolucionario había sido, durante un tiempo y con grandes inconsecuencias, el Ejército, momentáneamente radicalizado en la inmediata posguerra, pero que conservaba su organización tradicional y sus cuadros dirigentes reaccionarios u oportunistas. En tales circunstancias, el porvenir de Bolivia no habría podido ser muy diferente. La muerte o la supervivencia de Busch hubieran adelantado o retrasado el desenlace, pero no podían evitarlo del todo.

(4).—Augusto Céspedes, op. cit.

Sin embargo, el empuje popular no desapareció, ni mucho menos: se desvió por otros caminos. Entre 1938 y 1941 surgen tres partidos que vienen a sustituir a los «tradicionales» —Liberal, Republicano y «Socialista». Primero aparece la Falange Socialista Boliviana—, de iguales tendencias que su modelo español y cuyo arraigo entre los jóvenes de la burguesía acomodada de La Paz puede comprobarse en los retretes de los «buenos» colegios de la ciudad.

Después, el Partido de la Izquierda Revolucionaria, y por último, según hemos dicho, el MNR.

LA NUEVA POLITICA

El primero de los principios básicos del MNR, de acuerdo con sus Bases de 1942, es la lucha contra «la democracia entreguista». Esto sólo se comprende bien a la luz de la «teoría política» del Movimiento, el «nacionalismo revolucionario», doctrina que Carlos Montenegro expone y defiende en su libro «Nacionalismo y Coloniaje». La idea central de este pensamiento la expresa Augusto Céspedes en los siguientes —y muy notables— términos: «Partiendo de los valores nativos, la tierra y el pueblo (Volk und Vaterland, nada menos), el MNR se fijó una meta que es la Revolución Nacional, ya que **la nación es límite de la posibilidad**, es decir, **de la realidad política**. El trotskoresco-stalinismo desdeña esta realidad, en obsequio a su **concepto prefabricado de «clase»**. (5) Estas deliciosas afirmaciones casi se comentan solas, si bien es fácil destinguir en ellas la relación con el fascismo y con la pseudodoctrina aprista. Los teóricos del MNR han desdeñado siempre, con razón, la pedantería y la ineficacia del aprismo. Pero es innegable que sintieron, poderosamente, la atracción del fascismo.

Como, además, consideraban a la nación «el límite de la realidad política», nada les impidió apoyar el régimen anti-rosquero, anti-patiñista, anti-yanki y pro-nazi de Gualberto Villarroel. En esta etapa inicial, el MNR estaba dominado por su «ala derecha», los trabajadores —que después serían su fuerza principal— apenas se acercaban a sus filas. Es muy significativo que la Falange Socialista coincidiera con el MNR en el común apoyo a Villarroel. Una deficiente comprensión de la lucha entre fascismo y antifascismo condujo al MNR a una posición insostenible y sobre todo, innecesaria. Después de algunos ataques a la oligarquía del estaño y de unos cuantos fusilamientos —por demás, merecidos— a raíz de la sublevación de Oruro, Villarroel fue derrocado y su cadáver colgado de un farol en la Plaza Murillo de la Paz, ante el Palacio Presidencial. En la práctica, no había tomado ninguna medida realmente revolucionaria: ni nacionalización de las minas, ni voto universal —en Bolivia sólo tenían derecho al sufragio quiénes sabían leer y escribir, esto es, el 20 por ciento de la población— ni Reforma Agraria.

La restauración de la «democracia entreguista» (1946-52) es uno de los períodos más lamentables de la historia boliviana. La Presidencia de la República estuvo en manos de dos personajes de infamia extremada, Enrique Herzog, que desfiló en una manifestación de duelo por la muerte del viejo Simón I. Patiño y Mamerto Urriolagoitia, quien dió paso a la Junta Militar cuando en 1951 Víctor Paz Estenssoro ganó las elecciones generales de mayo.

En esta etapa la Gran Minería y el imperialismo americano ejercieron un absoluto control sobre el país. El 27 de junio de 1949, los tres grandes mineros —Patiño, Aramayo, Hochschild— presentaron un memorial o pliego de demandas al Presidente de la República. Pedían toda clase de ventajas económicas condiciones favorabilísimas para la venta de divisas al Banco Central, rebaja de impuestos, «estabilización» de los salarios —y políticas— derecho al despido arbitrario de trabajadores, «reorganización» de los sindica-

(5).—Augusto Céspedes, op. cit.

tos, «protección» policíaca contra los «agitadores comunistas» que deberían ser «retirados» —¿del trabajo o de la existencia?— «tan pronto como la administración de las empresas los identifique». De lo contrario, si no se aplicaba esta política de miseria y represión, «la producción declinaría».

El gobierno «democrático», amigo de los EE.UU., aceptó fervorosamente el chantage. Entre el mes de octubre de 1949 y el de junio del 51, el Estado boliviano da cumplimiento a todos y cada uno de los requerimientos de la Gran Minería. En octubre del 50 ha disminuído ya la proporción de divisas que deben entregar los exportadores al 41.35 por ciento, desandando vergonzosamente el camino abierto por Busch. En mayo del mismo año, disuelve los sindicatos, los recompone arbitrariamente e implanta un régimen de terror en las minas. (6).

Estas medidas no sirven, desde luego, para detener o compensar la caída del precio del estaño y la reducción progresiva de la demanda norteamericana, que se dirige sistemáticamente hacia el mercado asiático, donde encuentra más barato el mineral, mientras aprovecha el exceso de la oferta para imponer un precio de su conveniencia (7). Evidentemente, el problema trascendía las posibilidades del gobierno boliviano, sobre todo tratándose de un régimen de tales características, sometido al imperialismo e incapaz de adoptar una política comercial independiente. A tal punto, que poco faltó para que el gobierno «democrático» en lo más recio de la crisis— se negara a entregar estaño a la Argentina de Perón a cambio de productos alimenticios.

Durante esos seis años se produjeron numerosas sediciones, levantamientos populares e incluso una breve guerra civil, dirigida por el MNR, que se extendió por gran parte del país y sólo pudo ser reprimida después de tres meses de lucha.

LA REVOLUCION

Por fin, un año después de las elecciones que dieron el triunfo al candidato del «Movimiento», éste se hizo cargo de la plenitud del poder. En este largo período de prueba y tribulación, el MNR había llegado a identificarse con la lucha auténtica, fundamental del pueblo boliviano. Los obreros y los campesinos más enérgicos llenaban sus filas, dirigidos por líderes nuevos, formados en seis años de clandestinidad y de combate. Su programa no se componía ya de principios abstractos y de sospechoso aspecto «nacional-socialista», sino de consignas concretas, directas, adecuadas a a la realidad del país: nacionalización de las grandes empresas mineras, reforma agraria, voto universal —es decir, voto para los analfabetos. La incorporación de la clase obrera y de los campesinos había alterado profundamente, precisándola, la orientación del Movimiento.

Lo que comenzó en Bolivia el 9 de abril de 1952 fue una típica revolución **democrático-burguesa**, dirigida por la pequeña burguesía y por elementos que llamaremos de la «burguesía nacional» —en la escasa medida en que lo Rosca había permitido el desarrollo de esa clase— apoyada activa, militantemente, por la clase obrera y por la masa campesina, y que podemos caracterizar, además, como un movimiento de liberación nacional, anti-imperialista, y con una orientación decididamente anti-feudal, y agraria.

La Revolución tuvo, desde un principio, su derecha —La Vieja Guardia «fascistoide» del MNR— y su izquierda. La primera trató de frenar, en todo momento, el avance del programa revolucionario, obstaculizando la realización de cada una de las medidas esenciales que las masas reclamaban. La izquierda, constituída principalmente por la C. O. B., impulsó e impuso, en octubre de 1952, la nacionalización de las minas y en agosto del año siguiente, la Reforma Agraria, la más avanzada e interesante de América —hasta el día, pues esperamos la reforma agraria cubana— que termina con el feudalismo del Alto Perú, viejo ya de cuatro siglos, y enlaza con la tradición del **ayllu**, la «comunidad indígena» viva aún, si bien maltrecha por tres siglos de colonia y más de cien devastadores años de República—. (8) Además, en las elecciones parciales del 54, empezó a funcionar en Bolivia, por primera vez en su historia, el pleno sufragio universal.

Sin embargo, seis años después de la Reforma Agraria, la Revolución boliviana se ha convertido en la caricatura de la Revolución mejicana. En el orden político, el mismo «partido único» que no se decide a serlo del todo, parecida «detención» del movimiento obrero, Persecución de las huelgas, etc. —y una sujeción al imperialismo mucho más estricta, mucho más humillante que la que México ha de soportar.

El gobierno boliviano, fracasada su política inflacionaria de desarrollo económico, paralizado el progreso agrícola por la carencia de créditos a los campesinos, cada vez más grave la situación económica, monetaria y fiscal, cedió definitiva y totalmente a la presión norteamericana. Encargó un plan de estabilización de la moneda y de «austeridad» general —congelación de salarios, mientras suben los precios— a una comisión de «técnicos» americanos, se entregó a la buena voluntad de los expertos del «Punto IV», concedió en condiciones que harían palidecer de envidia a quienes negociaron las concesiones venezolanas— enormes áreas a distintas compañías petroleras norteamericanas —entre otras, la Standard Oil— y brasileñas (que están ligadas a las americanas, rechazó, en varias ocasiones, propuestas para comerciar con países del bloque socialista, y desde entonces se somete puntual y escrupulosamente a la política del Departamento de Estado de Washington. Mientras los trabajadores bolivianos han perdido el derecho a declararse en huelga, «la ayuda norteamericana es nominal y durante el período entre 1954 1958 representó menos de la mitad de la suma empleada en comprar estaño boliviano durante la Segunda Guerra Mundial» (9). El sistema de créditos «supervisados» ha servido, además, para detener muy eficazmente todo esfuerzo de desarrollo económico.

A nuestro juicio —por eso nos detuvimos tanto en el análisis de la guerra del Chaco y la frustracción del movimiento revolucionario que entonces apuntó— la razón fundamental del fracaso de la Revolución de Bolivia reside en la carencia de organización de las masas trabajadoras del campo y la ciudad. La COB, por su naturaleza misma, y su fraccionamiento en distintas tendencias, no podía desempeñar ese papel. Se dió, impulsada acaso por la permanente incapacidad política y revolucionaria de los trotskistas, a lanzar la consigna de un gobierno exclusivamente obrero y campesino. Lo que faltó —pensamos— fue una eficaz organización **política** de las las masas obreras y campesinas, un partido político que las representara y guiara adecuada y vigorosamente. Este partido no hubiera podido proponerse la implantación inmediata del socialismo. Su función habría sido otra en esos momentos: proteger a la revolución de las maniobras del imperialismo y de las clases ligadas a él, propiciar el desarrollo del proceso revolucionario, el cumplimiento de las tareas propias de la revolución democrático-burguesa en un país subdesarrollado, e ir preparando —a largo plazo, desde luego— las condiciones de la transformación socialista.

La carencia de un Partido como el que diseñamos —su carencia **práctica**, su no funcionamiento histórico concreto, su no aparición efectiva entre las fuerzas que determinaron el destino boliviano —ha retrasado, indudablemente, el desarrollo del país. Sería muy extenso estudiar por qué no existió, con fuerza **bastante**, un Partido de esas características en Bolivia, precisamente en el momento que estamos revisando. Lo que permanece claro es que los sindicatos, solamente, no eran ní podían ser capaces de desempeñar ese papel. Sus hombres de choque, los temibles dinamiteros que destrozaron todo un regimiento en campo abierto durante la insurrección, han quedado reducidos a una función meramente defensiva —derrotar a la Falange Socialista cada vez que ésta decide tentar la suerte en una insurrección.

«No hay ninguna situación absolutamente sin salida», ha dicho Lenin. No pensamos que la de Bolivia en estos años sea una excepción de esta regla. Por muy grave que fuera la coyuntura económica, quedaban muchos expedientes por agotar, muchos caminos por recorrer, antes de admitir la derrota final. Y nada justifica que el señor Siles Suazo, hijo inconfundible de su padre Fernando Siles, haya mirado las recientes manifestaciones antiamericanas de La Paz y Cochabamba con la misma servil fruición que Chiang-kai-shek contempló hace años motines similares en Taipei.

El caso de Bolivia —aún más que el de Guatemala, cuyo proceso revolucionario fue interrumpido violentamente desde fuera por una expedición armada del imperialismo —nos muestra cómo, cuando está en



marcha una revolución nacionalista y democrática de esta índole, la voluntad de los hombres, sus errores y aciertos pasados o presentes, cuentan, en una medida que no podríamos subestimar ni exagerar, para el cumplimiento o la declinación del proceso.

---

(6).—Ricardo Anaya, «Nacionalización de las Minas en Bolivia», Cochabamba, 1952.

(7).—Elena de la Souchere, «Experience bolivienne et revolution hispanique», en «Les Temps Modernes», número 95, octubre de 1953.

(8.—«Libro Blanco de la Reforma Agraria».

(9).—Cable de la agencia oficial de la República Popular China.

LA VOZ ESPERANZADA



Por Nicolás Guillén

Nicolás Guillén representa en Cuba, junto con Ballagas, el mejor y más serio esfuerzo hacia una poesía nativa. Sin embargo Guillén representa también al poeta como parte del pueblo, consciente de nuestra vida social y política, de nuestros problemas. Hoy publicamos "La voz esperanzada". Bien podíamos publicar cualquier otro poema: "West Indies. Ltd.", "España", "Elegía Cubana" o "El Apellido".

Una Canción Alegre en la Lejanía.

Ardiendo, España, estás! Ardiendo
con largas uñas rojas encendidas;
a balas matricidas
pecho, bronce oponiendo,
y en ojo, boca, carne de traidores hundiendo
las rojas uñas largas encendidas.
Alta, de abajo vienes,
a raíces volcánicas sujeta;
lentos, azules cables con que tu voz sostienes,
tu voz de abajo, fuerte, de pastor y poeta.
Tus ráfagas, tus truenos, tus violentas
gargantas s eaglomeran en la oreja del mundo;
con pétreo músculo violentas
gargantas se aglomeran en la oreja delmundo.
Sales de ti; levantas
la voz, y te levantas
sangrienta, desangrada, enloquecida,
y sobre la extensión enloquecida
más pura te levantas, te levantas!
Viéndote estoy las venas
vaciarse, España, y siempre volver a quedar llena.
tus heridos risueños;
tus muertos sepultados en parcelas de sueños;
tus duros batallones,
hechos de cantineros, muleros y peones.
Yo,
hijo de América,
hijo de ti y de Africa,
esclavo ayer de mayorales blancos dueños de látigos coléricos;
hoy esclavo de rojos yanquis azucareros y voraces;
yo chapoteando en la oscura sangre en que se mojan mis Antillas;
ahogado en el humo agriverde de los cañaverales;
sepultado en el fango de todas las cárceles;
cercado día y noche por insaciables bayonetas;
perdido en las florestas ululantes de las islas crucificadas en la cruz del Trópico;
yo, hijo de América
corro hacia ti, muero por ti.
Yo, que amo la libertad con sencillez,
como se ama a un niño, al sol, o al árbol plantado frente a nuestra casa;
que tengo la voz coronada de ásperas selvas milenarias,
y el corazón trepidante de tambores,
y los ojos perdidos en el horizonte,
para tronchar raíces
y los dientes blancos, fuertes y sencillos
y morder frutos elementales;
y los labios carnosos y ardorosos
para beber el agua de los ríos que me vieron nacer,
y húmedo el torso por el sudor salado y fuerte
de los jadeantes cargadores en los muelles,
los picapedreros en las carreteras,
los plantadores de café y los presos que trabajan desoladamente,
inútilmente en los presidios sólo porque han querido dejar de ser fantasmas;
yo os grito con voz de hombre libre que os acompañaré, camaradas;
que iré marcando el paso con vosotros,
simple y alegre,
puro, tranquilo y fuerte,
con mi cabeza crespa y mi pecho moreno,
para cambiar unidos las cintas trepidantes de vuestras ametralladoras,
y para arrastrarme, con el aliento suspendido,
allí, junto a vosotros,
allí, donde ahora estáis, donde estaremos,
fabricando bajo un cielo ardoroso agujereado por la metralla,
otra vida sencilla y ancha,
limpia, sencilla y ancha,
alta, limpia, sencilla y ancha
sonora de nuestra voz inevitable.
Con vosotros, brazos conquistadores
ayer, y hoy ímpetu para desbaratar fronteras;
manos para agarrar estrellas resplandecientes y remotas,
para rasgar cielos estremecidos y profundos;
para unir en un mazo las islas del Mar del Sur y las islas del Mar Caribe;
para mezclar en una sola pasta hirviente la roca y el agua de todos los océanos;
para pasear en alto, dorada por el sol de todos los amaneceres;
para pasear en alto, alimentada por el sol todos los meridianos;
para pasear en alto, goteando sangre del ecuador y de los polos;
para pasear en alto como una lengua que no calla, que nunca callará,
para pasear en alto la bárbara, severa, roja, inmisericorde,
calurosa, tempestuosa, ruidosa,
¡para pasear en alto la llama niveladora y segadora de la Revolución!
¡Con vosotros, mulero, cantinero!
¡Contigo, sí, minero!

¡Con vosotros, andando,
disparando, matando!
¡Eh, mulero, minero, cantinero,
juntos aquí, cantando!

(Una Canción en Coro)

Todos el camino sabemos;
están los rifles engrasados;
están los brazos preparados:
¡Marchemos!
Nada importa morir al cabo,
pues morir no es tan gran suceso;
malo es ser libre y estar preso,
malo, estar libre y ser esclavo!
Hay quien muere sobre su lecho,
doce meses agonizando,
¡y otros hay que mueren cantando con diez balazos sobr el pecho!
Todos el camino sabemos;
están los rifles engrasados;
están los brazos avisados:
¡Marchemos!
Así hemos de ir andando,
severamente andando, envueltos en el día
que nace. Nuestros recios zapatos, resonando,
dirán al bosque trémulo: "¡Es que el futuro pasa!!"
Nos perderemos a lo lejos... Se borrará la oscura masa
de hombres, pero en el horizonte, todavía
como en un sueño, se nos oirá la entera voz vibrando:
...El camino sabemos...
...Los rifles engrasados...
...Están ls brazos avisados...
¡Y la canción alegre flotará como una nube sobre la roja lejanía!

MENSAJE LIRICO CIVIL

Por Rubén Martínez Villena

Rubén Martínez Villena (1899-1934) es el caso del poeta que va dejando de serlo según se hace más grande revolucionario. Hay un momento que dice: "Yo destrozo mis versos, los desprecio, los regalo, los olvido: me interesan tanto como a la mayor parte de nuestros escritores la justicia social". Pero en poemas como "Mensaje lírico y civil", Villena logra conciliar sus dos pasiones y produce un poema en que los mejores momentos (que son también los mejores momentos de toda la poesía de Villena) son aquellos en que la poesía está francamente comprometida con lo político: "Hace falta una carga para matar bribones para acabar la obra de las revoluciones".



RUBEN MARTINEZ VILLENA

(A José Torres Vidaurre, poeta peruano. En Madrid)

José Torres Vidaurre: ¡Salud! Salud y gloria,
hermano apolonida! Salud para la escoria
miserable del cuerpo y gloria para el alma

exquisita y doliente; que el beso de la palma
y del laurel descienda sobre tu sien fecunda.
¡Lucha con las tormentas! ¡que tu bajel se hunda!

¡quizás qué bella playa deparará el naufragio!
Lucha y confía siempre: tu apellido es presagio
de brillantes combates y de triunfo sonoro;
que sobre las anónimas tinieblas del Olvido,
Vidaurre, Vita aurea, por su vida de oro
fulgirán las simbólicas torres de tu apellido.

(Otra etimología, de origen vizcaíno,
me da también Vidaurre como «primer camino»).

Y tras de mi saludo, te contaré mis penas
por las cosas de Cuba, que no te son ajenas,

y que no pueden serte ajenas por hermano
mío, y por tu fervor de sudamericano.

Yo bien sé que la tierra de los Inca-Yupanqui
no padeció del triste proteccionismo yanqui,

—aunque un temor futuro bien que lo justifica
el apelar a Wáshington sobre Tacna y Arica—

pero la patria mía, que también amas tú,
como amo yo los timbres gloriosos del Perú,

nuestra Cuba, bien sabes cuán propicia a la caza
de naciones, y cómo soporta la amenaza

permanente del Norte que su ambición incuba:
la Florida es un índice que señala hacia Cuba.

Tenemos el destino en nuestras propias manos
y es lo triste que somos nosotros, los cubanos,

quienes conseguiremos la probable desgracia,
adulterando, infames, la noble Democracia,

viviendo entre inquietudes de Caribdis a Scilla,
e ignorando el peligro del Norte que vigila.

Porque mires de cerca nuestra demencia rara
te contaré la historia dulce de Santa Clara,

convento que el Estado —un comerciante necio—
quiso comprar al triple del verdadero precio.

Y si en el gran negocio existía un «secreto»
con un cambio de letra se convirtió en «decreto».

Tal cosa llevó a cabo el señor Presidente,
comprar ¡y por decreto!, devotísimamente,

si bien que nuestra Carta, previendo algún exceso,
dejó tan delicada facultad al Congreso.

(Mas el Jefe Honorable respecto a Santa Clara
dijo que se adquiriera, más no que se pagara).

Así, como abogado, se encomendó a San Ivo,
urdió su fundamento, improvisó un motivo,

y consecuente para sus propios desatinos,
se amuralló en sofísticos razonamientos chinos.

Más, como entonces era Secretario de Hacienda
un coronel insigne de la noble contienda,

que portaba las llaves sagradas del Tesoro
con méritos iguales e idéntico decoro

que sus galones épicos y su apellido inmáculo,
el Honorable Jefe neutralizó el obstáculo,

y esto fué lo que vimos con unánime pasmo:
¡le refrendó el decreto el seráfico Erasmo!,

señor incapaz hasta del Pecado y el Vicio,
con un delito máximo: su drama «El Sacrificio».

Así la triste fábula del antiguo convento
fué bochornoso pacto de zorra y de jumento,

pues que la vil astucia y la imbecilidad
se unieron a la sombra de una sola maldad.

Y ¿quién te dice, amigo, que porque hice uso
de un derecho de crítica a lo que se dispuso

por el decreto mágico, y al mismo Secretario
le dije frente a frente cómo era de contrario

el pueblo a tal medida, me juzgan criminal?
¡Vivo en el primer acto de un drama judicial!

Y como me apoyaron doce ilustres amigos
padeceremos juntos enérgicos castigos.

¡Al Ministro seráfico le mordieron las Furias:
sufrimos un ridículo proceso por injurias!

Pero esto es sólo un síntoma: hace falta una valla
para salvar a Cuba del oleaje maldito:
hay la aspiración de perpetuar el delito
y la feroz política se rinde a la canalla.

Hay patriotismo falso, de relumbrón y pompa,
con acompañamiento de timbales y trompa;
se cambian Secretarios en situación muy crítica
por mezquinas «razones de elevada política».

Mas ¿adónde marchamos, olvidándolo todo:
Historia, Honor y Pueblo, por caminos de lodo,

si ya no reconoce la obcecación funesta
ni aún el sagrado y triste derecho a la protesta?

¿Adónde vamos todos en brutal extravío,
sino a la Enmienda Platt y a la bota del Tío?

José: nos hace falta una carga de aquellas,
cuando en el ala bélica de un ímpetu bizarro,

al repetido choque del hierro en el guijarro,
iba el tropel de cascos desempedrando estrellas!

Hace falta una carga para matar bribones,
para acabar la obra de las revoluciones;

para vengar los muertos, que padecen ultraje,
para limpiar la costra tenaz del coloniaje;

para poder un día, con prestigio y razón,
extirpar el Apéndice a la Constitución;

para no hacer inútil, en humillante suerte,
el esfuerzo y el hambre y la herida y la muerte;

para que la República se mantenga de sí,
para cumplir el sueño de mármol de Martí;

para guardar la tierra, gloriosa de despojos,
para salvar el templo del Amor y la Fe,
para que nuestros hijos no mendiguen de hinojos,
la patria que los padres nos ganaron de pie.

Yo juro por la sangre que manó tanta herida,
ansiar la salvación de la tierra querida,

y a despecho de toda persecución injusta,
seguir administrando el cáustico y la fusta.

Aumenta en el peligro la obligación segrada.
(El oprobio merece la palabra colérica).
Yo tiro de mi alma, cual si fuera una espada,
y juro, de rodillas, ante la Madre América.



DIARIO

Páginas Finales de Jose Martí

El diario de Martí es su mejor literatura. Librado de mucha de la retórica anterior y del tono discursivo, el diario es limpio, directo, verdadera literatura de campaña. Es nuestro "Comentario a la Guerra de las Galias" y el mejor ejemplo cubano de literatura revolucionaria. A través de estas páginas podemos ser los distantes, conmovidos testigos de la Guerra de Independencia. Un sólo párrafo las revela gran literatura: "A la 1, al buscar mi hamaca, veo a muchos por el suelo, y creo que se han olvidado de colgarla. Del sombrero hago almohada: me tiendo en un banco: el frío me echa a la cocina encendida me dan la hamaca vacía: un soldado me echa encima un mantón viejo: a las 4, diana".

25 DE ABRIL

JORNADA DE GUERRA.—A monte puro vamos acercándonos, ya en las garras de Guantánamo, hostil en la primera guerra, hasta Arroyo Hondo. Perdíamos el rumbo. Las espinas, nos tajaban. Los bejucos nos ahorcaban y azotaban. Pasamos por un bosque de jigüeras, verdes, puyadas al tronco desnudo, o tramo ralo. La gente va vaciando jigüeras, y emparejándoles la boca. A las once, redondo tiroteo. Tiro graneado, que retumba; contra tiros velados y secos. Como a nuestros mismos pies es el combate; entran, pesados, tres balas que dan en los troncos. «¡Qué bonito es un tiroteo de lejos!», dice el muchachón agraciado de San Antonio, un niño. «Más bonito es de cerca», dice el viejo. Siguiendo nuestro camino subimos a la margen del arroyo. El tiroteo se espesa. Magdaleno, sentado contra un tronco, recorta adornos en su jigüera nueva. Almorzamos huevos crudos, un sorbo de miel y chocolate de «La Imperial» de Santiago de Cuba. A poco, las noticias nos vienen del pueblo. Y ya han visto entrar un muerto y 25 heridos. Maceo vino a buscarnos, y espera en los alrededores; a Maceo, alegremente. Dije en carta a Carmita: «En el camino mismo del combate nos esperaban los cubanos triunfadores: se echan de los caballos abajo; los caballos que han tomado a la guardia civil: se abrazan y nos vitorean: nos suben a caballo y nos calzan la espuela», cómo no me inspira horror, la mancha de sangre que vi en el camino? ni la sangre a medio secar, de una cabeza que ya está enterrada, con la cartera que le puso de descanso un jinete nuestro? Y al sol de la tarde emprendimos la marcha de victoria, de vuelta al campamento.

A las 12 de la noche habían salido, por ríos y cañaverales y espinares, a salvarnos; acababan de llegar, ya cerca, cuando le caen encima al español: sin almuerzo pelearon las 2 horas, y con galletas engañaron el hambre del triunfo; y emprendían el viaje de 8 leguas, con tarde primera alegre y clara, y luego, por bóvedas de púas, en la noche obscura. En fila de uno a uno iba la columna larga. Los vemos, caballos y de á pie, en los altos ligeros. Entra al cañaveral, y cada soldado sale con una caña de él. (Cruzamos el ancho ferrocarril: oímos los pitazos del oscurecer en los ingenios: vemos, al fin del llano, los faros eléctricos). «Párese la columna, que hay un herido atrás». Uno hala una pierna travesada, y Gómez lo monta a su grupa. Otro herido no quiere: «No amigo: yo no estoy muerto» y con la bala en el hombro sigue andando. ¡Los pobres pies, tan cansados! Se sientan, rifle al lado, al borde del camino: y nos sonríen gloriosos. Se oye algún ¡ay! y más risas, y el habla contenta. «Abren camino» y llega montado el recio Cartagena, Teniente Coronel que lo ganó en la guerra grande, con un hachón prendido de cardona clavado como una lanza, al estribo de cuero. Y otros hachones, de tramos en tramos... encienden los árboles secos, que escaldan y chisporrotean, y echan al cielo su fuste de llama y una pluma de humo. El río nos canta.

Aguardamos a los cansados. Ya están a nuestro alrededor, los yareyes en la sombra. Ta! la última agua, y del otro lado el sueño. Hamacas, candelas, calderadas, el campamento ya duerme; al pie de un árbol grande iré luego a dormir, junto al machete y el revólver, y de almohada mi capa de hule; ahora hurgo el jolongo y saco de él la medicina para los heridos. Cariñosas las estrellas, a las 3 de la madrugada. A las 5, abiertos los ojos, Colt al costado, machete al cinto, espuela a la alpargata y ¡a caballo!

Murió Alcil Duvergié, el valiente: de cada fogonazo, un hombre; le entró la muerte por la frente: a otro, tirador, le vaciaron una descarga encima: otro cayó, cruzando temerariamente el puente. —Y a dónde, al acampar, estaban los heridos? Con trabajo los agrupo, al pie del más grave, que creen pasmado, y viene a andas en una hamaca, colgando de un palo. del jugo del tabaco, apretado a un cabo de la boca, se le han desclavado los dientes. Bebe descontento un sorbo de Marrasquino. Y el agua, que no viene, el agua de las heridas, que al fin traen en un cubo turbio? La trae fresca el servicial Evaristo Zayas, de Ti Arriba. —Y el practicante, dónde está el practicante, que no viene a ssu heridos? Los otros tres se quejan, en sus capotes de goma. Al fin llega, arrebujado en una colcha, alegando calentura. Y entre todos, con Paquito Borrero, de tierna ayuda, curamos la herida de la hamaca, una herida narigona, que entró y salió por la espalda, en una boca cabe un dedal y una avellana en la otra: lavamos, iodoformo, algodón fenicado. Al otro, en la cabeza del muslo: entró y salió. Al otro, que se vuelve de bruces, no le salió la bala de la espalda: allí está al salir, en el manchón rojo e hinchado: de la sífilis tiene el hombre comida la nariz y la boca: el último, boca y orificio, también en la espalda: tiraban, rodilla en tierra, y el balazo bajo les atravesaba las espaldas membrudas. A Antonio Suárez, de Colombia, primo de Lucía Cortés, la mujer de Merchán, la misma herida. Y se perdió a pie, y nos halló luego.

26 DE ABRIL

A formar, con el sol. A caballo, soñolientos. Coja la gente, aún no repuesta. Apenas comieron anoche. Descansamos, a eso de las 10, a un lado y otro del camino. De la casita pobre envían de regalo una gallina al «general Matías» —y miel. De tarde y noche escribo, a New York, a Antonio Maceo que está cerca e ignora nuestra llegada; y la carta de Manuel Fuentes al World, que acabé con lápiz sobre la mano, al alba. A ratos ojeé ayer el campamento tranquilo y dichoso: llama la corneta; traen cargas de plátanos al hombro; mugen las reses cogidas, y las degüellan; Victoriano Garzón, el negro juicioso de bigote y perilla, y ojos fogosos, me cuenta, humilde y ferviente, desde su hamaca, su asalto triunfante al Ramón de las Yaguas; su palabra es revuelta e intensa, su alma bondadosa y su autoridad natural; mima, con verdad, a sus ayudantes blancos, a Mariano Sánchez y a Rafael Portuondo; y si yerran en un punto de disciplina, les levanta el yerro. De carnes seco, dulce de sonrisa: la camisa azul y negro el pantalón: cuida, uno a uno de sus soldados. José Maceo, formidable, pasea el alto cuerpo: aún tiene las manos arpadas, de la maraña del pinar y del monte, cuando se abrió en alas la expedición perseguida de Costa Rica, y a Flor lo mataron, y Antonio llevó a dos consigo, y José quedó al fin solo; hundido bajo la carga, moribundo de frío en los pinos húmedos, los pies gordos y rotos: y llegó, y ya vence.

27 DE ABRIL

El campamento al fin, en la estancia de Filipinas. Atiendo en seguida al trabajo de la jurisdicción: Gómez escribe junto a mí, en su hamaca. —A la tarde, Pedro Pérez, el primer sublevado de Guantánamo: de 18 meses de escondite, salió al fin, con 37, seguido de muerte, y hoy tiene 200. En el monte, con los 17 de la casa, está su mujer, que nos manda la primera bandera. ¡Y él sirvió a España en las escuadras en la guerra grande!. Lealtad de familia a Miguel Pérez. Apoyado en su bastón, bajo de cuerpo, con su leontina de plata, caídas las patillas pocas por los lados del rostro enjuto y benévolo, fue con su gente brava, a buscar a Maceo en vano por todo Baracoa, en los dientes de los indios: su jipijapa está tinto de púrpura, y bordada de mujer es la trenza de color de su sombrero, con los cabos por la espalda. El no quiere gente a caballo, ni monta él, ni tiene a bien los capotes de goma, sino la lluvia pura, sufrida en silencio.

28 DE ABRIL

Amanezco al trabajo. A las 9 forman, y Gómez, sincero y conciso arenga: Yo hablo, al sol. Y al trabajo. A que quede ligada esta fuerza en el espíritu unido: a fijar, y dejar ordenada, la guerra enérgica y magnánima: a abrir vías con el Norte, y servicio de parque: a reprimir cualquier intentona, de perturbar la guerra con promesas. Escribo la circular a los jefes, a que castiguen con la peña de traición la intentona, —la circular a los hacendados, —la nota de Gómez a las fincas, —cartas a amigos probables, —cartas para abrir el servicio de correo y parque, —cartas para la cita a Brooks, nota al gobierno inglés, por el cónsul de Guantánamo, incluyendo la declaración de José Maceo sobre la muerte casual, de un tiro escapado de Corona, de un marino de la goleta Honor, en que vino la expedición de Fortuna Island, —instrucciones a José Maceo, al que se nombra Mayor General, —nota a Ruenes, invitándole a enviar el representante de Baracoa a la Asamblea de Delegados del pueblo cubano revolucionario —para elegir el gobierno que deba darse la revolución, —carta a Masó. —Vino Luis Bonne, a quien se buscaba, por sagaz y benévolo, para crearme una escolta, Y de Ayudante trae a Ramón Garriga y Cuevas, a quien de niño solía yo agasajar, cuando lo veía travieso o desarmado en New York, y es manso, afectuoso, lúcido y valiente.

29 DE ABRIL

Trabajo. Ramón queda a mi lado. En el ataque de Arroyo Hondo un flanco nuestro, donde estaba el hermano de un teniente criollo, mató al teniente, en la otra fuerza. —Se me fue, con su ahijada, Luis González. «Ese rostro quedará estampado aquí». Y me lo decía con rostro celeste.

30 DE ABRIL

Trabajo. Antonio Suárez, el colombiano, habla quejoso y díscolo, que desatendido, que coronel. —Maceo, alegando operación urgente, no nos esperará. Salimos mañana.

1 DE MAYO

Salimos del campamento, de Vuelta Corba. Allí fue donde Policarpo Pineda, el Rustán el Polilla, hizo abrir en pedazos a Francisco Pérez, el de las escuadras. Polilla, un día, fusiló a Jesús: llevaba al pecho un gran crucifijo, una bala le metió todo un brazo de la cruz en la carne: y a la cruz, luego, le descargó los cuatro tiros. De eso íbamos hablando por la mañana, cuando salió al camino, ya en la región florida de los cafetales, con plátano y cacao, a una mágica hoya, que llaman la Fontina, y en lo hondo del vasto verdor enseña apenas el techo de guano, y al lado, con su flor morada, el árbol del caracolillo. A pocos más, el Kentucky, el cafetal de Pezuela, con los secadores grandes de mampostería frente a la casa, y la casa, alegre y espaciosa, de blanco y balcones; y el gran bajo con las máquinas, y a la puerta Nazario Soncourt, mulato fino, con el ron y el jarro de agua en un taburete, y vasos. Salen a vernos los Thoreau, de su vistoso cafetal, con las casitas de mampostería y teja: el menor, colorado, de... y los ojos ansiosos y turbios, tartamudea: «—pero podemos trabajar aquí, verdad? podemos seguir trabajando». —Y eso no más dice, como un loco. —Llegamos al monte. Estanislao Cruzat, buen montuno, caballerizo de Gómez, taja dos árboles por cerca del pie, clava al frente de cada uno dos horquetas, y otras de apoyo al tronco, y cruces, y varas a lo largo, y ya está el banco. Del descanso corto, a la vereda espesa, en la fértil tierra de Ti Arriba. El sol brilla sobre la lluvia fresca; las naranjas cuelgan de sus árboles ligeros: yerba alta cubre el suelo húmedo: delgado troncos blancos cortan, salteados, de la raíz al cielo azul la selva verde; se trenza a los arbustos delicados el bejuco, a espiral de aros iguales, como de mano de hombre; caen a tierra de lo alto, meciéndose al aire, los cupeyes: de un curujey, prendido a un jobo, bebo el agua clara: chirrían, en pleno sol los grillos. —A dormir, a la casa del «español malo»: huyó a Cuba: la casa, techo de zinc y suelo puerco: la gente se echa sobre los racimos de plátanos montados en vergas por el techo, sobre dos cerdos, sobre palomas y patos, sobre un rincon de yucas. Es la Demajagua.

2 DE MAYO

Adelante, hacia Jaragüeta. En los ingenios. Por la caña vasta y abandonada de Sabanilla va Rafael Portuondo a la casa, a traer las 5 reses: vienen a mancuerna: ¡pobre gente a la lluvia! Llegamos a Leonor, y ya, desechando la tardía comida, con queso y pan nos habíamos ido a la hamaca, cuando llega, con caballería de Zefi, el corresponsal del Herald, George Eugene Bryson. Con él trabajo hasta las 3 de la mañana.

3 DE MAYO

A las 5, con el Coronel Ferié, que vino noche a su cafetal de Jaragüeta, en una altura, y un salón como escenario, y al pie un vasto cuadro, el molino ocioso, el cacao y café. De lo alto, a un lado y otro, cae, bajando, el vasto paisaje, y dos aguas cercanas, de lecho de piedras en lo hondo, y palmas sueltas y fondo de monte, muy lejano. Trabajo el día entero, en el manifiesto al Herald, y más para Bryson. A la 1, al buscar mi hamaca, veo a muchos por el suelo, y creo que se han olvidado de colgarla. Del sombrero hago almohada: me tiendo en un banco: el frío me echa a la cocina encendida: me dan la hamaca vacía: un soldado me echa encima un mantón viejo: a las 4, diana.

4 DE MAYO

Se va Bryson. Poco después, el consejo de guerra de Masabó. Violó y robó. Rafael preside, y Marianao acusa. Masabó sombrío, niega: rostro brutal. Su defensor invoca nuestra llegada, y pide merced. A muerte. Cuando leían la sentencia, al fondo del gentío, un hombre pela una caña. Gómez arenga: «Este hombre no es nuestro compañero: es un vil gusano». Masabó, que no se ha sentado, alza con odio los ojos hacia él. Las fuerzas, en gran silencio, oyen y aplauden: «¡Que viva!» Y mientras ordenan la marcha, en pie queda Masabó, sin que se le caigan los ojos, ni en la caja cuerpo se vea miedo: los pantalones, anchos y ligeros, le vuelan sin cesar, como a un viento rápido. Al fin van, la caballería, el reo, la fuerza entera, a un bajo cercano; al sol. Grave momento, el de la fuerza callada, apiñada. Suenan los tiros, y otro más, y otro de remate.

Masabó ha muerto valiente. «Cómo me pongo, Coronel» «De frente o de espaldas?» «De frente». En la pelea era bravo.

LA ULTIMA SONRISA DE RAFAEL TREJO

Por Pablo de la Torriente Brau

Pablo de la Torriente Brau (1901-1936) aunque nacido en Puerto Rico siempre fue un cubano cabal y un revolucionario. Tomó parte principalísima en la lucha contra Machado y estuvo en los disturbios callejeros en que murió Trejo, donde fue herido. Terminada la lucha en Cuba marchó a España a defender la República y allí murió. A los 35 años, combatiendo a las fuerzas fascistas, fue muerto en el cerro de Majadahonda. Este artículo cuenta la pasión y muerte del primer estudiante cubano asesinado por la policía machadista.

Los sucesos dramáticos de la vida tienen la particularidad de fragmentar los hechos, de pulverizar casi hasta el infinito y, sin embargo, de hacer brillar, como si esos momentos fueran de diamante y las circunstancias y los incidentes que los rodean fueran claros, fúlgidos, transparentes, como el polvo del cristal.

Yo recuerdo momentos emocionantes de mi vida. Recuerdo una vez, cuando yo era niño y vivía en El Cristo, cerca de Santiago, que el pitazo de una locomotora me llenó de pánico a la mitad de un puente interminable... Recuerdo una tarde en que al saltar del ferry al muelle, en el emboque de Regla, me dí cuenta en el aire, de que el salto no me iba a alcanzar y el ferry me iba a comprimir contra el espigón... Recuerdo una mañana azul y luminosa en que me hundí en las aguas turbias de Marimelena y en la desesperación por no ahogarme, vía La Habana, resplandeciente de blancura, sin que se me ocurriera pensar en nada que no fuera vivir... Recuerdo aquel crepúsculo en que llegamos a Presidio y vino al muelle para conducirnos, una escolta de soldados siniestros, y a Raúl Roa al referirse al que llevaba a su lado, se le escapó aquella frase que todos pensábamos: «¿A cuántos habrá matado éste?».

Porque mi vida ha sido libre, tiene muchos recuerdos interesantes; pero creo que ninguno puede ser más trascendental que el del 30 de septiembre. Fué un día hermoso e inolvidable. Como dije al principio, en mi imaginación se fragmenta, se pulveriza en incidentes aislados; cobra personalidad distinta en cada uno.

Entre todos estos fragmentos de aquel día, precipitados en un torbellino emocionante, recuerdo con más intensidad que ninguno, la última sonrisa de Rafael Trejo como algo que fué a la par grato y doloroso, inefable y triste. Yo quiero hoy hablar de aquello.

¡MUERA MUCHACHO!

La loma de la Universidad amaneció manchada de azul. Eran patrullas de la policía. Para muchos fué una sorpresa. Se había pensado que podríamos entrar al Patio de los Laureles para asistir al mitin y de él partir para la calle ,a casa de Varona.. Pero la loma amaneció manchada de azul.

Aquí fué cuando comenzó, con lo imprevisto, lo febril, lo interesante, lo heroico. Aquí fué cuando comenzaron a amontonarse precipitadamente los incidentes, con un relieve excepcional.

Algunos podían pasar a la Universidad: eran los que aquel día se examinaron... Vi a Pepelín Leyva examinando las posibilidades de entrar; en un automóvil pasaron varios estudiantes: iba Carlos Prío; me parece que Raúl y Trejo también. Se paró un momento y avisaron que había que irse concentrando para Infanta, para el Parquecito de Eloy Alfaro. Empezaron a repartirse los manifiestos; la policía comenzó a hacer algunos registros: se bajaban de los caballos (las «perseguidoras» de entonces) y se ponían a buscar revólveres: esto precipitó el choque, pues nos pareció a muchos ominoso el que nos registraran, y nos pusimos a negarnos; el clarín del «mambí» que llevó Alpízar, sonó entonces y la bandera cubana fué desplegada; los gritos sonaron con el ímpetu del que ha guardado mucho tiempo silencio; los estudiantes se arremolinaron, convergieron en un punto y los «Muera Machado! fueron como una coral desenfrenada y avanzante. Vi a Sergio Velázquez encaramarse en un carrito para hablar desde lo alto; ví a Sanjurjo engañar a un policía temeroso, con un rollo de periódicos; vi como caía al suelo y se levantaba rabioso el sargento Peláez; dos piedras pequeñas que tenía en las manos para dar más duro tuve que lanzárselas, casi a boca de jarro a un vigilante que hizo una mueca; ví como golpeaban el hombro de Alberto Saumell; oí a unos pasos el estampido de un disparo y me desplomé contra el suelo... Cuando me levantaron Gerardo Fernández y Armando Guevara, la sangre me tapaba la vista y pensé que me habían dado un balazo. En la máquina de Pepe Fresneda, dando gritos de protesta me llevaron varios para Emergencia. Al mismo tiempo que a mí, bajaban de otra máquina a Rafael Trejo, flácido, desfallecido. Recuerdo que sólo entonces fué que pensé que aquel disparo que había oído podía ser para otro. Alfonso Betancourt y Rafael García, viejos compañeros del «Atlético» me cargaron hasta el cuarto de curas. Las dos mesas estaban ocupadas, pero instantáneamente fueron despejadas. Recuerdo que en la que ocupé, una muchachita simpática que luego me visitó varias veces, se curaba su herida de apendicectomía. Acudieron a la sala de curas médicos y enfermeras. Se congestionó la sala. Con la gran pérdida de sangre, sólo recobraba el conocimiento a intervalos. La tángana había seguido sin nosotros!...

«ESTE PUEDE SALVARSE, PERO AQUEL SE MUERE»

¡Con qué prodigiosa claridad, en medio de aquel vértigo de confusión, de batas blancas de médicos y de alumnos; de uniforme azules de policía, de sangre, de imprecaciones y violencias, puedo recordar siempre todo lo que pasó!

Cuando se pierde mucha sangre, el conocimiento es como un vaivén de oleaje, que se retira y vuelve; es también como una luz que se apaga y se enciende. En esos intervalos todo se recuerda y hasta se adivina lo que no se ha oído; el instinto vigila como un egoísmo total, absoluto.

Yo sentía un rumor de mar en la cabeza, pero de pronto oí con toda claridad frases enteras. Los médicos me examinaban la herida y trataban de contener la sangre. No sentía ningún dolor. Pero no recuerdo ninguna cara, porque todas estaban como en la niebla. Las voces de todos se mezclaban: había violentas amenazas de los amigos, observaciones pausadas de los médicos y algunos trataban de calmar los ánimos.

En un momento en que recobré el sentido escuché una frase que, me recordó que estaba herido gravemente, que había pasado algo importante. Un médico dijo: «Veremos si éste no tiene fractura en la base. Si no la tiene se puede salvar... Pero a ese otro muchacho sí que no hay quien lo salve. Se muere de todas maneras»... Por extrema paradoja, esta afirmación que escuché perfectamente, no me produjo esa alegría animal de que se habla en los libros cuando se refieren a los impulsos egoístas del instinto de la vida. Sólo pensé que había pasado algo y durante varios días el ambiente del Hospital me hizo imaginar a toda la ciudad agitada de rumores y estremecida de cólera.

LA SONRISA DE TREJO

Después de efectuada la primera cura, juntos nos llevaron para la Sala de Urgencia y allí nos colocaron en camas contiguas, aisladas del resto por unos paravanes. Me entraron unas náuseas angustiosas y en convulsiones violentas comencé a vomitar toda la sangre que había tragado. De este momento es que tengo el recuerdo más distinto de todos los de aquel día. Rafael Trejo, tranquilo sobre su cama, me sonrió con afecto como dándome ánimos para pasar ese momento doloroso. Los ojos se me nublaron y cuando volví en mí ya se lo habían llevado para operarlo: le había visto por última vez, con una sonrisa animadora en el rostro, pensando acaso, por mi impresionante estado, que yo estaba mucho peor que él. Estoy seguro que fué este pensamiento doloroso el que me hizo captar con tanta fuerza para el recuerdo, aquel momento de la sonrisa de Trejo. Yo había oído la opinión del médico: «Este puede salvarse, pero a ese otro muchacho sí que no hay quien lo salve».

Era de los pocos que sabían ya que Trejo iba a morir y su sonrisa apenada por mi situación, me pareció un sarcasmo doloroso a su espléndida juventud que iba a rendir un esfuerzo inútil por salvarse. Cuando se lo llevaron, al poco rato trajeron a Isidro Figueroa, con un balazo en el hombro y rodaron nuestras camas, colocándose la mía en el sitio donde había estado la de Rafael Trejo.

Aunque nos lo ocultaban sabíamos que Trejo se debatía desesperadamente por vivir. El insomnio provocado por la conmoción del choque y del tumulto me tenían en estado febril y en una irritación violentísima. Cuando el héroe del 30 de septiembre entró en coma, me dieron a tomar unos calmantes y me dormí profundamente. A la mañana el gran silencio del Hospital me reveló la verdad y sólo pregunté: «¿A qué hora murió?».

Se había despedido de mí con una sonrisa animadora, él, que se iba a morir. Por eso aquel recuerdo es tan claro, tan patético e inolvidable para mí.

A cada circunstancia de la turbulenta lucha estudiantil, recuerdo aquella sonrisa tan limpia, de un hombre que tuvo la gloria de morir como un héroe, y aunque muchas veces me dan verdaderos desalientos y hasta asco los repulsivos manejos politiqueros de muchos que han lucrado con aquel nombre inmortal, aquella ingenuidad animadora de su última snrisa es como una perpetua esperanza, como un eterno alentar para pasar con un poco de desprecio sobre todas las pequeñas vilezas de los que resbalen sobre su sangre, que fué generosa, que rodó por las calles hacia todos los horizontes, sin preferencia por ninguno, que cayó pensando sólo en que la vertía por la liberación de un pueblo entero, sometido por la opresión y el terror.



Los Trece y la Negativa a creer atrocidades

Por Guillermo Cabrera Infante

Es el autor quien dice: "Las primeras ocho narraciones fueron impulsadas por la ira allá por marzo de 1958. No fue posible publicarlas entonces. Aparecieron un año después en "Carteles", en cuyos archivos estaban guardadas, junto con trozos de un artículo de Koestler que se llama "La negativa a creer atrocidades". Luego eliminé las largas citas y agregué cinco historias más. El material de los cuentos es, por supuesto, nuestra historia actual, pero esto no significa que lo contado haya ocurrido exactamente así. El trabajo sigue dedicado como primitivamente al recuerdo de Joe Westbrook, del Directorio Revolucionario, de Enrique Hart, del 26 y de "Chiqui" Hernández, comunista. A ellos, porque los conocí más o menos íntimamente".

«...hombres de la calle, de su país al preguntárseles sobre si creían en la la realidad de las atrocidades cometidas por los nazis, respondieron que todo ello eran mentiras inventadas por la propaganda y que ellos no creían una sola palabra de tales fantasías».

ARTHUR KOESTLER

1

Joe se leía y pensaba que el estilo del manifiesto bien podía ser de Martí. Bueno, un Martí a los diecinueve años. Leía y sin percibirlo escuchaba el apacible rumor del sueño de sus tres compañeros. Leía cuando comenzó a sentir sueño y pensó que el calor y el estar encerrados los cuatro en aquel cuarto le daba sueño. Cuando se quedó dormido con el papel en la mano, pasaron ante él los últimos días y por último soñó que pasaba por la calle y nadie lo reconocía con el pelo teñido. Si no se hubiera dormido, habría visto cómo la cerradura giraba despacio y la puerta se abría poco a poco. Se despertó porque tiraban de él por el pelo; lo empujaban contra la pared y oyó las detonaciones muy cerca. Sintió un golpe tremendo en el pecho y creyó que había sido una patada, y otra. Cuando rodó hasta el suelo —la espalda todavía pegada a la pared— supo que habían sido los plomos al entrar en la carne y no golpes. Antes de perder la conciencia y sentir el estruendo brutal dentro del cráneo, vió inclinarse hasta él una cara conocida que sonreía su sonrisa torcida y vió el pie que vino a pegarle en la boca.

No estaba muerto, pero ya no sentía: no estaba muerto todavía. Unos hombres le arrastraban por los pies. Desde el segundo piso lo bajaron a la calle por las escaleras y su cabeza golpeaba contra cada escalón. En uno de los escalones de mármol dejó un trozo de piel cubierto de cabellos que eran rubios en la punta y muy negros hacia la raíz. Cuando llegaron a la calle, los hombres lo tiraron sobre la acera; después lo levantaron como un fardo y lo echaron en el camión. Antes de morir le vinieron a la mente las últimas palabras del manifiesto, escritas por él la semana pasada:

«O seremos libres o caeremos con el pecho constelado a balazos» Era esto lo que

2

...y el susodicho caminaba rumbo a la población de marras en unión de los individuos ya mencionados, cuando fueron interceptados por una patrulla de tres soldados, que les dieron el alto; luego de ser registrados y al no encontrarles armas encima, les conminaron a que avanzasen delante de la referida patrulla, siempre apuntándoles con sus armas; fue ése el momento en que mi cliente escuchó las detonaciones y se sintió herido, perdiendo acto seguido el conocimiento, ignora él cuánto tiempo hubo de estar inconsciente, pero al volver en sí, notó que le cubría la tierra, dándose cuenta de que había sido enterrado, al creerle muerto sus atacantes; después de librarse de la tierra, procedió a buscar a sus compañeros, a los que encontró enterrados no lejos de allí, ambos muertos. Por último, sabiéndose herido de gravedad, salió en busca de auxilio, el que halló en casa de unos vecinos del lugar, que le prestaron asistencia, conduciéndole más tarde al puesto de socorro de la cuidad.

«Para que se tenga conocimiento de estos hechos y se inicie el correspondiente procesamiento del culpable o los culpables, elevo este informe...»

3

Extrañamente, todo sucedió en silencio. Los rebeldes iban de pie en el camión y los soldados apuntaban con las San Cristóbal. Detrás venía un **jeep**, también de soldados. Los focos del **jeep** alumbraban el camión, y a los ojos de los prisioneros los soldados y sus armas se recortaban en la luz fulgurante. Los vehículos se detuvieron junto a un árbol enorme. El **jeep** rodeó al camión y enfocó sus faros al árbol. Del **jeep** se bajaron un teniente y dos sargentos. Dieron órdenes y los otros soldados que iban en el **jeep** y los que iban en el camión subieron al árbol y ataron las sogas. También les hicieron los lazos corredizos y los pasaron alrededor del cuello de cada rebelde. Uno de ellos había venido pensando en el camino: Voy a gritar viva la revolución. Cuando le pasaron el lazo todavía lo pensaba, pero no dijo nada. Uno de los soldados regresó a la cabina del camión y encendió el motor. Los soldados con las ametralladoras se bajaron del camión. Los rebeldes se traslucían silenciosos y rígidos ante la muerte contra la luz que hacía fantasmales el grueso tronco y las ramas gruesas del árbol. El teniente hizo una seña y el camión arrancó. Los tres hombres se balancearon agitándose un momento, luego sus pies dieron un tirón final y quedaron inmóviles, colgando suavemente. El camión se había detenido unos metros más allá y los soldados volvieron a subir a él. El teniente hizo señas al **jeep** de que alumbrara a los colgados. Miró uno a uno los cadáveres y luego montó en el **jeep**. Regresaron al cuartel.



4

El hombre bajó la tapa de la maleta del auto y se volvió sonriente al sargento.

—Yo soy muy viejo para ser revolucionario— dijo sonriendo. El sargento no sonrió y nadie supo si era por exceso de sentido del deber o por falta de sentido del humor.

Junto al automóvil un soldado mantenía abierta una de las puertas para alumbrar el interior y ahora terminaba de mirar la guantera. A unos pocos pasos otro soldado sostenía un rifle, apuntando hacia la máquina y mirando a las cuatro mujeres que viajaban en ella. En la parte trasera, al medio, estaba sentada una muchacha hermosa, que mantenía la vista al frente, su perfil perfecto hacia él, en una forma que creyó orgullosa y rebelde.

El hombre regresó al auto, se despidió cortésmente de la patrulla y entró. Echó a andar con cuidado, despaciosamente. Detrás quedaban los tres soldados mirando el carro que se iba entre una nuve de polvo, alumbradas las partículas de tierra por los faros, como una aureola, prestándole al paisaje una luminosidad extraña. Uno de los soldados —el que había mirado hacia adentro con insistencia— recordó una lección de tiro y a su mente vino claramente el vasto alcance del **Springfield**. Luego pensó que la máquina debía estar ya a unos cien metros. Levantó el arma y se la echó a la cara. Apuntó cuidadosamente al centro del carro y contó: «Ciento veinte, ciento veinticinco...» No vió el resultado, pero pudo predecirlo. En la academia de reclutas uno que había estudiado medicina le explicó que el cerebro nada en un líquido a presión y que una bala de alta velocidad casi siempre lo hace estallar cuando penetra, como cuando se le dispara a un tanque lleno de agua, que revienta.

El soldado bajó el rifle y miró al sargento. El sargento miraba a la máquina detenida a lo lejos, su interior alumbrado, y no volvió la cabeza. El otro soldado se echó a un lado, a la cuneta, atemorizado, pero sin saber exactamente de qué. El primer soldado sonrió y en su cara cetrina se estampó cierto orgullo profesional.

5

Uno de los marineros había cogido su camisa como una bandera y la había agitado por una ventana, en señal de tregua. Acordaron rendirse si se les respetaba la vida y se les juzgaba en consejo de guerra. Pero cuando salieron fueron muertos, todos, por tres ametralladoras calibre cincuenta que disparaban desde el parque.

Luego los cadáveres de los cien marineros y de los civiles fueron enterrados en una larga fosa común.

Trajeron dos **buldozers** y las pusieron a cavar una zanja. De lejos, hubiera parecido la febril actividad de una carretera en construcción. Los que estaban allí sabían bien. Las **buldozers** hicieron una zanja de cincuenta metros de largo por seis de ancho y tres de profundidad y cuando acabaron, los camiones de volteo echaron los cadáveres dentro de ella. Algunos cuerpos no caían en la zanja y entonces los soldados los cogían por las piernas y los echaban dentro; o simplemente, los empujaban con el pie. En una ocasión había una pila de muertos a unos pasos de la zanja y se hizo avanzar a una **buldozers**, que los empujó como se hace con la tierra. Cuando acabaron de echarlos todos dentro, la máquina comenzó a palear la tierra en la zanja, hasta que cubrió los cuatrocientos cadáveres. Finalmente, los camiones, las **buldozers** y una aplanadora que habían traído de una carretera en reparación cruzaron repetidamente sobre la tierra removida y la apisonaron. La operación había durado cinco horas, pero cuando terminaron, al amanecer, sólo quedó una mancha de tierra fresca en el solar yermo, como un costurón.

La revuelta que comenzara 48 horas antes había terminado

6

La vieja negra subió despaciosamente las escaleras del edificio grotesco que parecía un castillo de cartón piedra. A su paso se cruzó un policía con una ametralladora al pecho, apretadas sus manos huesudas sobre el arma. Cuando dijo a qué venía esparció ante ella una cadena de órdenes y órdenes; luego la dejaron pasar y la hicieron sentar en un banco de madera, a un lado, cerca de la puerta. Estuvo allí sentada en silencio por espacio de una hora. Más tarde vino un teniente y un cabo le comunicó a un policía que la vieja podía pasar ahora a ver a su hijo. Caminó junto al policía hasta una celda del fondo, apenas alumbrada. Le costó trabajo distinguir a su hijo al principio. Vió que pegaba su cabeza a la pared y que tenía una rodilla apoyada en el banco: el banco era la única pieza del calabozo. Lo llamó. El no pareció oírla. Volvió a llamarlo y después de un instante él movió la cabeza, pero no hacia ella: simplemente un leve movimiento hacia los lados. Cuando lo llamó por tercera vez el hombre vino hasta las rejas. La madre contuvo un grito: su hijo no era su hijo: estaba muy hinchado, tenía un ojo cerrado, machacado, y la camisa manchada de sangre. Pero ninguno de los dos dijo nada. Ella sacó de un pañuelo tres billetes de a peso, viejos y arrugados, y los pasó al hijo. El hombre los tomó después de mirarlos extrañado y oyó que ella —desde muy lejos, borrosamente— le recomendaba que se comprara algo de comer, que no debía de haber comido.

No pudo contenerse más y le preguntó, en voz baja, qué le habían hecho.

El no dijo nada.

Ella volvió a preguntarle.

El no dijo nada y cuando trató de hablarle, de explicarle, sintió el dolor y no dijo nada. Sólo apretó los billetes en su mano y acto seguido los rompió en pedacitos. Finalmente, supo que podía hablar.

—Vieja, me metieron una cabilla al rojo por el ano.

La madre no comprendió al principio. Cuando apretó los dedos en torno al barrote abrió la boca, porque sabía que iba a gritar y no quería gritar; no quería más que despertar y saber que todo era una pesadilla. Pero el hijo volvió a hablar, con u voz absurdamente intacta que apenas podía pasar por los labios aporreados. Era una pesadilla, pero no era un sueño.

—Vieja, me metieron la cabilla ardiendo y lo van a volver a hacer y no lo voy a aguantar, vieja.

Volvió a sentir las ganas de gritar, de aullar ahora, pero otra vez se contuvo, y cuando el policía regresó y le dijo que tenía que marcharse, que ya era hora, se dejó llevar sin decir palabra. El hijo extendió la mano y la apretó por el brazo.

Eso fue lo último que supo de él. Esa noche lo volvieron a interrogar y entre los golpes y la falta de sueño y la luz cegadora, conoció que iban a calentarlo de nuevo. Reuniendo una fuerza increíble —increíble aún para él que era un atleta— logró soltarse y correr hacia una ametralladora. Pero no llegó a disparar. No oyó el traqueteo atropellado de la ametralladora ni sintió las balas penetrando en su cuerpo, pero sus piernas se aflojaron y cuando cayó tenía los dedos clavados en el vientre.

7

—Usté, vamo.

—¿Qué pasa?

—El sargento que lo quiere ver.

—¿Para qué

—¡Cómo que para qué! Vamo, vamo, andando.

—Sargento, aquí está éste.

—Está bien. Retírate. ¿Que, cómo anda esa barriga? Duele, ¿no verdá? Ah, pero te acostumbras, viejo. Dos o tres sacudiones más y nos dices todo lo que queremos.

—Yo no sé nada sargento. Se lo juro y usted lo sabe.

No tiene que jurar, mi viejito. Nosotros te creemos. Nosotros sabemos que tú no tienes nada que ver con esta gente. Pero te he traído aquí para preguntarte otra cosa. Vamos a ver: ¿tú sabes nadar?

—¿Qué?

—¿Qué si sabes nadar, hombre. Nadar. Así.

—Bueno, sargento... Yo...

—¿Sabes o no sabes?

—Sí.

—¿Mucho o poco?

—Regular.

—Bueno. Así me gusta, que seas modesto. Bueno, pues prepárate para una competencia. Ahora por la madrugada vamos a coger una lancha y te vamos a llevar mar afuera y te vamos a echar al agua, a ver hasta donde aguantas. Ya yo he hecho una apuestica con el cabo. No, hombre, no pongas esa cara. No te va a pasar nada. Nada más que una remojada. Después nosotros aquí te exprimimos y te tendemos. ¿Qué te parece? Di algo, hombre, que no digan que tú eres un pendejo que le tienes miedo al agua. Bueno, ahora te vamos a devolver a la celda. Pero recuerda: por la madrugada eh. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!... ¡Cabo, llévate a esta gallina para el calabozo y ténmelo allá hasta que te avise! Oye: y va la apuesta.

8

Y el alicate se corrió y rozó levemente el alambre de cobre y la explosión lo levantó y antes de aplastarlo contra la pared, lo había reventado y otras explosiones sucedieron a la primera y el sordo rumor salió del cuarto tremante y retumbó por la casa, fuera hasta el final de la calle

y cuando llegaron los bomberos fue necesario tirar la puerta a hachazos porque estaba cerrada por dentro y por entre el humo y el polvo vieron los cuerpos hechos pedazos y los muebles en añicos y los girones de ropa. Todo el cuarto estaba encalado de sangre.

9

El auto frena junto a la salida de la calle lateral. Se baja un hombre. Se baja otro hombre. Y otro y otro más. Los guardianes de la puerta retroceden. El primer hombre cae. Muerto. El segundo hombre es herido. Pierde los espejuelos. Las balas vienen de detrás. En el café de la esquina hay unos soldados y dos marineros disparando. Están parapetados. Bien cubiertos. El hombre que ha perdido los espejuelos camina a tientas hacia la entrada del edificio. El otro hombre también entra en el edificio. El más joven de los hombres cruza la calle. Va hacia el parque. Corre. No oye bien, pero siente algo que corre tras él. Mira. El asfalto, la acera y la yerba saltan en pedazos hacia arriba. Una ametralladora calibre cincuenta criba sus huellas. Corre. Se refugia tras la estatua. La estatua es de mármol. El mármol que forma la mano del hombre de la estatua, salta. A la mano le falta un dedo. El muchacho va a disparar. No lo hace. Mira la pistola. Es solamente hierro. Está vacía. Vuelve a correr. Los huecos de las balas siguen su carrera. El corre en zig zag. Las balas corren tras él, en zig zag.

10

—Sí, sí, General. Todo en orden. Mi sistema. Claro, en guerra avisada... Los dejamos que entren, primero un camión, luego otro. ¿Cómo dice? Eso se creían ellos, pero fuimos nosotros los que los sorprendimos Yo quisiera que usted lo hubiera visto. Los camiones entraron mansamente, como ovejitas, despacio, despacio, despacito y cuando estaban en el patio les caímos arriba. Tiramos sobre las casetas de los camiones, los toldos, la cama del camión. Debajo de los todos, se movían y cuando las balas le pegaban, saltaban y se veía que las balas daban en carne. Sí, sí... Perfectamente. Lo hizo muy bien y yo fui el primero en felicitarlo. Yo opino lo mismo que usted. Sí, teniente... No, no, primer teniente. ¿A comandante? ¿Usted cree, General? Me parece excesivo. Hombre, claro que el hombre ha prestado un magnífico servicio a la Nación, que su labor fue perfecta. Pero yo creo que estaría bien de capitán. Porque después de todo él no hizo más que avisarnos de que venían, como era su deber y ni siquiera peleó. Personalmente yo, creo que es un cobarde. Estaba vomitando y todo por la sangre y hasta se asustó porque vió unos sesos regados por el suelo. Un afeminado. Sí, sí, claro General. Si usted insiste. ¿Cómo! Hombre, General, francamente... No, no de veras que no lo esperaba, no esperaba un ascenso. Me hubiera conformado con ser coronel toda la vida... Usted sabe que yo me debo a usted y a la patria... Pero de todas maneras, muchas gracias... Mire si seré bobo, ¡que se me saltan las lágrimas! Oh, no, no. No tengo ninguna oposición y retiro lo dicho. Si usted cree que Ramos debe ser ascendido a comandante, no hay más que hablar. Yo mismo le pondré su estrellita.

11

En la calle todo estaba tranquilo y la calma se extendía más allá de la esquina y llegaba hasta los curiosos que miraban apaciblemente a los cuatro hombres. Los miraban con la misma curiosidad, con la misma alejada deferencia, con una cierta apatía cuando salieron armados, cuando montaron en el auto, todavía cuando partieron. El primer auto rodó seguido del segundo auto hasta dos cuadras más arriba y dobló a la derecha suavemente, como con haraganería y al doblar el sol brilló sobre el capó y el muchacho gordo, pálido, entrecerró los ojos y pensó que sería bueno tener espejuelos oscuros para protegerse del sol. Por entre la luz, blanca y azul, lenta y ominosa apareció la perseguidora y la máquina frenó casi junto a ella. El cristal saltó en finas gotas vidriadas y la bala fue a estrellarse contra el techo, dejando un hueco regular en el parabrisas. Los muchachos saltaron de la máquina, pero el muchacho gordo y blanco comenzó a disparar antes de salir, se movió con continuada agilidad y corrió hacia la perseguidora disparando una y otra vez su pistola. Se encimó a la perseguidora y disparó hacia dentro y esa era la última bala que tiraría: la pistola había quedado descargada, pero no era esa la causa de que fuera su último disparo. El muchacho pálido y gordo, entrecerró los ojos, giró sobre sí mismo y cayó al suelo, en una postura improbable: la mejilla derecha contra el pavimento, el brazo derecho bajo el cuerpo y el izquierdo extendido hacia atrás, con la palma hacia arriba. La sangre saltó brusca y corrió por su cara y su pelo y se estancó bajo su cabeza, formando un gran charco: estaba muerto.



12

Otro muchacho a mucho tiempo de allí cruzó la calle con su paso de atleta y se detuvo en la esquina. Era mediodía. El sol caía a todo peso sobre el parque desolado, sobre la calle, sobre su cabeza y el muchacho se detuvo más tiempo que el que hubiera necesitado en otra ocasión para pensar y actuar enseguida. Eso lo perdió, porque por la calle soleada, brillando malvada, azul y blanca, bajo la luz cegadora, vió venir la perseguidora. Se quedó quieto: quizá no lo reconocieron. Pero la perseguidora chirrió y paró en seco. Los tres ocupantes bajaron bruscos, brutales.

—¡Tú! ¿Qué haces parado aquí?

—Nada. Espero la guagua.

—La guagua, ¿no? Ven acá, ¿tú no eres...?

—Sí, sí, ese mismo es. ¿Llamo?

¡Pero en el acto!

Cuando comunicaron con la planta, dijeron el nombre. La voz del otro lado sonó violenta.

—Cumpla la orden.

—Pero, General, está desarmado.

—Cumpla la orden que se le ha dado.

—Oiga, mi General...

—¡Qué lo mate, coño!

El primer policía apretó la ametralladora y disparó casi encima de la orden. El muchacho cayó. En el suelo volvieron a dispararle. Pero por gusto: ya estaba muerto.

13

Otro muchacho a mucha distancia de allí caminó rápido por la estrecha calle y sintió el ruido del motor que se acercaba. Dió media vuelta y regresó a la calle que había dejado detrás. Caminó rápidamente y dobló en la siguiente esquina. Ya no oía, el motor, pero seguía caminando rápido. Al llegar a la avenida dobló a la izquierda y se pegó a la pared. Entonces vió la máquina azul y blanca y malvada que se enfrentaba a él, levantaba el hocico al llegar a la loma y avanzaba calle abajo a su encuentro. Oyo la voz y no pudo oír lo que dijo, pero pudo imaginarlo: «¡Ese, ese mismo es, Coronel»!. El coronel salió de la perseguidora todavía en movimiento y levantó la ametralladora. «¡Pégate a la pared con las manos bien altas!» El muchacho lo miró, no dijo nada y despacio dió media vuelta y se pegó a la pared. Otro policía lo registró: de abajo de la chaqueta sacó una pistola. «¡Ah! Armadito y todo! ¡Qué bien!». El muchacho miró a la pared y a la escasa luz del atardecer distinguió las rugosidades del repello, la poca uniformidad de la pintura y vió una hormiga que caminaba con trabajo pared hacia arriba. «¡Quítense!» La hormiga cruzó un pellejo de pintura, se perdió y volvió a aparecer más arriba. Ahora estaba frente a sus ojos. «¡Quítense, quítense, carajo!». La hormiga siguió su camino, indiferente, ajetreada. «Ya verá!». La hormiga saltó contra el hombre porque la pared tembló. Se hicieron uno, dos, diez desconchados, redondos, parejos, en sucesión. El muchacho pegó contra la pared y cayó hacia atrás. El coronel siguió disparando. Cuando se le agotaron las balas, caminó hasta el muchacho y lo insultó y lo pateó y lo escupió. Finalmente, sacó su pistola y le pegó el tiro de gracia. El tiro, los insultos, el salivazo, la patada eran igualmente inútiles: el muchacho se llamaba Frank y ahora estaba muerto.



El Testamento Político de José Antonio Echeverría

José Antonio Echeverría escribió esta página pocas horas antes de morir asesinado por la policía de Batista. Curiosamente murió junto a la Universidad donde tanto había luchado. El tono del escrito, el estado de ánimo en que está escrito y la absurda muerte de Echeverría justifican la creencia de muchos de sus amigos: José Antonio sabía que iba al encuentro de la muerte aquella mañana. Es más: salió a buscarla.

«Hoy, 13 de Marzo de 1957, día en que se honra a los que han consagrado sus vidas a la digna profesión de Arquitecto para la que me preparo, a las tres y veinte minutos de la tarde, participaré en una acción en la que el Directorio Revolucionario ha empeñado todo su esfuerzo junto con otros grupos que también luchan por la libertad.

Esta acción envuelve grandes riesgos para todos nosotros y lo sabemos. No desconozco el peligro. No lo busco. Pero tampoco lo rehuyo. Trato sencillamente de cumplir con mi deber.

Nuestro compromiso con el pueblo de Cuba quedó fijado en la Carta de México que unió a la juventud en una conducta y una actuación. Pero las circunstancias necesarias para que la parte estudiantil realizara el papel a ella asignado no se dieron oportunamente, obligándonos a aplazar el cumplimiento de nuestro compromiso. Creemos que ha llegado el momento de cumplirlo. Confiamos en que la pureza de nuestra intención nos atraiga el favor de Dios para lograr el imperio de la justicia en nuestra Patria.

Si caemos, que nuestra sangre señale el camino de la libertad, porque tenga o no nuestra acción el éxito que esperamos, la conmoción que originará nos hará adelantar en la senda del triunfo.

Pero es la acción del Pueblo la que será decisiva para alcanzarlo por eso este manifiesto, que pudiera llegar a ser un testamento, exhorta al pueblo de Cuba a la resistencia cívica, al retraimiento de cuanto pueda significar un apoyo a la dictadura que nos oprime, y a la ayuda eficaz de los que están sobre las armas por libertarlo. Para ello es preciso mantener viva la fe en la lucha revolucionaria aunque perezcamos todos sus líderes, ya que nunca faltarán hombres decididos y capaces que ocupen nuestros puestos, pues, como dijera el Apóstol, cuando no hubieran hombres se levantarían las piedras para luchar por la libertad de nuestra Patria.

A nuestros compañeros, los estudiantes de toda Cuba, les pedimos que se organicen, ya que ellos constituyen la vanguardia de nuestra lucha, y a las Fuerzas Armadas que recuerden que su misión es defender a la patria, no someter hermanos, y que su puesto es el del Ejército Mambí, que peleaba «Por la Libertad de Cuba», como terminan todos sus escritos.

¡Viva Cuba Libre!»



PROSA DE GUERRA DE FIDEL CASTRO

Como sus discursos, la prosa de guerra de Fidel Castro tiene una gran sencillez y un sentido muy directo. Este parte relata el comienzo y el final de la decisiva batalla de El Jigüe. "Lunes de REVOLUCION" está consciente de que tiene entre las manos un documento histórico.

LA BATALLA DEL JIGUE

El sábado 11, a las 5 y 45 de la mañana una patrulla rebelde disparó los primeros tiros contra el batallón número 18 de Infantería enemiga, acampado en un punto conocido por el Jigüe, donde se reunen el río de este nombre y el río de La Plata, a unos siete kilómetros de la costa sur y unos diez kilómetros al oeste del Pico Turquino. El fuego inicial fue breve. Parecía una simple escaramuza de hostigamiento, a los quince minutos la patrulla dejó de disparar y se replegó. Su objetivo era causar bajas y provocar movimientos. Ya a esa hora otras unidades rebeldes habían tomado todos los puntos estratégicos alrededor del batallón, pero tenían órdenes de no disparar al objeto de no descubrir su presencia. A las nueve de la mañana, dos pelotones enemigos partieron en dirección a la playa conduciendo heridos y un arría de mulos en busca de alimentos. A la media hora chocaba con nuestras fuerzas apostadas en el camino que la obligaron a retroceder dejando cinco muertos, un prisionero, dos ametralladoras Cristóbal, una ametralladora Thompson, tres Sprinfieds, cerca de mil balas y doce granadas de fusil. El resto de las unidades rebeldes continuaban sin disparar. El silencio se prolongó durante setenta y dos horas. En esas circunstancias era muy difícil que el batallón enemigo se percatara de su verdadera situación. Pero los alimentos se le habían agotado y pasaron tres días antes de que realizaran el segundo intento. Este se produjo el día catorce. A las dos de la tarde una compañía completa avanzó resuelta por el mismo camino. Nuevamente se entabló el combate que esta vez se prolongó hasta las nueve de la noche. Un pelotón quedó cortado y trató de escapar dispersándose, los dos pelotones restantes retrocedieron; al otro día el saldo era de 5 muertos, veintiún prisioneros, diez Sprinfields, 8 Garant, dos ametralladoras Cristóbal, un fusil ametralladora Browing, 39 mulos con mochilas y 2,800 balas. Simultáneamente nuestras fuerzas avanzaron desde todas direcciones y tomaron posiciones a tiro de fusil del campamento enemigo. El cerco declarado y desde entonces el fuego de hostigamiento fue incesante. El batallón estaba inmovilizado y sin alimentos, desde hacía cuatro días, el éxito de la operación iba a depender desde entonces de la lucha contra los refuerzos enemigos. En la mañana del día 15, apareció la aviación. El ataque aéreo contra nuestras posiciones con fuego de ametralladoras y bombas explosivas de 500 libras y bombas de napalm, duró ininterrumpidamente desde las seis de la mañana hasta la una de la tarde. Los potreros y los bosques alreddeor del Jigüe quedaron chamuscados; pero ni un solo combatiente rebelde se movió de sus posiciones. Durante el día 16 el ataque se repitió, mientras los transportes enemigos trasladaban tropas de refuerzo a la desembocadura del río de La Plata.

Ese mismo día a las doce meridiano, conocedores nosotros de que la tropa sitiada llevaba cinco días sin ingerir alimento alguno, suspendimos el fuego durante tres horas conminándoles a la rendición. Los soldados salieron de sus trincheras y disfrutaron de la tregua, pero a las tres de la tarde volvieron a sus posiciones sin aceptar su rendición. El día 17 a las seis de la mañana partió de la playa la compañía G4 de Infantería. Marchaba lentamente explorando el camino. A las dos y treinta de la tarde, 50 fusiles automáticos y 2 ametralladoras trípodes calibre 30 abrieron fuego sobre ella. En quince minutos los dos primeros pelotones fueron deshechos; el resto retrocedió. En nuestro poder quedaron 24 prisioneros, 12 muertos, 14 Sprinfields, 9 ametralladoras Cristóbal, 8 Garant, un fusil ametralladora Brawning y una ametralladora trípode calibre 30; 18 mil balas y 48 granadas de fusil.

El primer refuerzo había sido rechazado. Pero la aviación continuaba atacando sin interrupción y los transportes continuaban desembarcando tropas en la desembocadura del río La Plata. El día 19 un batallón entero apoyado por fuego de artillería de tierra y de mar, y de la aviación avanzó desde la playa. Se inició entonces el más duro combate de toda la jornada que duró ininterrumpidamente casi 24 horas. Las Fuerzas Rebeldes contraatacaron e hicieron retroceder al enemigo hasta la misma playa. Un capitán rebelde, el valiente compañero Andrés Cuevas y tres compañeros más habían caído, otros cuatro estaban gravemente heridos, pero en nuestro poder quedaban 21 prisioneros, 17 soldados muertos, 14 ametralladoras Cristóbal, 10 fusiles Garant, 2 cajas de obuses de mortero 81 y una arría de mulos con alimentos. Sobre todo el refuerzo enemigo había sido rechazado totalmente. El batallón sitiado llevaba nueve días sin ingerir alimentos alguno; nuestras fuerzas avanzaron hacia el campamento; se habían situado a 50 metros de las trincheras enemigas cortándoles también el agua. El mismo día 19 a las once de la noche mientras se libraba el combate contra el segundo refuerzo se envió un soldado prisionero a ofrecer la rendición. En la mañana del día 20 dimos orden de alto al fuego desde las seis hasta las diez. Los soldados enemigos estaban desmayados en las trincheras, habían aceptado el alto el fuego. Poco a poco algunos de los que todavía podían caminar trabajosamente se acercaron a nuestras trincheras y pidieron agua, alimentos y cigarros. Al ver que nuestros hombres no le disparaban y le daban de sus propios alimentos que tenían a mano se abrazaban a nuestros soldados y lloraban de emoción. ¡Qué distinto era el trato al que tal vez esperaban engañados por la falsa propaganda de la dictadura! El espectáculo era emocionante para todos. Pero el batallón, no se había rendido todavía. Nadie disparaba ya pero el comandante José Quevedo un oficial joven realmente querido por sus soldados, todavía mantenía el control sobre aquella tropa diezmada, hambrienta y desnutrida. Estos no combatían ni podían combatir ya, pero el oficial se negaba todavía a rendirse y los soldados respetaban su decisión. Era difícil sin embargo que los abrazos entre rebeldes y soldados se trocasen en lucha a muerte otra vez. El comandante en un esfuerzo por ganar tiempo nos comunicó que hasta la seis de la tarde no tomaría una decisión que, aunque sus hombres habían llegado al límite de la resistencia física, él había dado su palabra al Estado Mayor de resistir hasta esa hora en espera de los refuerzos. Convencidos de la solidez de nuestras líneas decidimos esperar y no lanzar un ataque innecesario que hubiera costado todavía muchas vidas, contra aquéllos que minutos antes nos pedían agua y alimentos. Al anochecer llegó la noticia de que los refuerzos habían sido totalmente rechazados. El día 21 a la una de la madrugada los restos del batallón 18 se rendían a nuestras fuerzas. Las condiciones fueron decorosas y humanas. A los oficiales se les permitió conservar sus armas personales y se le facilitó alimentos a todos, y se les comunicó que todos serían puestos en libertad a la mayor brevedad. Sólo el comandante debía de quedar como prisionero de guerra. Ciento setenta hombres entre oficiales clases y soldados quedaban en nuestro poder, 91 fusiles Sprinfields, 46 ametralladoras Cristóbal, 15 Garants, 4 fusiles ametralladoras, 2 ametralladoras de trípode, una bazooca con 60 proyectiles, un mortero 81 con 60 obuses y un mortero de 60 con 80 obuses y 35 mil balas aproximadamente, y 126 granadas.

Justo es reconocer que el adversario combatió con valor resistiendo hasta límites admirables un cerco de 10 días sin ingerir alimentos, en espera de refuerzos que la Dictadura no pudo hacer llegar. Quedaba fuera de combate una de las mejores unidades de las fuerzas enemigas y que contaba con un jefe capaz y valeroso. Aún cuando éste queda como prisionero de guerra, será tratado con todas las consideraciones que merece, porque según informes que obran en nuestro poder, tuvo un comportamiento humano y respetuoso con la población civil en los meses que operó en la Sierra Maestra. Lamentamos que le haya correspondido en este caso la derrota a un oficial honrado y decoroso. Es que los criminales no se arriesgan jamás entre los picos de la Sierra Maestra. La batalla de Jigüe ha arrojado un saldo total de 249 armas ocupadas, 41 soldados, clases y oficiales muertos y 241 prisioneros, de ellos cerca de 30 heridos.

Al objeto de informar al pueblo y a sus propios familiares, podemos decir para la tranquilidad de las esposas, madres y demás familiares de esos soldados que desde el día de ayer se encuentra ya en las Vegas de Jibacoa procedente de Ginebra, el delegado de la Cruz Roja Internacional, al que le fueron entregados los soldados enemigos heridos en los últimos combates en la Sierra Maestra y 240 prisioneros de la batalla del Jigüe.

FIDEL CASTRO RUZ,
Firmado Comandante-Jefe.
24 de Julio de 1958. Miércoles.

Unos Aspectos Humanos de la Batalla del Jigue

Por Carlos Franqui

La noche del 24 de julio de 1958 (antevíspera del quinto aniversario del Cuartel Moncada) la voz dramática y firme de Violeta Casal leyó este escrito por Radio Rebelde. La crónica escrita especialmente para el radio— de alguna manera complementa el parte de guerra de Fidel de la batalla de El Jigüe. Es también una muestra de un nuevo ámbito para la literatura revolucionaria: el radio.

Casi de noche llegó a los altos de Mompié la columna de prisioneros militares. La fila interminable serpenteaba el camino montañoso.

Eran 196 hombres. Entre ellos unos 10 oficiales que conservaban su arma corta. Con ellos llegó como única custodia un solo rebelde, el capitán Horacio Rodríguez.

Esa noche rebeldes y militares, compartieron la clásica comida de la Sierra Maestra, la malanga.

Los prisioneros llegaron agotados. Habían pasado 11 días peleando bravamente frente a los rebeldes, cercados, sin ingerir alimentos. Estaban desnutridos. Habían tenido que subir y bajar las interminables montañas de la Sierra. Pero se les veía satisfechos. Sabían que habían resistido hasta el máximo, sin recibir refuerzos ni alimentos, ante la impotencia de la tiranía, en los 11 días de la batalla para auxiliarlos, al aniquilar el Ejército Rebelde los refuerzos enviados.

Habían recibido el más grande impacto de su vida militar.

Habían luchado, en una batalla caballerosa, llena de honor, que no podrían olvidar mientras vivieran.

Encontraron una guerra muy distinta de la que les dijeron los Jefes del Estado Mayor de Batista.

No; aquellos rebeldes no eran pequeños grupos mal armados, de baja moral, ni tampoco asesinos que maltrataban y fusilaban a los prisioneros.

La misión del batallón 18 consistía, en liberar a los militares, presos anteriormente en la Sierra Maestra, en la que sus jefes creían, «sencilla operación de rescate».

Y al decir de uno de ellos, lo habían logrado: Pero cayendo prisioneros todos, para ser entregados a la Cruz Roja Internacional.

Para aquella tropa, una de las más unidas y agresivas del Ejército fué una sorpresa encontrarse sitiados.

Que un batallón entero, con bazookas, mortero, ametralladoras, fusilería y abundante parque, fuera cercado, parecíales increíble.

El sonar de nuestras armas, fué para ellos otra gran sorpresa.

El sonido impresionante del calibre cincuenta, los obuses de mortero al estallar, las calibre 30 y las armas automáticas del Ejército Rebelde, mataban o herían a sus hombres, mostrando ante sus ojos la realidad, tan distinta a las mentiras que les habían dicho.

Entonces, decidieron pedir refuerzos a una fragata de la Marina de Guerra, enviando a dos hombres en esa misión riesgosa, pero que inicialmente tuvo éxito, al lograr en la noche uno de ellos cruzar las líneas rebeldes.

La señal convenida eran tres cañonazos, que dispararía la fragata. Al oírlos la esperanza de un rápido refuerzo, de medicinas y alimentos los animó muchísimo.

El tiempo pasaba, pero la situación era inalterable.

Combatían frente a un ejército rebelde que era invisible, pero efectivo. Ni un solo rebelde se veía, pero bastaba salir de la trinchera, para recibir instantáneamente su fuego.

Estaban en una doble trampa mortal, rodeados de rebeldes, y de montañas.

De pronto, comenzaron a oír altoparlantes. Arengas, cantos, explicaciones de su situación, fué otra sorpresa.

Aquel enemigo paraba el combate y ofrecía una audición musical con el Quinteto Rebelde.

Al otro día escucharon la orden de una tregua de tres horas, para que descansaran y pensaran su situación...

Abandonaron las incómodas trincheras, estiraron los músculos adoloridos, y algunos hasta bailaron, demostrando desprecio ante la situación y relajeando a su vez la música a veces humorística del Quinteto Rebelde.

A las tres horas exacta, la batalla se reanudó implacable.

Hacia la costa sintieron otro día intenso fuego, pero los refuerzos no llegaban. Parecíales inconcebible, que después de que sus aviones bombardeaban y ametrallaban con bombas explosivas, de napalm, con ametralladoras de varios calibres, lluvias de bombas y balas, y al instante mismo que los aviones tras seis, siete u ocho horas de contínuo fuego, se retiraban, en las mismas posiciones, sin moverse, el fuego rebelde, acompañado de gritos, continuaba incesante.

La absoluta inefectividad de la aviación, fué otra de sus amargas experiencias. Nada faltó en el viacrucis del batallón 18. Un día fueron bombardeados por sus propios aviones.

Y otro, desfallecidos de hambre, cuando los aviones les tiraron pan con guayaba y otros alimentos, éstos cayeron en nuestras líneas.

Mientras algunos de nuestros hombres les gritaban:

—¡Gracias por el pan con guayaba, que está muy rico!...

En la estrategia del cerco rebelde, había un doble objetivo militar y humano.

El plan militar: ganar dos batallas. La del cerco y la de los refuerzos. Como ocurrió.

El humano: hacerlo con el mínimo de bajas nuestras y del enemigo, del que nos interesaban sus armas y no sus vidas.

Un asalto antes de tiempo, a las posiciones enemigas, pudiera haber destrozado a los sitiados, pero a costa de todas sus vidas y de muchas bajas nuestras.

Sabíamos que los refuerzos no pasarían, y entonces el batallón 18 no tenía otra alternativa que perecer de hambre.

Así el otro refuerzo enemigo también fué rechazado, otro duro golpe para el batallón sitiado.

Cayeron heridos los primeros prisioneros. Después de curados, uno de ellos habló a sus compañeros por los altoparlantes, explicándoles el buen trato recibido. Los días pasaban, y crecía entre nosotros la admiración, por aquel batallón enemigo, que tan tenaz como estéril resistencia ofrecía.

Hubo también escenas emocionantes en los combates sostenidos con los refuerzos.

En uno de ellos un soldado prisionero preguntó: ¿Dónde está mi hermano el capitán Cuevas?

Nuestros hombres, le señalaron el cuerpo ya sin vida de uno de los hombres más valientes del Ejército Rebelde, su hermano el capitán Cuevas, que acababa de caer en combate, tras obtener su última victoria, rechazar el refuerzo, hacerle más de 40 prisioneros y ocuparle alrededor de 45 armas y gran cantidad de parque. Instantes después de un soldado rebelde apuntaba al corazón de un militar, todavía armado para que le entregara su fusil.

Sorprendidos ambos se miraron, abrazándose, eran hermanos, mientras uno preguntaba al otro cómo estaba su familia.

Las condiciones de rendición, pese a la dignidad conque fueron ofrecidas por nuestro Comandante-Jefe, eran reiteradamente rechazadas por el comandante Quevedo y sus hombres.

Finalmente, tras 11 días de increíble resistencia, sin recibir auxilio del ejército, el batallón sucumbió.

La escena de la rendición fué tan emocionante que pocas veces puede verse durante la vida de un hombre.

Soldados y rebeldes se abrazaban. Los rebeldes ofrecían sus escasos cigarrillos, su poca leche condensada y su pedazo de queso, a aquellos soldados que tanto habían resistido.

Dos grandes sorpresas quedaban todavía. Para los soldados, la presencia de Fidel Castro, que unos instantes después entró en el campamento, saludando personalmente a oficiales y soldados. El Jefe Rebelde, del que le habían dicho tantas mentiras, no sólo estaba en el frente, sino que entraba junto a ellos, les daba la mano y conversaba con todos.

Para nosotros, la última emoción vino cuando la enorme tonga de armas comenzó a ser contada. Había allí entre las ocupadas al batallón y a los dos refuerzos: dos morteros 81, dos morteros de 60, 4 ametralladoras calibre 30, una bazooka, varios fusiles ametralladoras, y más de 240 armas, y miles y miles de balas y proyectiles para todas las armas ocupadas. En aquel instante dejábamos de ser enemigos, estábamos juntos, como estarán un día soldados y rebeldes en el fin de la tiranía de Batista, que es el único obstáculo de la Paz de todos los cubanos.

RADIO REBELDE, 24 de julio de 1958.



UN GRUPO DE SOLDADOS DESCANSA
Después de la larga batalla de El Jigüe los soldados rebeldes descansan

La Ultima Carta de Frank País a Fidel Castro

Acorralado, perseguido, pero invicto, Frank País moría cuatro días después de haber escrito esta carta dando cuenta a Fidel de la tensa situación de Santiago de Cuba. Cuatro noches después, caía bajo las balas perversas de Salas Cañizares. Así nacía uno de los primeros mártires de nuestra Revolución. La carta no sólo es un documento para la historia, sino que es una expresión de alto valor humano. Para nosotros no hay en "Lunes de REVOLUCION" nada más conmovedor —y a la vez más generador de aliento.

Stgo. de Cuba, Julio 26 de 1957.

Querido Alejandro (Fidel Castro):

Ayer tarde recibí tu carta. Coincidió con otra de Norma (Celia Sánchez) y con otra de Lester. Tantas cosas había aquí que hacer que aprovecho la madrugada y mis horas de guardia para escribirte. La situación en Santiago se hace cada vez más tensa, el otro día escapamos milagrosamente de una encerrona de la policía. Había unos compañeros cerca de la casa donde estábamos, una imprudencia y los chivatearon y rodearon la manzana; a tres los cogieron, uno huyó por los techos, lo persiguieron y se formó un tiroteo. Logró escapar, pero comenzaron a registrar por los techos y por la calle y cuando ya pensábamos mi compañero y yo que nos tocaba el turno de fajarnos, se retiraron, registraron hasta la casa de al lado, la nuestra les inspiró confianza. Sin embargo, hay una ola de registros fantástica y absurda, pero que por absurda es peligrosa, ya no esperan un chivatazo, ahora Salas registra sistemáticamente, a cualquiera, sin necesidad de causa alguna. Hemos tenido que volar del Domingo a hoy de 3 casas y ayer tomaron la manzana de la que estamos, era para registrar una casa de enfrente, desde ayer estamos turnándonos para hacer guardia, lo que es a nosotros Salas no nos sorprende, van a tener que tirar bastante para cogernos.

Me alegra mucho que al fin me hayas tocado los temas que te pedía. Tomaré nota de todas las cosas y trataré de hacerlas lo más rápido posible. Desde este mes nos responsabilizamos de mantenerlos a ustedes.

Del extranjero sólo tengo la carta de Lester que te remito para que te hagas una idea, lo que sí te ruego es que sobre los puntos que él me plantea me des tu opinión rápida pues tendremos que tomar una decisión urgente.

Las armas que estén descompuestas mándamelas para arreglarlas. Mándame los tres fusiles esos para adaptarlos a balas 30.06, pregúntale a Javierito que si el calibre de las balas que usan es ligeramente más pequeño que las 30.06 si es así se pueden adaptar si es más gruesa es más difícil. ¿No le sirven las balas de los mosquetones ni las de los 270? Está raro eso porque no recuerdo que nadie me hablara de balas que no fueran 30.06 o de mosquetones en todo lo que nos mandó Javierito.

Sobre la carta de Cárdenas, Pedro no me insistió más, le preguntaré si le es imprescindible y de qué tipo.

He conseguido algún parque 30.06 y te lo enviaré junto con las demás cosas, espero desde hace una semana que Norma me dé la luz verde.

Un abrazo para todos de

Vilma (Vilma Espín) te manda un abrazo.

Cristian (Frank País).

P. D. Tengo 2 buenas noticias para tí. conseguimos un trípode que te la mandaré en el equipo que va ahora. Hablando con René me dijo que las balas especiales esas estaban aquí guardadas que él no sabía de qué eran y las dejó así que te las mandaré también. Todo ese equipo te lo mandaré con los 30 hombres que me pediste. Los hombres quizás pasen de 40 pues hay aquí algunos enfermos ya curados de allá que te los devuelvo, además las provincias se me han tirado en el suelo y quieren tener representación, además de que los hombres que se les «queman» no pueden ir a otro lugar que no sea la Sierra o el exilio y como nosotros hemos prohibido el exilio pues tendrán que ir para allá.

Dales las gracias en mi nombre por su nota tan sincera y de tanto valor y significado para mí, a todos los oficiales y compañeros.